ÁNGEL MARQUINA



LA ÚLTIMA ENTREVISTA DE EMILY WATSON

La última entrevista de Emily Watson

Por Ángel Marquina Sánchez

Sello: Independently published

Título: LA ÚLTIMA ENTREVISTA DE EMILY WATSON
Ángel Marquina Sánchez © 2026

Cubierta: Gabriela Rey

Maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mi familia.

En especial a Ana, mi mujer, y a mis hijas Lola y Laura, que lo son todo para mí.

A mis amigos, por su confianza.

A ti, que has decidido sumergirte de lleno en esta historia.

Ya solo queda disfrutar.

«Los principios de la física, tal y como yo los entiendo, no niegan la posibilidad de manipular las cosas átomo a átomo».

Richard Phillips Feynman

(Premio Nobel de Física 1965)

«Una persona que se siente culpable, se convierte en su propio verdugo».

Séneca (filósofo)

«La culpa es como un saco de ladrillos, solo hay que descargarlo».

Al Pacino (actor)

«Era un trabajo que tenía que hacerse».

Thomas Ferebee (piloto del Enola Gay, tras lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima)

«Discrepo».

Ángel Marquina (humano)

1

—¿Podría decirme su nombre?

—Cindy Collins.

—¿Es ese su verdadero nombre?

—No, no lo es. Cuando nací, mis padres me llamaron Emily. Emily Watson debería ser mi verdadero nombre.

—¿Cómo prefiere que la llame?

—…

Duda. Por primera vez se remueve en su silla, alarga el brazo y se hace con la copa de vino tinto que apenas soltará a lo largo de toda la entrevista —salvo para servirse de nuevo o encenderse un cigarrillo—. La sujeta por el cáliz, con firmeza, dejando sus huellas marcadas en el cristal. La inclina, permitiendo que el vino se acerque al borde y, perdiendo la mirada en el rojo cereza, trata de buscar algo que ambas sabemos: no está en la bebida, sino en su interior. En lo más profundo de su mente.

—Emily, llámeme Emily. Puede tutearme si lo desea.

—Entiendo que sabe que esta conversación está siendo grabada y que, por lo tanto, nos autoriza y cede los derechos para poder publicarla. ¿Es así?

Asiente con un leve gesto de cabeza.

—Por favor, ¿podría verbalizarlo?

—Sí, tienen mi consentimiento.

—Perfecto. Continuemos entonces. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué un periódico español para hacer esta entrevista?

—La prensa norteamericana está muy politizada, es manipuladora, mentirosa y nada fiable. Nada en este país lo es —sentencia.

—Pero podría haber buscado algún periódico estadounidense más acorde con…

—Créame —me interrumpe—. España es un país desarrollado, del primer mundo. Pertenece a la Unión Europea y tiene una de las democracias mejor valoradas. Confío más en su imparcialidad. En los Estados Unidos todo es un completo y absurdo teatro. Sé de lo que hablo.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué decide contarlo todo en este momento?

—Porque a veces siento que, o lo suelto, o el día menos pensado me pego un tiro —afirma sin inmutarse.

No miente.

—Veo que no bromea.

—En absoluto.

—De acuerdo, dejemos esto para más adelante.

Me parece un comentario con demasiada carga emocional. No creo oportuno iniciar la conversación con un supuesto final tan dramático. Podría desbaratarse todo a las primeras de cambio. Tanta crudeza de golpe merece ser tratada con mayor sensibilidad.

—¿Podría darme otro motivo, digamos… más racional? —no estoy segura de que «racional» sea la palabra que busco.

—Le aseguro que, si me suicido, quizá sea lo más racional que haya hecho en los últimos veinticinco años.

No, definitivamente no era el adjetivo adecuado. Su respuesta vuelve a ser cruda. Me responde desde lo más hondo de sus vísceras.

—Quería decir un motivo… —me frena.

—Tranquila, sé lo que quiere decir —responde sin vacilar—. Creo que ahora soy libre…

—¿Antes no lo era?

—No, no lo éramos, ni mi marido, ni yo. Él murió hace tres años y desde entonces he sentido más libertad de movimiento. Ya tengo cierta edad, y mis ganas de vivir merman. Parece ser que esto también influye. Ya no me ven como una posible amenaza.

—Yo la encuentro joven —aparenta unos cincuenta años.

—Estoy cansada. Y no estoy para halagos, gracias.

—¿Quién podría verla como una amenaza?

—Las entrañas del partido republicano y, siempre que ellos han gobernado, los servicios de seguridad del Estado. Pero, como digo, ahora me siento más libre. He empezado a disfrutar de pequeñas cosas que antes ni por casualidad podía hacer.

—¿Podría citarme alguna?

—Por supuesto. Hace poco me fui de viaje… ¡al extranjero!

—¿Nunca había salido de los Estados Unidos?

—Jamás. Nunca tuve pasaporte. Quise intentarlo. Solicité pasar unos días en Quebec y, en cuarenta y ocho horas, lo tenía todo: pasaporte, billetes de avión, alojamiento… Crucé a Canadá con mi pasaporte falso.

—¿Por qué a Quebec?

—¿De verdad lo quiere saber?

En realidad, no quiero, solo intento relajar la sesión.

—Sabía que no me permitirían viajar a Europa, así que descarté el viejo continente. Tan solo quise averiguar si sería posible salir del país. Un día, mientras comía, cogí una albóndiga con la mano y la lancé contra la pantalla del televisor. La mancha de tomate marcó el lugar. Le di otro uso al mapa del tiempo. —Ríe.

—¡Y a las albóndigas! Curiosa forma de elegir destino. —Sin duda algo no anda bien dentro de esa cabeza. ¡Lanzar comida contra la tele!—. ¿Fue todo bien? ¿Le gustó Quebec?

—Fue todo muy bien. En ningún momento tuve la sensación de estar acompañada y le puedo asegurar que, tras tantos años, he

desarrollado una capacidad extraordinaria para detectar vehículos o personas sospechosas. Al principio decían que era por mi seguridad. ¿Seguridad para quién? ¿Para ellos o para mí? Íbamos juntos a todas partes; luego se cansaron, tan solo nos hacían un marcaje de proximidad. Supongo que nos veían inofensivos.

Se enciende un cigarrillo que casi consume de una sola calada. Retiene el humo más tiempo del necesario y al exhalar… Su rostro se relaja. Odio el tabaco, no puedo con el humo y esta habitación no me va a ayudar en absoluto. Ella se da cuenta. No hace nada por evitarlo.

—¿Dónde estamos ahora? —pregunto—. Qué habitación tan curiosa, ¿no? Esto es un estudio de grabación.

Yo, a lo mío, intentando que la tensión, que creo, en breve hará acto de presencia, de momento, ni se plantee llamar a la puerta. Confrontación positiva lo llaman. Tal vez así deje de fumar.

—Sí, así es. El antiguo dueño debía ser músico o algo por el estilo. Esta es mi parte favorita de la casa.

(Así era, más tarde investigué y averigüé que Ricky Robin, músico y productor musical, había sido el propietario de la casa en los años 80).

—Bueno, pero que quede claro —añado—: Para los que no puedan vernos, usted me ha traído a la pecera. Es como si no quisiera que nadie nos oyera. —Toso por culpa del humo, no consigo contener los espasmos en mi garganta.

—Para nada. Al contrario. Es para que todo se escuche con la mayor claridad posible. Aquí el silencio es el dueño del espacio, no hay interferencias y cuando uno habla, las palabras llegan con una nitidez maravillosa. Nada contamina el ambiente. —Creo que se olvida del tabaco—. La simple sensación de vacío que se crea al cerrar la puerta ya por sí sola es extraordinaria. Una vez dentro, tan solo queda hablar… o gritar.

—¿Gritar?

—Sí, gritar. Vengo aquí, me encierro y chillo con todas mis fuerzas hasta que caigo rendida. Es mi forma de sosegarme.

—¡Perdone!

—Lo que oye. ¿Usted nunca ha gritado para desahogarse?

—Sí, claro. Pero, así como usted lo describe, no.

—Yo lo llamo «gritoterapia». —Sonríe.

Toma un sorbo de vino, lo saborea con cierta apatía. Vuelve a fumar, el humo lo invade todo. Me incomoda en exceso. Tengo que conseguir que apague el cigarrillo. No soporto la idea de pasar aquí dentro muchas horas, por muy interesante que sea lo que me vaya a contar.

—Tiene usted una casa preciosa, permítame decirlo. Yo elegiría otra estancia como favorita, por ejemplo, la piscina con vistas. Es impresionante. —¿Estoy intentando trasladar la entrevista al exterior? De momento, creo que me conformo con no tener que volver a aspirar más humo.

—La verdad es que sí. Son casas preciosas —dice al tiempo que se levanta y pulsa un interruptor en la pared. Como por arte de magia, el humo empieza a ascender y desaparece por una esquina.

—Gracias, se lo agradezco —digo con una sinceridad que no sé si realmente aprecia. Ella continúa extendiendo su respuesta.

—… Pero cuando has cambiado de casa en siete u ocho ocasiones, dejas de apreciarlas; además, si los cambios no los eliges tú, sino que son impuestos, aprendes a no cogerles cariño. Hoy estás aquí, mañana ¿quién sabe? Aunque cierto es que, si me cambian de casa otra vez, echaré de menos esta habitación.

—La playa, las vistas y los atardeceres… deben ser preciosos. ¡Vive usted en Malibú!

—Sí, tiene razón. Pero no se ve de la misma forma cuando tu vecino más cercano está a más de media milla, las playas están casi desiertas, tu Internet está restringido y en tu teléfono móvil solo

tienes tres contactos. Esto… —levanta los brazos, abarcándolo todo —, no se disfruta de la misma manera.

—¿Me está usted diciendo que vive en una burbuja de varios millones de dólares? ¿Qué lo que otros verían como un privilegio, para usted, es una desdicha?

—Yo no lo habría expresado mejor.

—Pero tendrá que salir, no sé, por ejemplo, saldrá de compras de vez en cuando.

—No. Me traen la comida a casa y me la preparan. Tengo servicio: dos mujeres que son un encanto y que me limpian, me cocinan y me hacen la vida muy pero que muy aburrida. Si tenemos tiempo, le enseñaré mi vestuario. Verá que no tengo necesidad alguna de salir de casa. De eso se encargan ellas, y como ya le comenté antes, también tengo vigilancia, donde la vigilada soy yo.

—¿Qué pretende conseguir hablando ahora?

—Ya se lo dije: no volarme los sesos.

2

La frase me impacta, por supuesto. No puede pasar inadvertida. Me la ha repetido dos veces en apenas unos minutos y, técnicamente podríamos decir que aún no hemos empezado. La creo, no le tiembla la voz, ni duda al expresarse con tanta contundencia. Sin embargo, no me dice lo que quiero oír. Sé que tras esas cuatro palabras se oculta una verdad mayor. Una historia repleta de sentimientos apabullantes, de emociones demoledoras; de esas que pueden hundirte, anularte como ser humano y destrozarte la vida por completo. Estoy segura de que voy a escuchar un relato de decisiones y actos determinantes. ¿Qué puede llevarte a querer volarte los sesos? ¿Qué ocurrió tiempo atrás, señora Watson? No he recorrido nueve mil kilómetros solo para escuchar su sentencia de muerte. Vamos, Emily, soy toda oídos.

—¿De verdad lo haría? —pregunto intrigada.

—Ya sabe que comprar armas en este país es más sencillo que comprar alcohol o sacarse la licencia de conducir —concluye.

No está respondiendo a lo que le pregunto. O está jugando conmigo o tiene excesivas ganas de hablar. Le sigo la corriente.

—Por lo que me ha contado hasta ahora, señora Watson… Tengo mis dudas de que pueda adquirir una pistola.

—Podemos intentarlo. Si quiere, cuando acabemos la entrevista hacemos la prueba.

—Si me promete que no va a volarse la tapa de los sesos… le acompaño.

Sonríe. Eleva la comisura de los labios de manera casi inapreciable; al mismo tiempo, los párpados caen con la misma sutileza que su estado de ánimo. Mira el paquete de tabaco, para mi fortuna, se decanta por otro sorbo de vino.

—¿Sabe una cosa? —Resopla como si llevase un rascacielos sobre los hombros—. Por alguna razón que no acabo de comprender, nunca he tenido pensamientos suicidas. He reflexionado mucho sobre ello, se lo aseguro. He deseado querer quitarme la vida, sin embargo, por lo que sea, nunca he podido. No puedo explicarlo. He buscado tener esa sensación, pero nunca la he encontrado. Me he visto con un cuchillo enorme en las manos, con cajas de ansiolíticos en la mesilla de noche, preguntándome: ¿Por qué yo no?… No sé.

La corto de inmediato, no quiero ir por ahí.

—Quizá tenga más ganas de vivir de las que piensa.

—El tiempo lo dirá.

—Ahora hablaremos de sus orígenes, pero, vaya adelantándome una cosa ¿Es usted la máxima expresión del sueño americano?

—Qué interesante formular esta pregunta dentro de este contexto. Nunca me lo habría planteado. Si lo pregunta porque antes, mi vida laboral era la de una cajera de supermercado que hacía horas extras los fines de semana en clubs de carretera aguantando a babosos y borrachos para poder llegar a fin de mes y, ahora me ve aquí, rodeada de lujo y comodidades, pues quizás debería decirle que sí. La cuestión es si todo vale para conseguir ese sueño. ¿Merece la pena arrasar la tierra para ser el rey del mundo? ¿Aplastar a tu vecino, humillar a la competencia para alcanzar tus metas? Decía James Truslow Adams que la vida debería ser mejor para todos, que todos deberíamos tener una oportunidad, sin importar nuestros conocimientos o clase social, siempre, por supuesto, bajo los ideales de la democracia, los derechos civiles y la libertad…

—Suena a chiste, ¿no? O al menos bastante utópico —refuerzo su argumento.

—Eso es. Da risa, o pena, según se mire. ¿Sabe que más decía ese buen hombre?

—Ilústreme.

—Que el sueño americano no era más que eso: un sueño. Un puto sueño que tan solo unos pocos pueden cumplir —se enfada. Por primera vez suelta un taco, lleva toneladas de rabia contenida en su interior—. Si calculamos el porcentaje de gente que surgió desde las cloacas para acabar siendo ricos, le aseguro que no superará el 0,05 % de la población. El sueño americano es la trituradora que usan algunos para decirte que no te esfuerzas lo suficiente, que eres un vago y un inútil, y que la culpa es simplemente tuya. ¿Conoce la expresión *Dog eat dog*? ¿Quién cumplió el sueño americano, Elvis o su manager Tom Parker, que alimentó a «El Rey» hasta hacerlo explotar? El sueño americano no existe. Es una falacia más dentro de este inmenso teatro llamado Estados Unidos de América.

—Muchos la envidiarían si supiesen dónde vive. Darían lo que fuese por estar en su lugar.

—Probablemente todos. Porque desconocen mi historia, claro. Quizás, también aquellos que viven en el inframundo: gente sin recursos a los que les han robado sus derechos; los inútiles, vagos o malos trabajadores que, como le decía, llenaron sus vidas de malas decisiones; o quizás gente sin escrúpulos, egoístas. Quizás ellos sí querrían vivir aquí. ¿Quién sabe? De todo tiene que haber en este mundo. Si no, la vida sería muy aburrida.

—¿Fue usted en algún momento alguien sin escrúpulos o egoísta?

No lo duda ni un instante.

—Fui… o, mejor dicho, fuimos unos ignorantes. La incultura es el arma del poderoso; la ignorancia, la llama que hay que mantener viva en las clases bajas para no tener que partir la tarta en demasiadas porciones. Este pensamiento no es nuevo, ¿verdad? Démosle al pueblo algo con lo que entretenerse: NFL, béisbol, mujeres enseñando los pechos o armas. Cualquier cosa para mantener el cerebro distraído; no vaya a ser que les dé por discurrir por qué sus vidas son tan miserables.

—¿Ama usted a su país?

—¿Amaría usted a un padre maltratador? ¿A alguien que le ha manipulado y utilizado?

—Entiendo.

—No sabría qué decirle. La respuesta es un no sé.

—Veo que su discurso se aleja bastante del norteamericano medio.

—Dicen que el que nace paleto muere paleto, aunque te hayas licenciado en Yale. Probablemente, pensarás que América es lo único que existe, que todo lo que hacen nuestras tropas es correcto y no necesita justificación; que nuestra libertad es real, la más grande, única y verdadera y que nuestra justicia es ejemplar. Y yo quiero desprenderme de ese cliché cuanto antes. De hecho, creo que ya lo hice. Ya se lo dije: los Estados Unidos son un *fake*, una farsa, un teatro a gran escala. Somos tan falsos, que fabricamos nuestros productos en China. ¿Se lo puede creer? Los creadores del capitalismo fabricando sus productos en el mayor país comunista ¡Es de risa! Toda nuestra industria por los suelos. Somos un país de paletos.

—Hablemos de sus orígenes. Cuénteme si no le importa, dónde nació, cómo se crio y creció.

—Nací en Murray, condado de Calloway, Kentucky. Exactamente el 3 de abril del 74. El mismo día en que perdí a mi padre. Aquel día, en Mayfield, a unas veinte millas más al norte, un tornado de categoría cinco se llevó por delante la vida de treinta y una personas, entre ellos la de mi padre, que andaba trabajando por allí. De él tan solo conservo su apellido en mi corazón, nada más —comenta afligida—. El tornado dejó más de doscientos setenta heridos y centenares de casas destruidas. Mayfield me viene acompañando desde entonces y así lo seguirá siendo durante el resto de mi vida. Allí conocí a Roger, mi marido. El único hombre que pasó por mi vida. ¡Qué tontas podemos llegar a ser las mujeres a veces! —Suspira. Desprende nostalgia. Yo asiento. Sé lo que siente, lo he oído en otras ocasiones en mujeres de su edad—. En fin, lo importante es que mi vida se ve condicionada desde el momento en

el que mi padre fallece. De la noche a la mañana, mi madre se encontró con una bendición en forma de bebé, pero al mismo tiempo, con un problema enorme de solvencia. Casi sin recursos, tuvo que doblar turnos en el trabajo, pedir ayuda a mis tías y su entrega hacia mí no sería la ideal.

—¿Qué estudios tiene?

—No llegué a la universidad, si es lo que quiere saber. Terminé el instituto y tuve que ponerme a trabajar. De todos modos, como le dije antes, ser universitario no te libra de ser un completo inepto.

—No pretendía…

—No se preocupe, sé lo que quiere decir. Venga, le enseñaré algo.

3

Nos levantamos. Cojo la grabadora que no para de registrar la conversación y abandonamos el estudio. Atravesamos un largo pasillo que desemboca en una enorme cristalera desde la que puedo ver una *infinity pool*. El agua, transparente y en calma total, se funde con el horizonte: un cielo azul despejado y espectacular.

—Vivir aquí debe ser maravilloso. —Espero no sonar reiterativa.

—Bueno, como ya le dije, depende de las circunstancias.

Dejamos atrás el pasillo para adentrarnos en otro decorado con cuadros minimalistas. El suelo de madera cruje con suavidad bajo nuestros pies; el sonido es casi relajante. Tengo la impresión de que cada cosa que suceda en esta casa me va a parecer extraordinario. Subimos unas escaleras y Emily abre la primera puerta de la izquierda, estira el brazo para encender una luz y me cede el paso.

—¡Vaya, qué preciosidad! —Es lo único que alcanzo a decir.

Me encuentro en medio de una enorme biblioteca, ambos lados están repletos de estanterías con miles de libros. No hay ni un solo centímetro para cuadros, ventanas, plantas o adornos. La iluminación es formidable, aunque no veo lámparas ni apliques. La luz brota desde las propias estanterías y no genera ningún tipo de sombra o brillo molesto. Al fondo, una mesa de despacho, una silla y un par de sofás que me apresuro a juzgar comodísimos; tras la mesa, una puerta acristalada da acceso a un balcón.

—Estoy impresionada. Tengo que admitirlo.

—¿Seguro?

—Se lo aseguro.

—Observa —me dice pulsando un interruptor.

De pronto, el techo, como si estuviéramos dentro de uno de esos modernos estadios, se repliega y la luz natural invade el espacio.

Una enorme cúpula de cristal nos cobija. No puedo evitarlo, entorno mis ojos debido al exceso de luz.

—¿Demasiada luz? —me pregunta. Lo hace a propósito; sin duda quiere impactarme un poco más. No se preocupe, gira el interruptor y el cristal se va tintando con elegante sutileza—. ¿Mejor ahora?

—No sé qué decirle… Pasaría horas aquí leyendo sin parar —y por un segundo me teletransporto a mi casa en Malasaña y pienso en las horas que paso leyendo en el cuarto de baño, iluminado apenas por un frío fluorescente y la mísera luz que entra por la minúscula ventana del patio interior—. Esto es… no tengo palabras. Imagino, pasar aquí una tarde de otoño, leyendo, mientras llueve, sintiendo las gotas golpear el cristal; con una fina manta y una infusión… ¡sería lo máximo! No sé si aquí hará mucho frío.

—¿Diez grados de mínima en invierno sería frío para usted?

—Bueno, pues sin la manta, pero, llover si llueve, ¿no?

—Sí, llueve, no mucho, pero llueve. —Sonríe. Está relajada, y a mí me tiene por completo despistada.

¿En qué momento hemos dejado la entrevista a un lado?

—¿Quieres que continuemos aquí? Puedo pedir que nos traigan la cámara de vídeo.

—Por favor. —Objetivo cumplido. Si vuelve a fumar, aquí, podré con ello.

A los dos minutos, la cámara está instalada a mi lado. Las dos mujeres que trabajan para Emily en la casa no se han olvidado ni del vino ni del tabaco. Copas nuevas, distinto vino, misma cajetilla de tabaco.

—Esta es mi escuela. Los libros son mi mejor compañía. Puede sonar a tópico, pero así es.

—¿Qué trabajos tuvo? ¿A qué se dedicó? —pregunto retomando la entrevista.

—Imagínese. ¿Quiere más tópicos? Pues todos los trabajos a los que una joven de dieciséis años sin estudios puede acceder:

camarera, dependienta, ese tipo de empleos. Poco hay que añadir.

—¿Se avergüenza?

—En absoluto, la vida no me dio opción, tampoco me mostró el lado de la creatividad, del emprendimiento. Mi objetivo, no sé si decir mi obsesión, era tener un salario para poder salir adelante, para ayudar a mi madre. ¿Fui conformista? No lo creo. No dejé de trabajar ni un solo día en años, trabajé duro y entendí que esa era mi vida. Más tarde conocí a Roger y ambos le dimos forma al camino…

—¿Cómo se conocieron?

—En aquella época yo era camarera en Sue's, la cafetería junto a la gasolinera, en Murray. Él trabajaba en el taller mecánico de su tío, decía que lo heredaría cuando este se jubilase. Roger conducía la grúa del taller por todo el condado, iba allá donde los coches se habían quedado tirados. Visitaba los desguaces en busca de recambios, era como un taller móvil. Un día paró a repostar y a comer algo. Él siempre decía que se enamoró de mí en el mismo instante en que me vio. Yo no puedo decir lo mismo. ¡Nunca dijo nada más allá de saludar y pedir algo de beber! —Ríe—. Era muy tímido y reservado, algunos decían que era incluso retraído, poco sociable…

—¿Qué quiere decir con eso? —Quiero aclarar este punto. Retraído puede significar muchas cosas.

—Que era reservado. Se cuidaba mucho a la hora de hablar en público, rara vez solía dar su opinión y nunca se metía con nadie. Así era. Tenía su propio punto de vista, por supuesto. Conmigo hablaba sobre cualquier tema, incluida la política, pero fuera prefería ser discreto. Y a mí eso me encantaba. Venía por la gasolinera bastante a menudo, pero yo no me fijé en él. Cambié de trabajo. De la noche a la mañana me propusieron cubrir una plaza en la biblioteca pública del condado de Calloway. No me lo pensé dos veces. Puedo asegurar que ha sido el trabajo más bonito que jamás he tenido. La calma, el silencio, el respeto; rara vez podría pasar algo malo en una

biblioteca… Y los libros —suspira—, ahí fue donde empecé a cogerle cariño a los libros.

—¿Podría decirse que usted también era o es tímida y reservada como él?

—Podría decirse. Nunca fui mucho de fiestas ni alborotos. El caso es que de repente un día apareció en la biblioteca, lo que significaba que había investigado: al menos, averiguó quién era yo y por qué de pronto había desaparecido. Me quedé petrificada cuando lo vi entrar.

—¿Lo reconoció entonces?

—Sí, pero no fue por eso por lo que me quedé paralizada. Fue por las ropas que llevaba: el mono del taller enrollado a la cintura, una camiseta gris, vieja y sucia, llena de grasa y unas manos… que preferiría no recordar.

—Vengo a buscar libros de mecánica —me dijo—. Estoy arreglando un camión dos calles más abajo y tengo dudas sobre cómo desmontar una cosa —mintió claramente, pero fue un buen comienzo.

—Ni se te ocurra entrar así en la biblioteca —le advertí—. ¡Quieto! ¿Llevas ropa debajo del mono? —Con un gesto me respondió que sí—. Perfecto. Por favor ve al baño, te quitas el mono y te aseas bien.

Y así lo hizo. Se desprendió del mono, se lavó lo mejor que pudo y hasta se peinó. Buscamos libros de mecánica, que como digo, no le sirvieron de nada, pero le permitieron poder sentarse en la mesa más cercana al mostrador donde yo me encontraba y lanzarme miradas de vez en cuando. Estaba dispuesto a no perderme de vista de nuevo. Volvió a venir varias veces más. Pero, sabiendo que la excusa del camión averiado no le serviría, él muy atrevido, optó por adentrarse en mi terreno. Me pedía que le recomendase libros; se interesaba por las novedades ¡hasta me preguntó por el club de lectura! Nunca se apuntó.

—Con el taller no tengo tiempo —se excusó. No tenía ni tiempo, ni ganas. Seamos sinceros.

—¿Y entonces le pidió salir?

—Exacto. Una tarde, cuando ya estaba a punto de cerrar, se plantó ante mí: elegantísimo, un tanto hortera. Se notaba que no solía tener muchas citas. Me regaló un libro y me pidió una cita. Esa misma noche me invitó a cenar. Fue correctísimo. Después de cenar dimos un pequeño paseo y me llevó a casa en su coche: un Chevy Bel Air del 57. —Detiene el relato. Aprieta los párpados con fuerza, baja la cabeza y se lleva la mano a los ojos. Tiembla. Contiene el aliento y las lágrimas. Con los ojos aún cerrados continúa—: Para Roger aquel coche lo era todo. Me contó mil veces cómo lo había rescatado del desguace y le había dado una segunda vida. Se sentía muy orgulloso de su coche y de su trabajo. Desde entonces, Roger y yo nunca nos volvimos a separar.

—Suena bonito.

—Lo fue. Mis experiencias anteriores con otros chicos no fueron más allá de besuqueos e intentos de magreo por debajo de la blusa. Todos ellos unos mocosos. Cuando no eran unos completos inmaduros, eran unos descarados sin sensibilidad. Con Roger, fue distinto. Siempre se mostró cariñoso y amable. Me amó y yo le amé. ¿Me gustaba? Sí, no era George Clooney, pero me resultaba atractivo. Tenía pelazo, era ancho y fuerte de hombros y brazos, tenía las manos grandes, aunque a menudo se avergonzaba de ellas porque, por culpa del taller, siempre las llevaba sucias. Por encima de todo nos quisimos mucho y eso era lo importante. A los tres años de novios me pidió que me trasladase a vivir a Mayfield. Alegó tener un trabajo más estable que el mío, cosa que era cierta, y no me costó mucho decirle que sí.

—Veo que lo recuerda todo con mucho cariño. Hay mucho romanticismo en todo lo que me cuenta. Da gusto escuchar una historia así. Hoy en día, los jóvenes se enamoran por WhatsApp y rompen por Instagram.

Sonríe a mi comentario y, pensativa, pierde la mirada entre los miles de libros. Se levanta y coge uno que tiene bien localizado. Es una edición de bolsillo, tapa blanda. Las puntas se doblan hacia

fuera en cuanto los demás libros dejan de ejercer presión sobre él. Sobrevuela la tapa con la mano, no quiere tocarla, no quiere desgastarla más; está ajada y algo roída. Sin duda por el paso del tiempo, sin duda por la de veces que lo ha acariciado. Por eso ahora sobrevuela la cubierta. Porque sabe que cada vez que la roce, el libro se consumirá un poco más, y sentirá que se aleja de su marido… un poco más. Y eso no debe pasar.

—Con pena —responde al fin—, lo recuerdo con pena y cariño. Roger sufrió mucho más que yo. Se arrepintió de formar parte de esto, y en determinados momentos, la culpa lo devoró por dentro. Nunca lo verbalizó suficiente. Intentaba no exteriorizarlo, por aquello de no preocuparme. Pero se le notaba a la legua, así que yo intentaba calmar sus malos momentos con actividades insípidas como ir de pesca o jugar a los bolos. Imagino que él hizo lo mismo conmigo cada vez que me veía mal.

Se acerca hasta mí y me tiende el libro. Se echa a reír, esboza una breve sonrisa, y por un instante, se ruboriza. Se lleva las manos a la boca.

—Perdona que me ría. Es que recuerdo el día en que me lo dio. Se equivocó por completo con la elección. Nunca se lo tuve en cuenta, sé cuándo apreciar un detalle. Es de las pocas cosas que nos permitieron conservar. De lo poco que pude salvar de mi anterior vida.

—Todas las cosas brillantes y hermosas. —Leo el título.

—Es un *best seller* de 1974, el año en que nací. Trata las anécdotas de un veterinario en el campo, es la segunda parte de una trilogía. Así que tiempo después compré la primera parte y me la leí, pero no me entusiasmó. Nunca compré la tercera.

—Quizá lo eligió por el título. Y quería decirle que usted era algo brillante y hermoso. Cerca de un 50 % de los libros, se venden por el título.

—¿Se ha dado cuenta de que en la portada salen vacas pastando? —Ríe de nuevo—. Quizás me estaba llamando vaca… —Le

acompaño la broma con una sonrisa.

—Sabe que no. Que lo importante fue el detalle y no el libro. Podría haberle regalado *Carrie* de Stephen King, también es del setenta y cuatro, eso habría sido peor.

—No. Me encanta la novela de terror. Me habré leído *Carrie* al menos tres veces. ¡Ah!, por cierto. Abra el libro, puede leer la dedicatoria si quiere.

No es una sugerencia, es un deseo y por supuesto la leo.

«Espero que algún día tu vida sea tan brillante y hermosa como para escribirla en un libro. Espero que te guste».

—Es curioso que, justo ahora, le esté contando mi vida a una periodista… Puede que algún día este relato acabe entre las tapas de un libro —culmina con deseo.

—¿Cree en las coincidencias?

—Ya no sé en lo que creer, si le soy sincera.

—Bueno, hagamos un parón. Todo lo que me acaba de contar aquí en esta habitación es precioso. ¿Le parece bien que cerremos este capítulo y vayamos a por otros asuntos? —le propongo con amabilidad.

—¿No desea oír nada sobre nuestra boda? —Una vez más vuelve a sonreír.

—Adelante, por favor. Todo lo que sea relevante y sirva para dar veracidad a la historia me interesa.

—No, no aportaría mucho más, la verdad. Nada significativo, sería todo muy reiterativo. Roger y yo estuvimos viviendo juntos durante tres años, eran los 90. En el taller contrataron a un nuevo chico, para hacerse cargo de la grúa y Roger se quedó definitivamente como mecánico. Yo trabajaba en un supermercado, era jefa de departamento, con posibilidades de promocionar a supervisora técnica si me formaba un poquito, así que decidimos casarnos. Fue algo sencillo, pero muy emotivo. Tengo recuerdos que nunca olvidaré. Fueron los mejores años de nuestra vida.

Se sienta. Busca el infinito a través del balcón, aunque a quien en realidad busca es a su marido, a quien no puede olvidar… desde hace tres años ya. Bebe un poco de vino y enciende un cigarrillo. Coge el libro que hacía unos instantes yo había depositado en la mesa y esta vez sí, lo acaricia como si fuera el único nexo que le quedase con Roger.

Se me está viniendo abajo, no sé si es bueno o malo, debo retomar la entrevista: volver a los años dorados. Se me adelanta.

4

—¿Sabe de qué murió mi marido? —pregunta con la mirada perdida.

Niego con la cabeza.

—De tristeza —responde. Y se calla. Y no dice nada más. Cruza las piernas, se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas y vuelve a recurrir al tabaco para calmarse.

No digo nada. No es necesario. Sé que seguirá hablando, solo es cuestión de tiempo. Estas pausas son incómodas, muy incómodas, pero dan sus frutos. Solo es cuestión de aguante. Y, además, a los periodistas nos encantan. Quedan perfectas en televisión.

—Ellos lo mataron. Lo mataron poco a poco. Nos mintieron. No nos contaron toda la verdad, y la tristeza le consumió. La culpa… la culpa lo corroe todo, te devora por dentro, da igual lo que te digan. La culpa entra en tu cabeza, se extiende por tu cuerpo, te oprime el pecho y te arde como si te pusieran encima una plancha de acero incandescente. Te revuelve el estómago, te quita el apetito, las ganas de comer y de vivir. Porque nada podrá cambiar el pasado. Porque no hay marcha atrás. Porque no podemos viajar en el tiempo y decir NO. Habrá quien pueda saborear la vida a pesar de haber dejado un reguero de maldad detrás, pero nosotros no. Nosotros no éramos así. —Vuelve a callar.

No tengo muy claro ni de qué, ni de quién me está hablando, pero no me preocupa. Sé que todo será revelado más adelante, para eso he venido hasta aquí. No vamos a correr ahora.

Pasa al menos medio minuto. No digo nada.

—De un infarto —continúa—. Roger murió de un infarto mientras veía la tele. No sabría decirle qué estaba viendo, pero intuyo que algo vio, algo que le oprimió el pecho por última vez. ¿Y sabe qué estaba haciendo yo en ese preciso instante? No fue aquí, fue en la

anterior casa, en Montana, cerca de Butte. Una casa espectacular, tanto o más que esta. ¿Sabe qué hacía yo? —repite con asco—. Cagar.

Esto sí que no me lo esperaba; tengo que mantener el gesto.

—Estaba cagando mientras mi marido se moría. Porque, aunque vivas en una casa como esta, tu cuenta del banco nunca baje del millón de dólares y hayas cambiado el curso de la historia, una tiene que seguir cagando.

—¿Perdón, ha dicho, aunque hayas…? —No me deja acabar, no me escucha, sigue soltándolo todo. Se desahoga.

—Porque si no cagas, revientas. Y si revientas, lo pones todo perdido. Y quizás… quizás esos no sean modales, para alguien que se mueve entre las élites. Aunque nunca las vea: Perdona, amor —dice como si le estuviese hablando a un marido imaginario—, ahora no puedo atenderte, me estoy limpiando el culo. En cuanto pueda bajo. Tú sigue muriéndote, que ahora voy.

—¿Se siente culpable por la muerte de su marido? ¿Se ha planteado que, aunque hubiese estado a su lado, quizá nada podría haber hecho?

—Sé que no tengo que sentirme culpable. Y no debo. Eso me dicen los psicólogos. Pero ese «quizá» que usted acaba de soltar… ¡es tan poderoso! —Aprieta tanto el puño que creo que está a punto de romperse las uñas.

—¿Sabe otra cosa? —sigue, sin darme respiro—. Cualquier cosa que deseo, lo tengo al instante. Puedo pedir el objeto más estúpido del mundo y, en tiempo récord, me lo consiguen. Que quiero un masaje tailandés con piedras volcánicas, aceites y esencias de no sé qué flor del Himalaya: en diez minutos, suena el timbre y tengo al mejor masajista del mundo en casa. Que me apetece comer rata: en un suspiro viene un chef de prestigio y me cocina un roedor. Sin embargo, el día que murió Roger, los servicios sanitarios tardaron más de la cuenta…

—¿Está insinuando que lo mataron, o que hubo omisión de socorro?

—No lo insinúo, ya se lo he dicho antes: lo creo. Pero nada puedo hacer.

—¿Cómo que nada puede hacer? Puede salir a la calle, puede contarlo, denunciarlo…

—Creo que todavía no se hace a la idea de dónde está y a qué ha venido —me reprende.

—Espere, espere un segundo —acierto a decir mientras me llevo las manos a la cara, tapando nariz y boca. Respiro. Siento el aire caliente entrando y saliendo de mi nariz. Me sirve para focalizar—. Tengo que reconducir esto, ir por partes, necesito…

Me corta. Sigue a lo suyo, está lanzada.

—¿Quiere saber cómo fue el entierro? Fue de risa. Quizá le ayude a comprender. —No para. Tiene que soltarlo todo y tiene que ser ahora.

—No, sí… Bueno, no sé. Sí, cuénteme cómo fue el entierro. Pero tengo que volver a algo que ha dicho antes, no quiero que se me pase.

Me tiene desconcertada, en estos momentos es un tornado y da la sensación de que va a ir a más. Miro la grabadora y me relajo. Saber que todo está quedando grabado me tranquiliza. Por el contrario, ver la cámara de vídeo me provoca pánico. Dudo sobre si estoy conduciendo esto bien. No tengo muy claro qué va a salir de aquí. Necesito ser yo quien controle y lleve el rumbo de la entrevista. Sin embargo, la mujer que tengo delante es una bomba de relojería incontrolable, inesperada. Se está desatando, y no sé si dejarla fluir y ver a dónde me conduce o intentar echarle las riendas y llevarla yo a mi cauce.

—¿Lo del cambio del curso de la historia? —pregunta con indiferencia—. No se preocupe. Llegaremos a eso, se lo aseguro. Por eso está usted aquí.

Coge la cajetilla de tabaco —otro cigarrillo no, por favor—. De pronto la deja. Se levanta, abre uno de los cajones de la mesa. Saca otra cajetilla, esta vez metálica. La abre y saca un porro.

—¿Eso es lo que creo que es?

—Me relaja. Los tengo por toda la casa. Y estará de acuerdo conmigo en que necesito fumarme uno. —Lo enciende—. ¿Quiere?

—No, gracias.

Le da una calada descomunal, aguanta el humo tanto que me parece una eternidad y lo suelta moviendo la cabeza en círculos, como un dragón escupiendo fuego.

—Llegaron los servicios de urgencias. Certificaron la muerte y se llevaron el cuerpo. Me preguntaron si quería alguna ceremonia religiosa. Los mandé a la mierda. ¿Quién íbamos a estar? ¿El cura, las asistentas y yo? Solo pedí quedarme a solas con él unos minutos. Al día siguiente vinieron a buscarme. En el cambiador habían dejado al menos una decena de vestidos para la ocasión. Me llevaron a un pequeño aeródromo y volamos hacia la nada. En menos de una hora aterrizamos en una base militar. Me acompañaron hasta una enorme sala fría y gris. Y allí, en medio de tanta soledad, estaba él dentro del ataúd. Guapísimo, con un traje precioso y el rostro relajado. Fue la primera vez que pensé que, por fin, era feliz.

—¿Y dónde lo enterraron?

—¿Enterrarlo? ¿Dónde íbamos a enterrarlo? ¿En Mayfield? ¿En Montana? ¿En alguno de los otros sitios donde habíamos vivido? No. No podía ser enterrado. Lo incineraron allí mismo, en aquel extraño lugar, y de regalo, me llevé a casa la urna con sus cenizas. Trocitos de Roger.

«¿Trocitos ha dicho? Madre mía, si supiera que el ochenta por ciento de las cenizas es madera del ataúd, igual las tiraba por el retrete».

—Creo que tiene razón —dice de pronto más tranquila. Parece haber escupido toda la rabia que necesitaba derramar—. Hagamos un descanso. Le enseñaré la casa y pediré a cocina que nos

preparen algo de comer. ¿Le parece bien? Coja la grabadora si lo cree oportuno, pero deje la cámara. Si no, esto parecerá uno de esos reportajes donde los famosos enseñan sus casas.

Me parece bien. Aunque más calmada, sigue alterada. Quizá un paseo por la casa la relaje. Rebajemos la tensión.

Y me enseña la casa. Pasea indiferente, como quien camina por los pasillos de unos grandes almacenes, sabiendo que no va a comprar nada. Lo primero que me muestra es la cocina —que ya la quisieran algunos para sus restaurantes—. Solo el juego de cazos de cobre que cuelgan de la mampara central vale más que toda mi cocina. Encarga algo de picoteo. Creo oírle decir a una de las empleadas que, cuando todo esté listo, lo lleven a la piscina. La estancia huele a comida recién hecha, como si allí se estuviese cocinando a todas horas.

Me enseña la bodega, el salón de belleza —que más que un salón de belleza parece un laboratorio—, con su cámara hiperbárica, su cama de rayos uva (no fastidies con la piscina que tiene fuera), un cilindro que intuyo que es un tanque de aislamiento extrasensorial y un sinfín de aparatos más.

—Todo esto ya estaba aquí antes de llegar nosotros —me aclara.

Pasamos frente al gimnasio al que no le hace ni caso y se detiene como curiosidad —me argumenta— en el cuarto oscuro o cuarto del amor, la habitación BDSM. No le falta de nada: cama redonda, potro, columpio de suspensión, látigos, esposas y elementos de sumisión; todo decorado en negro, con luces de neón azul. Parece la habitación donde Marilyn Manson dormiría a pierna suelta.

—Excentricidades de los ricos —apunta, como si nada de lo que ha mostrado tuviera que ver con ella—. Vamos a la piscina. Allí estaremos cómodas.

Junto a la piscina, justo donde el césped se convierte en mármol Calacatta, una carpa protege del sol una maravillosa mesa de cristal con herrajes artesanales y un conjunto de sillas de madera de secuoya. Sobre la mesa, unas bandejas de pizarra exhiben una

variedad casi absurda de entrantes y canapés. Me invita a comer. No puedo resistirme a probar un par de bocados. Todos tienen una pinta exquisita. Ella no prueba nada. Se limita a introducir barritas de zanahoria en un bol de humus.

—Prueba el vino, por favor —me ruega con amabilidad, casi con ternura.

«¿La marihuana está haciendo efecto?», pienso.

—No sé si debería.

—Deberías, te lo aseguro. Es un *Kluge Rose* —insiste.

—No entiendo de vinos —respondo, procurando no parecer una ingenua.

Emily saca la botella de la cubitera, sirve una copa y me la tiende.

—Patricia Kluge fue una de las mujeres más ricas de EE. UU. Estuvo casada al menos tres veces, siempre con multimillonarios, por supuesto. Invirtió millones en crear sus propios vinos y ganó una fortuna, hasta que en dos mil ocho llegó la crisis y todo se fue a la mierda. Años después, un famoso presidente del país compró la bodega en una subasta a precio de ganga. Esta botella es de la bodega original. Te puedo asegurar que vale una fortuna… Y está buenísimo. Tenía buen gusto.

Lo pruebo, no me dice gran cosa, no entiendo de vinos.

—No sabría decirle… cualquier vino que pueda tomar en una ocasión especial me sabría igual —y ahora, sí que temo estar quedando como una ignorante—. En España tenemos los mejores vinos del mundo. —Trato de arreglarlo.

—Estoy al tanto de ello. Me encantaría conocer España y degustar sus vinos.

—Puede pedir que se los traigan.

—No es lo mismo.

—Una vez, cubriendo un evento gastronómico, un enólogo dijo que cualquiera que pagase más de cincuenta euros por una botella

de vino, estaba siendo engañado.

—Pues esta vale miles de dólares. O al menos eso era lo que la gente pagaba por ella.

—¿En qué más sitios ha estado? ¿Dónde más ha vivido? —pregunto mientras la grabadora sigue recopilando la conversación.

—Allá donde se mueve el dinero. Pero siempre lejos de cualquier signo excesivo de civilización. Como podrá entender o se imaginará, las personas con grandes fortunas van en busca del anonimato. Necesitan esconderse de vez en cuando. Aunque cueste creerlo, muchos de estos millonarios viven en poblaciones de menos de diez mil habitantes.

—No tenía ni idea. Nunca lo hubiese imaginado. Pero… ¿de quién son estas casas? ¿Cómo las consiguen?

—Quiero creer que son casas de gente que se arruina, y, por lo tanto, el Estado o el Partido Republicano se quedan con ellas. No las subastan. Las compran a precios irrisorios y las usan para… —ríe—, dar cobijo a fantasmas sociales como nosotros. No se me ocurre otra explicación.

—Hasta donde yo he podido investigar —añado a su comentario —, pertenecen a un conglomerado de fondos de inversión. Algo bastante opaco y confuso si le soy sincera.

—Podría ser. Y, volviendo a su pregunta, he vivido aquí… en Montana, como ya le dije antes, Florida, Albemarle, Carolina del Norte…

—Me ha quedado claro que le da un poco igual, pero ¿no guarda algún recuerdo especial? Estoy segura de que su marido y usted vivieron momentos felices.

—La primera casa. Sin duda. En Miami. Fue como nuestra luna de miel. Cuando nos casamos, no tuvimos un viaje de novios al uso. Hicimos una pequeña escapada de cinco días. Una ruta circular entre Mayfield y San Luis. Muy romántico. Pero Miami, fue un sueño. Llevábamos una racha horrible. Nuestro porvenir pintaba negro y no

éramos conscientes de dónde nos habíamos metido. Aterrizar en Miami fue como cruzar a otra dimensión.

—Llegaremos a eso y lo hablaremos con mucha calma. Pero dígame: ¿cuándo se dieron cuenta? ¿En qué momento se arrepintieron?

—Con la primera bomba.

5

—¿Cómo dice?

—Ahí fue cuando nos dimos cuenta de que habíamos cometido una estupidez. Hubiésemos preferido morir hundidos en un pozo de alquitrán y que nos hubiesen prendido fuego mientras nos ahogábamos. Pero aquí estoy, disfrutando del lujo, derrochando ostentación y nadando en la abundancia. Por cierto, ¿le apetece darse un baño?

Se pone de pie, coge la botella de vino y me invita a beber un poco más. Niego con la cabeza, así que se la lleva a la boca y bebe. Luego la deja con tal virulencia, que cubitera y botella caen sobre las losas de mármol, desparramando por el suelo agua, vino y hielo. Me muevo, rápido y por instinto. Alcanzo la cubitera y la botella y las vuelvo a poner en posición vertical.

—¿Se ha traído ropa de baño?

—He venido a trabajar.

Me desconcierta una vez más. Retiro lo de la marihuana; creo que el efecto está siendo otro.

—Vamos, mujer, estás en Malibú. Seguro que has pensado en hacer algo de turismo y darte un baño en las playas de California.

Es cierto, he traído un par de bikinis, pero los he dejado en el hotel.

—Señora Watson, perdóneme, pero no entiendo nada. —Su comportamiento roza lo infantil. Parece una adolescente.

—Te puedo dejar alguno de los míos. Tengo decenas que están sin estrenar. Creo que serán de tu talla. O, si lo prefieres, puedes quedarte en ropa interior. O desnuda, qué demonios. Aquí nadie te va a ver —está desatada.

—Señora Watson, preferiría que no. Gracias de veras —respondo confusa. Y, durante un segundo, mi mente indaga bajo mi blusa y mi pantalón pensando si la ropa interior que llevo es la adecuada para la ocasión.

—Pues a mí me apetece. —Se ríe, parece ser que lo encuentra divertido—. Nunca lo he hecho.

Se ayuda del pie derecho para deshacerse del zapato izquierdo; el derecho se lo quita con la mano izquierda, elevando la pierna hacia atrás. El pantalón de lino cae con elegancia al quedar por debajo de las caderas. Se desliza y se posa en el suelo con una delicadeza que me hace pensar que ese lino no es como el que yo compro. Se quita la camiseta y se queda en ropa interior.

Me mira e insiste en que me una. No sé qué pensar. Empiezo a asimilar que esta entrevista va a ser un carrusel hasta el final. Niego con la mano.

A pesar de sus cincuenta años, posee un cuerpo bonito. Es delgada, quizá en exceso, pero mantiene una figura natural y equilibrada. Apenas tiene culo; una leve barriguita sobresale en su abdomen, se le marcan algunas costillas y los pechos disimulan su flacidez bajo el sujetador. Su piel es tersa y morena. Se gira hacia la piscina, pero antes me invita una vez más a darme un baño.

—¡Vamos, no sea tímida, tenemos todo el tiempo del mundo!

Niego por tercera o cuarta vez ya. La escena es a la vez entretenida y desconcertante. Se lanza de cabeza y se sumerge un par de segundos, para, más tarde, emerger y nadar hasta el borde.

—¡Está buenísima! —grita a lo lejos.

Me levanto y me acerco al borde de la piscina. A mi izquierda se abre la cristalera. Entra la mujer del servicio, lleva un par de toallas y un albornoz. Nadie la ha llamado, nadie le ha dado la orden, pero allí está. Anticipándose al futuro.

—Emily, tenemos trabajo —le digo sonriendo—. Sigamos con la entrevista, por favor.

No me hace caso. Sin duda sigue bajo los efectos de la marihuana. Nada de espaldas, moviendo solo los pies; luego hace el muerto. Ingrávida siente que no pertenece a este mundo y, piensa, que debería bañarse más a menudo. Sin embargo, no lo hace. Le cuesta. Como cuando hacía el amor con Roger y ambos se decían: «Deberíamos hacerlo más a menudo». Pero luego no sucedía. Da pereza. Como cuando le dio por pintar, porque hubo una época en la que le dio por pintar y pasaba horas imaginando, llevando al lienzo lo que le venía en ese preciso instante a la mente y terminaba con la hormona de la felicidad por las nubes. Miraba el cuadro y se sentía orgullosa. «Tengo que pintar más». Pero luego no lo hacía, le daba pereza. Levántate del sofá, baja al estudio, prepara los materiales, que además luego tendrás que limpiar… ¡Uf, qué desgana! …y es que esta vida de lujo, abundancia, culpa y muerte pesa mucho.

—Emily —le digo con tono maternal. Como la madre que le recuerda a su hijo que tiene que ponerse a hacer los deberes—, creo que vienen curvas, ¿podemos seguir?

Se pone de pie, me da la espalda y vuelve a perderse en el infinito.

—Lo hago por ti, mi querido esposo. Por ti y por mí —susurra—. Tienes razón —grita con fuerza—. Volvamos al trabajo. Pero antes me gustaría hacerte una pregunta.

Hace un último largo y sale de la piscina. La asistenta le pone el albornoz y le tiende las toallas: primero una pequeña para el pelo, luego la grande para el cuerpo.

—¿Seguimos hablando aquí? —pregunta mientras se enciende un cigarrillo.

—Si me promete que no va a fumar, preferiría volver a la biblioteca. Si no, nos quedamos. Lo confieso: no soporto ni el humo ni el olor del tabaco.

—Pues, chica… ve tomando asiento —responde, algo grosera.

—Perfecto, no hay problema. ¿Qué quería preguntarme?

—¿Os lo tuvisteis que pensar mucho para venir a entrevistarme?

6

Madrid, un mes antes.

—Carmen, buenos días. ¿Estás en la redacción o estás fuera?

—Estoy aquí. Dígame, señor Roy, ¿pasa algo? —Que el director del periódico te llame a tu móvil personal, siempre impone.

—Tranquila, no pasa nada. ¿Puedes subir a mi despacho, por favor? Solo serán unos minutos.

—Voy de inmediato. —Cuelgo la llamada. Cojo un boli, mi libreta y salgo para dirección tan rápido como mis piernas y mis nervios me lo permiten.

Un par de minutos más tarde me encuentro frente a la puerta del despacho de Ricardo Roy. Director de El Corresponsal, el periódico con más tirada de España. Llamo a la puerta, la abro ligeramente, asomo la cabeza y pido permiso para entrar.

—Pasa, Carmen. Pasa y siéntate, por favor.

Obedezco.

—Échale un vistazo a esto —dice mientras arrastra sobre la mesa un folio que hace llegar hasta mí. Es un correo electrónico. Me pongo en guardia. Intento recordar todos los correos que he recibido últimamente, por si alguno relevante se me ha pasado; también pienso en los que he enviado. Enseguida veo que ni el destinatario ni el remitente soy yo. Lo envía una tal *cindycmur@gmail.com*. Lo leo un par de veces, no con el detenimiento que me gustaría: a Ricardo no se le puede hacer esperar.

—Tómate tu tiempo. —Señal inequívoca de que el tiempo se acaba—. ¿Qué te sugiere? ¿Crees que puede ser algo interesante?

«Vamos, Carmen, suelta algo con fuerza, te está poniendo a prueba».

—¿Comprobó la dirección que nos envía? —pregunto.

—Claro. Mira —teclea en su ordenador y me gira la pantalla. Ha entrado en *Google Maps*. La imagen me muestra a vista de pájaro una enorme mansión a no más de cien metros de la playa, en lo alto de una pequeña elevación de terreno. El acceso, salvo por la entrada principal, parece enmarañado. No se observan otras casas y el camino para llegar al mar se ve complicado. Un seto rodea toda la propiedad, excepto por la zona de la piscina que permite vistas al horizonte.

Jardines, palmeras y una pista de tenis en la parte trasera. Mis ojos se van a la casilla donde se escribe la dirección: *25142 Pacific Coast Hwy*, Malibú. También veo la casilla superior, la de «Elija un punto de origen». Leo una ubicación en Madrid con el nombre de una famosísima tienda de muebles de esos que los tiene que montar uno mismo con sus propias manos.

«¿Qué andas buscando, Ricardo? ¿Cómo va el divorcio? Eres la comidilla de la redacción».

Vuelvo a revisar el correo electrónico. Está firmado: Cindy Collins.

—¿Ha buscado su nombre? —Me mira un tanto perplejo. Como si no debiera haber formulado esa pregunta.

—No. Eso te corresponde a ti. Por eso estás aquí. Pero vamos, dime algo más…

«Vamos, Carmen, estruja el cerebro a fondo».

—Vamos a ver. ¿Por qué alguien que vive en una mansión en Malibú, es decir, se supone, alguien con un alto poder adquisitivo, contacta con nosotros, envuelto en un halo de misterio para decir que posee una información de gran importancia que, de salir a la luz, podría ser un notición? ¿Por qué a nosotros y no a la prensa local? ¿Tiene algo que ver España en todo esto? No sé si desconfiar. Quizá sea una rica aburrida con ganas de protagonismo…

—O quizá no —me interrumpe Ricardo—. ¿Investigas un poco y me cuentas en unos días? A ver si puedes desentrañar algo. Si consigues algo atractivo, te vas para allá.

—¿En serio? —respondo con una sonrisa de lado a lado.

—En serio, ¿cuánto tiempo llevas con nosotros?

—Dos años y medio.

—Pues adelante. Viviste una temporada en Estados Unidos, conoces su cultura, y tu inglés es perfecto. Así que… dame algo interesante y es todo tuyo.

—Me pongo a ello ya mismo. ¿Le mando un correo cuando sepa algo?

—Puedes mandarme un wasap, concretamos una reunión y me cuentas en persona.

Salgo del despacho, cierro la puerta, aprieto los puños y ahogo un rotundo «SÍ». Puede ser mi primera gran oportunidad.

Me doy una semana de margen; más días irían en mi contra. Si Ricardo me llama antes de que yo lo haga, será punto negativo para mí. A las setenta y dos horas le escribo: Señor Roy. Tengo la información sobre Cindy Collins.

Concretamos una reunión para el día siguiente. Como la vez anterior, golpeo la puerta y pido permiso para entrar. Me invita a tomar asiento.

—A ver, Carmen, ¿qué tienes?

Lo que ocurre a continuación, no lo olvidaré jamás. Hago algo de lo que me sentiré orgullosa toda mi vida. Pongo sobre la mesa un cartapacio marrón. En la portada he escrito: Entrevista Cindy Collins. Él lo abre. Dentro dos folios. El primero es el correo que él me había dado tres días antes. El segundo, una hoja en blanco. Su cara de estupefacción lo dice todo.

—¿Qué es esto? —pregunta—. Creo que se te ha perdido la documentación por el camino.

—No —respondo con firmeza. Las piernas me tiemblan, la respiración se acelera, pero consigo mantener la calma—. No he perdido nada, señor Roy. Ese folio en blanco es todo lo que he podido averiguar sobre Cindy Collins.

—¿Entonces es una broma?

—No necesariamente.

—Explícate. Vamos, que no tenga que tirarte de la lengua.

—No existe ninguna Cindy Collins de Malibú. Cierto es que puede haberse trasladado hace poco a esa casa. Buscar entre todas las Cindy Collins de los Estados Unidos no tendría mucho sentido. He contactado con amigos y compañeros de allí y no han encontrado nada: ni teléfono, ni cuentas bancarias a nombre de Collins, nada. También he investigado la casa. Se embargó hace ocho años y ahora pertenece a una empresa de gestión de fondos de inversión. ¿Quién es Cindy Collins? Un misterio. ¿Qué quiere contarnos? También. Es como un fantasma de carne y hueso que vive en una mansión.

—¿Has rastreado su correo y sus redes sociales?

—Por supuesto. Nada de nada.

—Déjame pensar… ¿Piensas que puede ser peligroso?

—¿Peligroso? No veo por qué. Si nos busca para que la entrevistemos, no tiene sentido que sea un engaño. Quiero decir, que no somos un particular, somos el periódico más importante de España.

—¿Y si no es quien dice ser?

—Eso es… Puede ser alguien que bajo el seudónimo de Cindy Collins está intentando llegar hasta nosotros porque de otro modo no podría. Creo que tiene algo que contar.

—Tú quieres ir, ¿verdad?

—Sí. Además, en el correo dice que correría con todos los gastos.

—Eso no es problema.

—Se me ocurre que puedo viajar unos días antes sin que ella lo sepa e intentar averiguar algo.

—Suena bien. ¿Te pones en contacto con ella para ver qué responde?

—Ya me tomé esa libertad —contesto con la boca pequeña—. No sé si debería haberlo hecho.

—Está bien. Sí, has hecho bien. Me gusta tu iniciativa, por eso confío en ti. De acuerdo, Carmen. Pon tu pasaporte en regla y habla con viajes y administración para que te vayan buscando vuelos y alojamiento. ¿Qué tal volar en unas dos semanas? ¿Tienes algo pendiente ahora?

—Nada que no pueda terminar en dos o tres días.

—La entrevista es tuya. No me falles. Tráeme algo grande.

—Ojalá. En cuanto reciba respuesta de Collins, le informo. Y, si al final, no hay nada que merezca la pena, me comprometo a traerle un reportaje. No sé… sobre las mansiones de Malibú o sobre cómo viven los ricos allí, o sobre las mejores hamburguesas a pie de playa… Yo qué sé. Ya se me ocurrirá algo. El caso es no venir de vacío.

—Tú misma.

Antes de abandonar el despacho, Ricardo me frena en seco.

—Carmen, ¿sabes una cosa? —No me deja responder—. Me recuerdas a mí. Mi instinto de periodista me dice que hay algo importante, y tu mirada me dice que tú también lo crees. Te deseo suerte.

7

—¿Así que fue así? Te están dando tu primera gran oportunidad… —Aplaude un par de veces con sutileza—. Enhorabuena. Espero que saques petróleo de todo esto. La historia la tienes. Mejor dicho, la tendrás en breve. Vamos paso a paso, por el momento lo estás haciendo bien.

—Gracias, se lo agradezco. Espero estar a la altura.

—Puedes estar tranquila. El peso de los acontecimientos es tan descomunal que muy mal lo tendrías que hacer para que no te crean o lo eches todo a perder. Además, yo me voy a encargar de no dejarme nada. Te lo aseguro. —Termina expulsando con seguridad el humo de una última calada—. Demostraste mucho valor al tenderle un folio en blanco al jefe. Ahí te ganaste su confianza. Creo que serías una gran jugadora de póker.

—Bueno, ya me la había ganado antes estando de prácticas. Tuve un golpe de suerte y no lo desaproveché.

—Ya —no dice nada más.

Me mira y espera. Al ver que no digo nada pregunta:

—¿Y…?

—Ah, perdón. ¿Quiere que se lo cuente? No creí que le pudiera interesar, si le soy sincera. —Me ha descolocado un poco. Siente curiosidad por mi vida. A mí no me apetece mucho hablar del tema, pero tampoco puedo negarme. Si genero desconfianza, podría cerrarse en banda y la entrevista se iría al garete.

—Claro, mujer. Necesito saber si eres la persona adecuada —añade con falsa seriedad.

Esto último me descoloca un poco más. Encaro las cejas. ¿Me está poniendo a prueba?

—Tranquila. Es broma. Si tu jefe te ha mandado hasta aquí, es porque eres la persona adecuada. Tan solo pretendo saber cómo has llegado hasta aquí profesionalmente. Nada más.

—Está bien. Nos enviaron a cubrir una noticia sobre un caso de corrupción. De eso en España tenemos mucho. Teníamos que hacer guardia frente a una casa dentro de una urbanización residencial de lujo, esperando a que el acusado saliera para intentar sonsacarle alguna declaración. Mi misión era, como imaginarás, la de callar y observar… Bueno e ir a por los cafés y los bocadillos. Mi compañero me mandó a por provisiones. Cogí el coche y, a no más de doscientos metros de donde estábamos, por la parte trasera de la casa, se abrió una puerta de garaje y una furgoneta apareció del interior. El conductor, cegado por el repentino cambio de luz, frenó lo suficiente para que yo pudiera identificarlo. Era él. Resultó que los cuartos de mantenimiento de la urbanización: alcantarillado, luces, depuradoras de piscinas, eran comunes cada seis casas y tenían acceso individual a los chalets. El acusado usó estos accesos para salir sin ser visto. Debió sobornar al empleado de mantenimiento para que le dejase la furgoneta del trabajo e intentó salir a escondidas. Pero yo lo vi. Le seguí y le abordé de frente. Él me debió ver tan joven que no pensó que fuese periodista —en verdad que no lo era, estaba en prácticas—. Solo logré hacerle dos preguntas. A la primera me contestó con un seco «No» y, a la segunda, respondió: Todo lo hice por ellos. Refiriéndose a sus hijos.

—¿Así de sencillo? ¿Qué le preguntaste?

—Le pregunté qué, si la justicia demostraba que había robado todos esos cientos de miles de euros, sus hijos aceptarían ese dinero manchado por la corrupción. No fue una pregunta muy profesional, lo sé. Estaba en prácticas y todo fue muy precipitado. Sin embargo, se alinearon los planetas, le di donde más duele. El caso es que soltó esa frase: «Todo lo hice por ellos». Fue como una pequeña confesión que luego, por supuesto, negó y dijo que se malinterpretaban sus palabras; pero que a mí me sirvió para que mi nombre llegase a oídos del director.

—Bien hecho. ¿Cómo le sentó a tu compañero?

—Digamos que no es con el que mejor me llevo del periódico.

Me aseguro de que la grabadora cumple con su trabajo y pido que traigan la cámara de vídeo antes de continuar. Emily está preparada. Pauso un segundo la grabación. La charla que acabamos de tener nos ha acercado un poco. Ella ya conoce un poco más de mí y creo que le he caído en gracia. A la vez, yo me voy haciendo una idea de cómo es ella, con sus idas y venidas, sus subidas y bajadas y creo que, a partir de aquí, todo puede fluir de una forma más íntima y sincera. Por eso, creo que puedo y debo hacerle una advertencia.

—Emily, si no me equivoco, creo que nos vamos acercando al plato fuerte. Estamos en la piscina y tú estás vestida con una toalla enrollada en la cabeza y un albornoz. Estoy pensando… Puede que las imágenes le resten veracidad a la entrevista.

—Esto es lo que somos y así es la vida. No pienso guardar las apariencias, no me importa el qué dirán. Ya pasé por eso hace mucho y, entonces, sí que me hizo daño. Mi profesionalidad y mi reputación se pusieron en entredicho.

Siento un deseo enorme de encender la grabadora, cada vez que le hago un comentario, responde con algo digno de ser inmortalizado.

—Como quieras, pero si vas a contarme algo significativo o vital y esto acaba siendo un documental, y la gente te ve en albornoz… puede que piensen que eres una frívola egoísta que lo único que quiere es protagonismo. —La trato con total franqueza. ¿Quiero ayudarla o me estoy ayudando a mí misma? No tengo claro si es buena idea; tampoco sé por qué lo hago. ¿Qué más me da lo que la gente piense de esta mujer? Es más, si al final hay documental y ella me relata el fin del mundo en albornoz, podría ser el punto álgido de la entrevista. Por otro lado, este rompecabezas mal resuelto que es Emily me provoca cierta lástima. Intuyo que su historia será devastadora. No sé si estoy haciendo lo correcto. Apostemos por un poco de empatía.

—Puede que en el fondo eso sea lo que soy —responde con rotundidad—, una egoísta que solo quiere protagonismo.

—No lo creo. Pero, como quieras. Tú mandas. Yo personalmente me cambiaría de ropa. Esperamos de todas formas a que nos traigan la cámara y empezamos —respondo reforzando mi aviso.

—Perfecto. Voy al baño un segundo. Si me disculpas. —Se levanta sin mirarme.

Su gesto es confuso. Quizá está molesta por mi comentario, quizá su orgullo no le deja reconocer en mi advertencia algo que sin duda le puede ayudar.

La cámara llega enseguida; ella diez minutos más tarde. Por lo que veo, se lo ha pensado mejor. Ha cambiado de idea. Viste zapatillas de deporte, vaqueros azul oscuro desgastados —con un leve corte en ambas rodillas— y una camiseta blanca. No puede ser: ICÓNICA. La reconozco al instante. En ella se ve el rostro de Jesucristo: amarillo fosforito, con la corona de espinas, perdiendo la mirada hacia el cielo y debajo el texto: «*Kill your idols*» («Mata a tus ídolos»). Madre mía. ¿Esto qué es? ¿Una declaración de intenciones? ¿Una rabieta? Quizá hubiese sido mejor que se quedara en albornoz. Se da cuenta de la cara de estupor que pongo.

—La encontré aquí cuando llegamos a esta casa, y me gustó —dice.

No hace referencia alguna al hecho de haber cambiado de idea y haberse cambiado. La estira, para que se vea bien. Está vieja, como si tuviese veinte años, y entonces aprecio en la parte de abajo unos garabatos, como una firma. No puede ser.

—¿Dónde dices que la encontraste?

—En unos cajones del vestidor, mejor dicho, detrás de los cajones del vestidor. Estaba llena de polvo. Imagino que la echaron al cajón y luego se fue deslizando hasta saltar a la parte trasera del armario. Un día, al ver que el cajón no cerraba del todo bien, lo saqué y apareció.

—Emily —la corto en seco—. Espera. —Cojo el teléfono y busco una imagen en Internet. Se la muestro—. Quizá te dé igual, pero creo que llevas puesta una de las camisetas que Axl Rose, cantante de Guns and Roses, llevaba en sus conciertos y que muy probablemente firmó y dedicó a quien fuera que viviera aquí. Madre mía, podría valer una fortuna. Mira la firma: aquí no se entiende del todo, pero AXL se entiende a la perfección y mira esto. Esta W al principio es clave, en realidad él se llama William.

—Vaya, veo que eres muy fan —añade divertida.

—Emily, es una de las camisetas más icónicas de la historia del rock y sobre todo, de los 90. Y sí, soy fan de los Guns.

—Uf, yo en los 90 estaba a otras cosas. ¿Empezamos?

—Empezamos.

8

Enciendo la grabadora y la cámara de vídeo a la que le he cambiado la tarjeta de memoria por si acaso. Ante mí tengo a una mujer elegante —a pesar de llevar una camiseta que tiene casi treinta años —, altiva, que inspira confianza y credibilidad. Un nuevo registro de Mrs. Watson. Preveo que todas y cada una de las palabras que va a escupir van a ser ciertas. Mi entusiasmo está por las nubes y siento que tan solo tengo que darle un leve empujón para que todo comience a rodar.

—Señora Watson, hasta ahora me ha contado una vida maravillosa. Los años con su marido en Mayfield… Es una vida… Podríamos decir feliz; cierto es que también me ha relatado pasajes crueles y tristes. ¿En qué momento se tuerce todo? Porque me da a mí que se avecinan curvas, que se acerca la tormenta. ¿Hay algo más de esos felices años antes de que todo esto se venga abajo, antes de que me aclare qué significa eso de que formaron parte del cambio del rumbo de la historia y eso de la primera bomba? Estas dos afirmaciones, he de reconocer, me desconciertan un poco.

—No, creo que no. No necesita saber nada más. Podemos adentrarnos en la tormenta, como bien dices. Como te comenté con anterioridad, trabajaba en el supermercado, cuando de pronto, un día, el señor Patel que por aquel entonces era mi jefe; el mismo que me había ascendido a encargada de departamento, me dice que me despide. Me echa, así sin más. Le exigí explicaciones claro está, a lo que él me argumentó que, en el género a granel no le salían las cuentas. O faltaba género o faltaba dinero; lo que significaba que, o todos los empleados se estaban llevando género a casa o robaban dinero y, concluyó que yo, como jefa de departamento era la responsable. Así que me despide de manera nada convincente.

—¿No interpuso ninguna demanda, no le puso una denuncia?

—No. Eso solo pasa en las películas. No sé en su país, pero aquí la justicia no es igual para todos. Costearse un abogado es sumamente caro y yo, o nosotros, mejor dicho, no teníamos dinero; por lo menos no el suficiente como para pagar un abogado. Además, el caso no estaba resuelto a mi favor de ninguna de las maneras. ¿Cómo demostrar que él mentía? Era su palabra contra la mía y Patel llevaba más de veinte años en la empresa y en esos casos, si pierdes el juicio, el batacazo es doble.

—Entiendo.

—Tampoco era la primera vez que perdía un trabajo —añade orgullosa—. Borrón y cuenta nueva. Desde el primer día que me echaron, empecé a buscar algo nuevo. Pero no hubo suerte. No había empleo para mí por ningún lado; en las tiendas donde se necesitaba personal, por unas razones o por otras, yo no encajaba. A los días empecé a entender el porqué: habían empezado a correr falsos rumores sobre mí. Decían que había robado en el supermercado. Roger se enfrentó con más de uno al oír cómo la gente nos descalificaba. Otro día, Peter Johnson me paró por la calle.

—Sé que andas buscando trabajo. Ven cuando quieras a mi establecimiento, allí tendrás curro —me dijo—. Estás buena. Atraerás clientes.

—No, gracias. No estoy tan necesitada —contesté sin dudar.

Peter Johnson era el dueño del Hard Cock Cafe, un club de carretera. No estaba dispuesta a trabajar en ese antro ni loca. Cuando se lo comenté a Roger, se enfadó. No por mi negativa, sino por la ofensiva oferta de trabajo. Roger insistía en que con su sueldo podríamos aguantar.

Tres meses después, la mayor empresa de fabricación de maquinaria agrícola del país, con su sede central en Moline, Illinois, muy cerca de Mayfield, le compra el taller al tío de Roger. Seguro que sabes cuál es, esa que todos sus tractores son amarillos y tienen un búfalo como logotipo. Solo dieron una explicación: querían montar el concesionario más grande de todo Kentucky. La cantidad

de dinero que desembolsaron por el taller fue tan desorbitada, que el tío Frank aceptó sin pensarlo. No se había visto en una así en toda su vida, y de la noche a la mañana, cerró el taller. ¿Qué te parece? De pronto los dos sin trabajo. Dicen que el tío Frank, el mismo día que vendió el taller, se marchó con su mujer para nunca volver. Unos dicen que se fue a Hawái, otros que a Miami. Nunca se supo con exactitud. Al pobre Roger, a escondidas, le dejó un sobre con dos mil dólares y una carta diciéndole que lo sentía, que sabía que pronto encontraría trabajo, que era un buen mecánico. ¡Dos mil dólares!

Imagina cómo se sintió Roger cuando se supo que el tío Frank pudo recibir más de medio millón de dólares por el taller.

—Por lo tanto, se quedan ustedes sin ningún tipo de ingreso. Usted tenía veintidós años, ¿y Roger?

—Cuatro más, veintiséis.

—Entiendo que su marido intentó trabajar para la empresa de maquinaria agrícola…

—Sí, si la hubieran montado. Nunca se llevó a cabo el proyecto. La marca del búfalo nunca se instaló en Mayfield.

—No lo entiendo.

—Nosotros tampoco lo entendimos en su día. Pensábamos que esas empresas tan grandes hacían y deshacían a su antojo y de la noche a la mañana decidieron que el proyecto de montar el concesionario en Mayfield ya no era viable.

—¿Qué sucede entonces? ¿Cómo afrontan la nueva situación?

—Sucede que los dos salimos a buscar trabajo. Roger cree tener una buena cartera de clientes y se plantea montar su propio taller; sin embargo, y para asombro de los dos, ningún banco le financia. ¿Te lo puedes creer? No prestar dinero en los Estados Unidos… Y como si fuésemos unos apestados, como si tuviésemos la lepra o la peste, todo el mundo nos dio la espalda. Los dos mil dólares y los pocos ahorros que teníamos no sirvieron de mucho. El dinero vuela cuando careces de ingresos. Para colmo en casa empezamos a

discutir por estupideces, cosas insignificantes a las que nosotros, por las circunstancias, les dábamos un valor desproporcionado.

—¿Cuánto tiempo estuvieron así?

—Cerca de seis meses. Aquel año, 1996, fue año electoral. Yo perdí el trabajo dos meses antes de que comenzase la carrera por la presidencia, más luego los cuatro primeros meses de campaña. El partido republicano no paraba de bombardearos con propaganda, en el buzón, en la radio y en la tele. Nosotros ya éramos simpatizantes del lado republicano, nos daba un poco igual lo que pasase fuera de nuestras fronteras mientras en casa nos fuera bien, pero a pesar de ello, la fuerza e insistencia con la que nos llegaban noticias contra las políticas más progresistas eran brutales. Parecía un lavado de cerebro; llegamos a pensar que nuestra mala racha era culpa del presidente y su política exterior. Tanto centrarse en acuerdos con otros países en vez de centrarse en los norteamericanos. Tanto vamos a llevarnos bien con los de fuera: ¿Y nosotros qué? Se habían olvidado del pueblo, de la gente de aquí. Incluso llegamos a ver noticias en las que creíamos que estaban hablando de nosotros cuando describían los apuros de familias sin trabajo, sin poder de recuperación… Puede que fuese lo único en lo que Roger y yo coincidíamos. Bueno, en eso y en que quizás tendría que aceptar cierto trabajo.

—¿Fue a ver al señor Johnson?

—Así es. No nos quedó otra. ¿Y sabe qué fue lo peor de todo? No fue lo mal pagado que estaba, ni las noches sin dormir; tampoco el aguantar a babosos y borrachos; lo peor de todo era cuando a Roger o a mí alguien desde un coche o al otro lado de la acera nos gritaban: ¡Eh, Emily! ¿Por cuánto la chupas? O: ¡Eh, Roger, esta noche voy al *Hard Cock*, ya sabes, dicen que hay una chica nueva que hace cosas increíbles!

—¿Llegó a prostituirse?

—No.

—No… —Una respuesta más detallada, por favor.

—No. ¿Qué más necesitas? ¿No me crees?

No me contesta. Tengo que tirarle de la lengua.

—¿Qué tenía que hacer?

—Era camarera. Nada más. Servir copas, limpiar baños, sacar la basura. Eso incluía a algún que otro cliente.

—¿Tenía contrato?

—No me hagas reír.

—Comprendo. Trabajo ilegal.

—Allí vi cosas que prefiero no recordar. Hice cosas que no me correspondía hacer: como sacar a borrachos inconscientes de los baños o ayudar a mis compañeras cuando aquellos hijos de puta se sobrepasaban con ellas. Ese antro debería estar cerrado hace décadas y su dueño entre rejas. No quiero hablar de ello. No aporta nada a la historia.

—De acuerdo. Retomo lo de los insultos. ¿Era gente conocida?

—No, no, solo faltaba eso. Mayfield tiene unos diez mil habitantes, no nos conocíamos todos. Roger no lo llevaba bien. En una ocasión le lanzó una piedra a un coche y le rompió la luna trasera. El muy cobarde salió a toda velocidad y nunca supimos de él. El caso es que pagar los recibos era cada vez más difícil; aumentaba la presión en los bancos y en casa. Cada día era más agobiante que el anterior.

—¿Me está llevando al punto en el que todo va a estallar?

9

—Una tarde noche, serían las ocho más o menos, Roger y yo discutimos. Me dijo que se iba al bar a tomar unas cervezas. Me gritó, para qué mentir. Le dije que no estábamos en condiciones de gastarnos el dinero en caprichos. A él le faltó un segundo para replicarme y contestarme de muy malas maneras: que no me preocupara, que no íbamos a morir de hambre por eso. Dio un portazo y se marchó. Unas horas después, yo estaba cerrando la puerta de casa para ir al *Hard Cock* cuando, tras de mí, una voz grave y rotunda pronunció mi apellido. Bueno, no he comentado que, cuando Roger y yo nos casamos, en honor a mi padre, decidí conservar su apellido.

—Es un bonito detalle.

—Era lo mínimo que podía hacer. Me giré en dirección a la voz: Tiene que acompañarnos, me dijo un hombre con traje oscuro y corbata, al tiempo que me mostraba su placa. Su marido se ha metido en un buen lío. Pregunté preocupada si se encontraba bien. Su respuesta fue tan esclarecedora como escueta: Estaba bien.

Subí al coche, no tuve elección. Durante el trayecto, no paré de preguntarme en qué problemas se habría metido Roger. Siempre fue un hombre tranquilo, como ya te dije antes. Para mi sorpresa pasamos de largo la comisaría y seguimos unos cuantos kilómetros dirección Murray. De pronto, el coche giró por un camino de tierra hasta detenerse junto a un granero. Se abrieron las puertas y el coche de policía entró en el interior. Estaba desierto, excepto por un tráiler enorme. Me hicieron bajar del coche y subir al camión por unas escaleras que tenía desplegadas en la parte trasera. El lado izquierdo del tráiler era un angosto pasillo con dos puertas en el lado derecho.

Uno de los policías, con buena educación, todo sea dicho, me pidió que pasase a la primera habitación. Alarmada, pregunté dónde estábamos, pero no encontré respuesta.

Entré sola. Al fondo de aquel minúsculo cubículo se encontraba Roger sentado en una silla. La estancia tan solo disponía de una mesa y cuatro sillas y, en una de las paredes, un cristal tintado de esos que sabes que al otro lado hay gente observando. Roger, al verme, se levantó y corrió a abrazarme.

—¿Se encontraba bien? ¿Tenía buen aspecto? —trato de mostrar un interés especial. Está hablando de su esposo, si muestro empatía y comprensión, estoy segura de que se expresará con más soltura.

—Sí. Me aseguró que se encontraba bien. Le puse las manos sobre los hombros. Lo escaneé de arriba a abajo. Le sujeté la mandíbula y le giré la cara buscando alguna herida. Estaba perfectamente.

Me responde como si lo estuviese viviendo en esos precisos instantes. Revive el alivio que sintió hace más de dos décadas como si hubiera pasado ayer.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al tiempo que nos sentábamos. Me dijo que nada. Estaba confuso, añadió que todo había sucedido muy rápido. Que había ido al bar a tomarse unas cervezas. Aseguró que solo se bebió dos; que no habló con nadie, que estaba triste por haber discutido conmigo, que no tenía ganas ni de verse a sí mismo; que quiso tomar una tercera, pero que ya no le llegaba el dinero. Así que le pidió a Gary, el camarero, que le pusiera otra, que ya se la pagaría, pero el muy estúpido se negó. Le dijo que no podía fiarle, que sabía que no se la podría pagar. Roger se enfadó mucho. Le recriminó que no fuese capaz de fiarle una mísera cerveza después de tantos años como cliente. Pero Gary no cedió. Así que Roger se levantó y le gritó: «No creo que una cerveza te impida ser rico, pero, en fin, toma». Y cogió una moneda de cincuenta centavos que llevaba en el bolsillo y se la lanzó al pecho. «La propina». Le dijo. Se dio la vuelta para irse a casa, y de pronto cuatro tipos que estaban sentados alrededor de una mesa empezaron a pelearse: empujones,

puñetazos, con una violencia que no te puedes imaginar. Y, sin darse cuenta, en un segundo Roger los tenía encima. Le empujan y le meten en la pelea, le tiran al suelo y recibe algún que otro golpe. Intentó zafarse, evitar la pelea. Se puso en pie y empujó a uno de ellos. Me contó que ese individuo se trastabilló y entonces Roger me dejó de hablar. Noté cómo se le cortaba la respiración. No pudo decir nada más.

—Creo que empiezo a entender. —Acompaño la exposición de Emily.

—¿Y? —le pregunté preocupada—. No tenía pulso, estaba muerto. Me contestó como pudo. ¿Cómo que estaba muerto? —le interrogué desconcertada. Para mi alivio, Roger continuó su relato, comentó que aquel hombre se debió golpear con algo y se quedó inconsciente en el suelo. Yo no acababa de entenderlo. Uno de ellos se acercó al herido y le tomó el pulso: «Está muerto». Gritó. Y alguien le dijo a Roger que saliese corriendo de allí. Que huyera. Y eso fue lo que hizo. Salió corriendo y, al traspasar la puerta, se chocó con dos policías que estaban a punto de entrar en el bar. Recuerdo a la perfección cómo exclamó: ¡Joder, fue como si estuviesen esperando a que saliera!

—¿Puedo decirle una cosa, señora Watson? Y por favor, no se me enfade… Esto lo he visto en alguna película.

«¡Joder, es que es de película!»

—Lo sé. Traté de calmarlo diciéndole que todo se arreglaría. Estaba inquieto y asustado, como imaginarás. Me repitió hasta la saciedad que él no había matado a nadie, que solo quería volver a casa. De pronto, se abrió la puerta. Dos hombres entraron en la sala y se sentaron frente a nosotros. Trataron de intimidarnos, nos dijeron que estábamos en serios problemas. Roger enseguida preguntó si aquel hombre al que había empujado estaba muerto.

—No es relevante —se apresuraron a decirnos.

—¿Cómo que no era relevante? Era lo más relevante. ¡Estábamos hablando de si Roger había matado a un hombre o no! Él insistía en

no haber hecho nada. Repetía una y otra vez que fueron ellos quienes empezaron a pelearse y le metieron por medio. Pero aquellos dos policías no paraban de meternos presión y empezaron a acusar a Roger de agredir al camarero lanzándole una moneda y de discutir con él, e insinuaron que iba borracho. Enseguida salí en su defensa aclarando que Roger jamás se había metido en problemas y ellos replicaron una vez más mencionando el incidente en el que Roger lanzó la piedra contra la luna trasera del coche. Roger intentó contestar, pero yo me adelanté: ¿Qué haría usted si a su mujer le insultasen por la calle, si le insinuaran que es una ladrona o una puta? —les dije realmente enfadada. Me puse en pie. No iba a consentir que nos tratasen de esa manera.

Levanta un dedo amenazando al infinito. Una vez más, lo vive como si estuviera sucediendo aquí y ahora.

—Finalmente, Roger, con la voz quebrada, reconoció estar atravesando una mala racha, comentó que las cosas no nos iban bien. Y de pronto todo cambió. Aquellos dos tipos aseguraron estar al tanto de nuestra situación y, en un giro total de guion, se ofrecieron a ayudarnos, sacarnos del pozo en el que estábamos a cambio de una colaboración. Sin entender muy bien a qué se referían, les pedí que fuesen más claros en su propuesta.

Ahora se relaja. La historia va a dar un giro brusco. Lo sé. Aun así, no me resisto a hacerle la siguiente pregunta.

—¿Cómo sabían todo eso? Quiero decir… Entiendo que tengan una ficha policial de cada uno de nosotros, que supiesen que le lanzó la moneda al camarero, pero lo del incidente de la piedra o lo de vuestra situación económica.

—Mira, en aquel preciso instante. En esos momentos de tanta tensión no te haces esas preguntas. Luego con el tiempo comprendimos ciertas cosas. No adelantemos acontecimientos. Déjame contarte y seguro que tú sola, más adelante, sacarás las conclusiones correctas.

—Ok. Dejémoslo correr entonces. Pero me lo guardo. Le aseguro que no me olvido. Siga por favor.

—Sabían que éramos republicanos, así que nos propusieron colaborar para el partido. Les respondimos que ya lo hacíamos, incluso que en alguna ocasión habíamos hecho alguna pequeña aportación, cosa que nos agradecieron; sin embargo, nos sugirieron formar parte al cien por cien de la campaña. A cambio, ellos nos proporcionarían un profundo y radical cambio en nuestras vidas.

—¿A qué se referían?

—Bueno, uno de ellos abrió una carpeta y nos enseñó una foto: ¿Les gustaría vivir aquí? —nos preguntó. Roger y yo nos quedamos con la boca abierta, no dábamos crédito. Era la casa más grande que jamás habíamos visto. Roger no lo dudó ni un segundo: Contestó que sí. Pero lo mejor de todo es que la cosa no acabó ahí. Aquel hombre nos preguntó que qué más nos gustaría tener, cualquier cosa que se nos pudiese ocurrir. Nosotros no acabábamos de comprender. Tan solo por colaborar, ¿íbamos a vivir como reyes? Hay cosas que no tienen precio, nos dijeron. No se corten, pidan por lo alto, no duden… Sean ambiciosos. Entonces Roger se vino arriba y pidió un millón de dólares.

—Señora Watson, ¿ha dicho un millón de dólares?

—Eso es. Un millón de dólares —me responde—. Eso es lo que Roger pidió. Lo mejor de todo es que ellos aplaudieron su audacia y nos dijeron que no solo nos proporcionarían esa cantidad, sino que además nos asegurarían que la cuenta del banco jamás bajaría ese montante, es decir, que siempre tendríamos en el banco un millón.

—Asombroso, ya veo que no se andaban con chiquitas —añado siguiendo el relato de Emily.

—Eso no es todo, aquel hombre, una vez más y derrochando seguridad, siguió insistiendo en que pidiéramos más. Y entonces, no sé por qué lo hice, pero lo solté de golpe. Si el millón de Roger te ha sorprendido, lo que yo pedí fue aún más bestial.

—Sorpréndame, por favor —apremio a decir.

—Un hijo.

—¿Cómo dice? ¿Ha dicho un hijo? —Mi cara de estupor es total.

—Me has hecho la misma pregunta que hicieron ellos. La seguridad que aquel agente había mostrado hacía unos segundos se resquebrajó por completo. El silencio fue tal que me vi en la obligación de continuar.

—Un hijo —les repetí—, Roger y yo hacía tiempo que intentábamos tener un bebé y no podíamos. Les dije que no sabía quiénes eran, pero que les veía capaces de todo, pensé que también podrían ayudarnos en eso. Miré a Roger pidiéndole perdón. No sabía si había actuado correctamente.

—¿Le dijo algo Roger? ¿Cómo reaccionó?

—Nada. Roger era muy bueno. Me miró con cariño. Sonrió levemente y bajó la vista. Quizá un tanto avergonzado. No sabría decir. Les pilló por sorpresa. A él y a ellos. Lo reconocieron, eso no se lo esperaban. Sin embargo, a los pocos segundos, una voz en *off* atravesó las paredes respondiendo lo que yo quería oír. Nos dijeron que podrían ayudarnos. Que haríamos todas las pruebas médicas que fuesen necesarias y encontraríamos una solución a nuestro problema, si ese era nuestro deseo.

—Era gente muy poderosa por lo que veo.

—Así es. Les pregunté que qué tendríamos que hacer a cambio, cuando de pronto Roger me interrumpió. Estaba muy confuso, todo aquello era muy bonito y pintaba muy bien. Demasiado bien para ser sinceros. Pero él acababa de dejar a un hombre tendido en el suelo de un bar, fuera de combate. O le decían algo al respecto o era incapaz de continuar con aquella surrealista situación. Y aquellos dos agentes que parecían tener recursos y respuestas para todo, cedieron a la preocupación de Roger y nos invitaron a que mirásemos hacia el cristal tintado. Ambos levantamos la vista y miramos en dirección a la ventana que segundo a segundo fue perdiendo la opacidad hasta que quedó transparente por completo. Yo no entendí muy bien la jugada, pero la cara de desconcierto de Roger fue tal que supe que algo no cuadraba. Me dijo que eran ellos. Los del bar, los policías y los de la pelea. Incluso señaló con el dedo al supuesto muerto. Aquel hombre, ahora con cara sonriente,

le dijo a Roger que lo sentía, que lamentaba mucho haberle asustado, pero que ese era su trabajo, hasta bromeó diciéndole a Roger que si quería le podía tomar el pulso. Yo me enfadé muchísimo. ¿Qué tipo de trabajo era ese? Era una broma de mal gusto. ¡Todo estaba preparado de antemano!

—¿Todo fue un teatro?

—Una escena. Una de muchas. Los dos agentes no permitieron que mi enfado fuera a más. El cristal se volvió a tintar y seguimos con la charla. Solo quedaba por averiguar qué era lo que tendríamos que hacer.

10

Los segundos en la grabadora digital corren sin descanso. La luz verde fija en la parte trasera de la cámara de vídeo me dice que todo está en orden, que puedo seguir centrada en Emily y la historia de película que acababa de comenzar a relatar.

—Señora Watson, resulta difícil de creer; no se lo tome a mal —le suelto sin miramientos.

—Para nada. Te entiendo por completo. Si Roger y yo nos quedamos sin palabras viviéndolo en primera persona; entiendo que a ti pueda parecerte inverosímil, y que creas que soy una loca caprichosa que no tiene nada mejor que hacer que inventarse una película de suspense.

—Si cojo toda la historia desde el principio —le replico—, todo tiene sentido y todo sigue un cauce normal. Su vida —no me malinterprete—, ha sido, al menos hasta ahora una vida normal y corriente, con sus penas y glorias, con sus desgracias y sus alegrías, pero, esto que me acaba de contar… es como un giro de guion de película o de novela negra. Es como si de pronto dejásemos atrás el mundo real para adentrarnos en un relato de ficción.

Se ríe.

—Dame un poco más de tiempo. Acabamos de encender la mecha, los fuegos artificiales están a punto de arder. Luego, más adelante, decide si quieres creerme o no. Por ahora, asegúrate de que la grabadora no se quede sin batería. Esto no es nada más que la punta del iceberg.

—De acuerdo. Prosigamos. Creo que la siguiente pregunta es obvia: ¿qué se supone que tendrían que hacer ustedes a cambio?

—Participar en la mayor representación teatral en la historia de los Estados Unidos de América. Formar parte de la obra de teatro

más descomunal jamás vista. Así fue como nos lo dijeron. Y sinceramente, creo que así fue.

—¿Puede explicarse un poco mejor?

—¿Recuerdas cómo empezamos esta entrevista? ¿Recuerdas la primera pregunta que me hiciste?

—Sí, claro. Le pregunté cómo se llamaba. —No sé a dónde quiere ir a parar.

—Eso es. ¿Y recuerdas cuál fue la segunda? —continúa con seguridad, lo tiene muy claro, está jugando un poquito y quiere tener el control.

—Sí —respondo una vez más—. Le pregunté si ese era su verdadero nombre, y usted me respondió que no —no estoy dispuesta a que me pregunte si recuerdo la respuesta. Yo tengo el control.

—Correcto. Ahora piensa que esta historia la estoy contando yo, pero en la ecuación éramos dos: mi marido y yo. Por lo tanto… deberías hacerme una nueva pregunta, muy similar a la primera; pero no sobre mí.

—¿Quiere decirme que el nombre de su marido no es Roger?

—Chica lista.

—¿Quiere decir que me ha estado ocultando el verdadero nombre de su marido durante toda la entrevista? Podría habérmelo dicho cuando me dijo que su verdadero nombre era Emily.

—He querido mantener el secreto. Darle un poco de tensión al relato. —Definitivamente, está jugando conmigo.

—Claro que sí, ha estado jugando conmigo todo este tiempo —le digo sin poder evitar cierta sorpresa. ¿Cómo se me ha podido pasar?

—No exactamente. Acordamos ir poco a poco, ¿recuerdas? Y ese no era el momento de desvelar su nombre.

—Está bien, de acuerdo. Me obliga a preguntarle por él. Vamos allá: ¿podría decirme el verdadero nombre de su marido?

—¿Le dice algo el nombre de Ryan Ford?

—… —Pienso. Mi cerebro quema neuronas a una velocidad de vértigo; no quiero contestar con un «no». Pero me es imposible. Me está hablando del año 96. Yo nací en el 96. El apellido Ford, en los Estados Unidos, debe ser tan común como García en España. No me da tiempo a responder. Ella se anticipa.

—1996… Año electoral… Presidente Turner —dice como si estuviese jugando a las adivinanzas.

—… —pienso un poco más, intento unir cabos—… ¡No, no puede ser! No me lo creo. Es demasiado…

—Bueno, no sé en qué estás pensando —me corta—, pero si estamos hablando de lo mismo, te juro por mi padre, al que nunca llegué a conocer, que sí, es cierto.

—¿Me está usted diciendo que ustedes fueron los que atentaron contra el presidente Turner? ¿Qué les ofrecieron ese millón, esa casa, a cambio de matar al presidente?

Durante unos segundos todo queda en silencio. Ella me observa sonriente, se siente bien. Feliz. No dice nada, tan solo espera a que yo misma dé con la clave, algo se me está escapando. De pronto, como si de una revelación se tratase, la verdad se presenta ante mí.

—Reformularé mis palabras —le digo—. El intento de asesinato del presidente Turner… ¿fue un *fake*, una farsa?

—Una gran obra de teatro, la mayor en la historia de este país, ya lo dije antes —responde orgullosa. Sabe que me ha sorprendido.

—¡Turner ganó las elecciones gracias a aquel atentado! Fue lo que cambió las encuestas a su favor y lo que le hizo llegar a ser presidente. No puede ser. Perdona, Emily —la trato con confianza, no puedo seguir llamándola señora Watson—, pero no puedo creerte. ¡Delante de miles de personas, delante de centenares de periodistas, del mismísimo ejército y las fuerzas de seguridad del Estado!

Se encoge de hombros, eleva las manos con suavidad y me mira como diciendo: Esto es lo que hay.

Sabe que me ha tocado.

—No has venido hasta aquí para escuchar el titular. Continuemos, y te contaré toda la verdad.

Tiene el control, está más tranquila que nunca. Se enciende un cigarrillo, pero no se lo fuma con ansiedad; este lo disfruta, lo consume poco a poco.

Todo sucede muy rápido. Este es el preciso instante en el que mi cerebro se acelera, el momento en el que comprendo que tengo algo de gran envergadura y que no puedo desatenderlo. Estoy considerando llamar a Ricardo e informarle. Reflexiono sobre la próxima pregunta, pienso si estaré preparada, si podré aprovechar al máximo a la mujer que tengo delante. Me pregunto si no será una broma pesada. Necesitaré pruebas para confirmar la autenticidad del relato. Pienso en apagar la cámara de vídeo y detener la grabación (por suerte, no lo hago). Necesito templar mis nervios. Si algo deseo en estos momentos es que Emily no se dé cuenta de que mi cuerpo, por dentro, es una fiesta química donde todo se ha disparado y descontrolado. Creo que no lo consigo. Mi mano —como si tuviese voluntad propia— alcanza la botella de vino, lleno mi copa y me la bebo en dos tragos enormes. Pido perdón a Emily y le ofrezco llenar su copa. Acepta, pero cuando apenas le he echado un par de dedos, me detiene.

—Es suficiente, gracias.

Tiene el control. Y yo tengo unos pocos segundos para recuperar el mío.

11

Mi nombre es Carmen Capdevila, tengo veintiocho años y trabajo en *El Corresponsal*, uno de los periódicos más importantes de España. Si lo que esta mujer me está contando es cierto, tengo entre manos un trampolín, un espaldarazo para mi carrera como periodista. No puedo echarlo todo a perder. Me sudan las manos, mi respiración se acelera por momentos y un espasmo me sube desde el estómago hasta el cerebro, poniéndome en alerta. Es la ansiedad que quiere desbordarse. Dudo. No soy capaz de pensar con claridad. A pesar de que hace no mucho ha expresado su satisfacción al hacer la entrevista conmigo, dudo. Espero y deseo que Emily no piense que no soy la periodista apropiada. Pienso en los pocos años que llevo en esta profesión y temo que esta entrevista me quede grande. Soy incapaz de calcular las repercusiones que tendrá la noticia cuando salga a la luz. Me encomiendo al universo, a todos los santos que conozco y a la Virgen de la Oliva, patrona del pueblo de mi madre. ¡Por favor que todo salga bien!

Esto debe continuar.

—Señora Watson, comprenderá que va a tener que aportarme muchas pruebas si quiere darle veracidad a lo que acaba de contarme, lo entiende, ¿verdad?

—Lo entiendo. Pruebas físicas, pocas podré aportar. Lo asumo y espero que comprendas el porqué. Sigamos, y al final, entre las dos decidiremos si ha merecido la pena.

—¿Va a merecer la pena?

—Rotundamente, sí.

—Está bien. Si todo esto es cierto, creo que queda un largo camino por recorrer antes de llegar al… ¿Día D, podríamos llamarle así?

—Dieciséis de enero —responde con una contundencia abrumadora. Como si llevara esa fecha grabada a fuego en algún rincón de su cuerpo.

—Usted y su marido, llegan a un acuerdo. ¿Con quién? ¿Quiénes eran aquellas personas que estaban con ustedes en aquel tráiler? ¿Firmaron algún documento?

—No. No firmamos nada, tan solo un apretón de manos. Nos dijeron que al día siguiente cerraríamos el asunto.

—…

No digo nada, espero que descifre mi gesto.

—Lo sé, lo sé… Pero ¿qué querías que hiciésemos? ¿Exigir que nos redactasen allí mismo un documento detallado? Era aceptar o decir que no y volver a nuestras miserables vidas.

—No hubiese estado mal tener algo firmado —replico con contundencia. Tengo que tensar un poco la cuerda.

Ella coge aire. Lo suelta con desesperación y paciencia a partes iguales.

—Hazme esta misma pregunta cuando acabemos la entrevista si lo crees necesario —responde con los ojos cerrados.

—De acuerdo. Ya son dos las preguntas que se quedan en el tintero. Sigamos. Llegan a un acuerdo y entonces ¿qué sucede?

—Lo primero que pasa es que Roger…

—¿Prefiere llamarle Ryan? Por mí no hay problema —la interrumpo.

—… —Se lo piensa—. Lo primero que hace Ryan es preguntar cómo se va a solucionar el asunto del bar donde se originó la pelea. A fin de cuentas, Gary, el camarero, no formaba parte de la ecuación.

—¿Qué hicieron? ¿Cómo lo solucionaron?

—Fácil. A los treinta segundos de que los policías se llevasen a Ryan, uno de ellos volvió al bar, se acercó al supuesto muerto y le

tomó el pulso: Tiene pulso. Grita. Y le da un par de bofetadas para espabilarlo. Este hace como que va recuperando el sentido. El poli se va y dice que va a llamar a los servicios de urgencia. Mientras, «el muerto» va recuperando la salud, que nunca perdió. Y en cuanto se reincorpora, le dejan al camarero una sustanciosa propina. Creo que le dieron trescientos dólares. Le pidieron, por favor, que no contase nada. Que uno de los cuatro tenía antecedentes penales y no querían líos con la justicia. Asunto resuelto. Migajas.

—Ya veo. Una pequeña obra de teatro.

—¡Exacto! Eso es. Una función donde el público, en este caso el camarero, también forma parte del espectáculo. Después regresamos a casa. Eso sí, el trabajo comenzaba al día siguiente. A las seis y media de la mañana deberíamos estar en la Baldwin Coal Company, una empresa minera en el condado de Ohio, a una hora y media de Mayfield. Así que marchamos para casa… ¡Felices! De pronto, en cuestión de horas, nuestras angustiosas vidas habían dado un giro de ciento ochenta grados. Nos prometieron un millón de dólares y una vida de lujo. Era eso o la desesperación de no encontrar trabajo y no saber cómo pagar el próximo recibo.

—Espere un momento.

Se me ocurre que… ¿Y si su marido no hubiese ido al bar esa noche?

—Pues los actores se habrían ido a casa y al día siguiente habrían seguido los pasos de Ryan para montarle la escena en otro sitio. Le aseguro que tenían un plan B.

—Entiendo. ¿Cómo pasaron esa noche? ¿Consiguieron dormir?

—No, apenas dormimos aquella noche. Brindamos con una botella de champán que ellos nos regalaron para celebrarlo. Hicimos el amor como hacía tiempo… y lloramos. También lloramos; soltamos la rabia y la desesperación de los meses pasados. No nos contaron la letra pequeña y eso nos permitió ser muy felices durante algún tiempo.

12

—La minería era la principal industria en Kentucky en los noventa. —Emily continúa con el relato—. A hora y media desde Mayfield. En el condado de Ohio, se ubicaba una de las principales empresas mineras. Poseían una flota de camiones y maquinaria para la extracción del carbón, así como decenas de hangares para almacenarlo. Nuestra primera misión sería extender por Mayfield la noticia de que ambos habíamos conseguido trabajo allí: yo como administrativa, él como mecánico. Ya tendríamos tiempo para contar que no estábamos contentos con el trabajo, que era duro hacer todos los días tres horas de coche, que a Ryan a veces lo mandaban a extraer carbón y tenía que hacer tareas que no eran de su competencia… Pero eso ya sería más adelante. Íbamos a ausentarnos de lunes a viernes, y la ciudad de Mayfield, poquito a poco, debería entender por qué.

—¿Qué hacían allí? ¿Cómo era aquello?

—Recibimos clases de interpretación desde el primer día. Aquello era enorme, una nave más grande que dos campos de la NFL. Un almacén de carbón reconvertido en un hangar de cine de esos donde se ruedan las películas. Créeme si te digo que éramos cerca de 250 o 300 personas y que cada uno sabía cuál era su cometido. Allí había militares, agentes del servicio secreto, el propio departamento de seguridad de Turner, y actores que harían de falsos médicos, conductores de ambulancia y un buen puñado de extras, muchos extras. Gente normal y corriente; infiltrados entre el público para desestabilizar o mantener ocupados a los verdaderos policías, médicos o militares a los que teníamos que tener bajo control.

—¿Cuánto tiempo faltaba para el 16 de enero?

—Unos dos meses.

—¿Dos meses para preparar un evento tan importante? No sé si pensar que era poco tiempo…

—El necesario. Te aseguro que lo tenían todo planeado al milímetro. Nosotros, por ejemplo, no nos limitamos al día 16. Tuvimos que actuar en seis o siete ocasiones en Mayfield. El asesino tiene que tener una motivación, uno no mata porque sí. Nosotros ya éramos republicanos. Entonces, ¿qué sentido tiene que un republicano mate a otro? Ninguno. Así que debíamos hacer ver que Ryan y yo estábamos muy descontentos con Turner, que las políticas que había llevado a cabo como gobernador habían sido pésimas; que el resultado de las primarias había sido un error y que el candidato Wilson era mejor opción que Turner. ¡Vamos, seguro que lo has oído antes!: No me extraña que ganen los demócratas, si el líder de la oposición es un inepto. ¿Cómo vamos a ganar con este tipejo?

—Pero ¿qué tenían que hacer? Póngame algún ejemplo.

—De acuerdo. Un día fuimos a repostar a una gasolinera antes de ir a trabajar a la mina. —Hace el gesto de las comillas—. Desayunamos y, de repente, una pareja que casualmente van de paso y que ni son pareja ni van de paso —vuelve a abrir comillas con las manos—, comienzan una conversación. Hacen preguntas sobre cómo ven la zona; comentarios sobre la actualidad política siempre ciñéndose al guion e interactuando con los que allí están: el camarero, los madrugadores como nosotros o quien sea. Ryan y yo les seguimos la corriente, para minutos después abandonar la gasolinera, dejando claro que, para nosotros, Turner es un completo inútil.

—Me parece muy difícil hacerlo de manera que salga creíble, que no parezca forzado. Tiene que haber un elevado grado de improvisación…

—Por supuesto, y para eso nos preparaban todos los días. Debíamos intuir respuestas, anticipar actitudes de los espectadores reales, involucrados en la escena sin saberlo. Pero no todo queda ahí. Días después del intento de atentado, unos falsos periodistas

pasan por esa gasolinera/cafetería y sacan el tema. Y haciendo las preguntas oportunas, casi te diría que obligan al camarero a decir todo lo que nuestros periodistas quieren oír. Y entonces aquel buen hombre dice algo como: Yo recuerdo que un día estuvieron aquí, y dijeron no sé qué y no sé cuántos… ¿Comprendes? Más tarde ese testimonio se emite en televisión.

—Comprendo. Y entiendo cuando me dice que lo tenían todo calculado al milímetro. ¿Podría contarme otra de esas actuaciones? Alguna que fuese especial, por la dificultad, no sé… Por ser más dramática quizá.

—Creo que una de las más importantes fue el día en que Ryan iba a recoger su fusil de asalto. Tuvimos que simular un enfrentamiento bastante violento entre los dos. Una semana antes, Ryan ya había solicitado la compra del arma en la armería situada en Cuba Road. Tan solo quedaba esperar. Sabíamos que este momento llegaría, así que la ensayamos día y noche. Veníamos de discutir con frecuencia, así que, en cierto modo, creo que nos ayudó. —Se ríe—. Sobre todo, aparentar naturalidad, nos decían. No tenéis que sobreactuar. Nos enseñaron a no impostar la voz, nuestras voces debían sonar reales. Nos enseñaron a controlar el cuerpo; a no moverlo de manera irregular y confusa como si llevásemos a una persona dentro. Sobre todo, cuando era el otro quien hablaba. En otras palabras, debíamos quitarnos los nervios de encima y deshacernos de ese pensamiento constante de saber que estábamos actuando. Aprendimos a escucharnos. Sí, teníamos nuestras líneas, nuestros diálogos; sin embargo, al interactuar con gente de la calle, prestarle atención a tu compañero era fundamental. Teníamos que improvisar cada dos por tres. Durante los ensayos nos grababan en vídeo para corregir errores.

—Sin duda un curso intensivo y acelerado de interpretación. ¿Le sirvió para algún otro momento de su vida? ¿Está usted actuando en estos momentos?

—No. Jamás he vuelto a actuar. Es más, siento cierta repulsa. Engañábamos a las personas, las manipulábamos. Ellas no eran

conscientes, pero sin saberlo, les obligábamos a decir o a hacer lo que nosotros queríamos. Pensándolo ahora con detenimiento… fue cruel. Aquel día yo fui con un aspecto horrible, daba la impresión de ir vestida con lo primero que me vino a mano, como si hubiese salido de casa con prisas. El pelo sucio y despeinado. No era necesario llorar, pero por si acaso, me echaron un espray en los ojos para enrojecerlos y dar aspecto de no haber dormido o de haber pasado la noche llorando. No veas cómo escocía. Yo no paraba de repetirle a Ryan delante del dependiente que no necesitábamos armas, que no era necesario protegernos de nadie; pero, sobre todo, no paré de repetirle hasta la saciedad que esa no era la solución.

Grabada a fuego la frase en la mente del encargado, este debió de imaginarse cualquier cosa o quizá, acostumbrado a escuchar discusiones similares, ni me hizo caso. Pero seguro que, después del atentado y ver por la prensa que Ryan había sido el pistolero, unió cabos y lo contó todo a los cuatro vientos. Por supuesto, nuestra prensa se pasó por allí a hacer unas cuantas preguntas más que oportunas. Seguro que entiendes lo que quiero decir. Aquel tipo escupió sapos y culebras contra nosotros y todo aquel que estuviese pegado a la pantalla del televisor aquellos días… se enteró.

—Me resulta todo un tanto disparatado. Me cuesta creer que, durante dos meses, mostraseis una vida que no era real…

—Pues hazte a la idea de que no éramos los únicos. Decenas de actores, dos o tres semanas antes del dieciséis, actuaban casi a diario para toda la población de Mayfield. Había que ir alisando el terreno y, bueno… Tampoco teníamos que estar actuando todo el día. Aunque reconozco que estábamos tan metidos en nuestro papel, que a veces nos dejábamos llevar por los personajes y sin venir a cuento seguíamos soltando mentiras.

—Volvamos un poco atrás en el tiempo. Me comenta que llegan a un acuerdo; sin embargo, me ha dicho en varias ocasiones que no les leyeron la letra pequeña. Entre otras cosas, quiero entender que en ese primer instante no les dicen que Ryan va a ser quien dispare contra el futuro presidente.

—Así es.

—¿Cómo y cuándo se lo comunican?

13

—El día que conocimos a Turner.

—¿Llegaron a conocer al presidente en persona?

—Sí. Hasta en tres ocasiones intercambiamos algunas palabras con él. Siempre, antes del atentado, por supuesto.

—¿Cómo fue la primera impresión? ¿Se mostró cercano?

—Impactante. Quiero decir que son gente que tienen algo. Algo que resulta difícil de explicar, pero que impone. Es cuando te das cuenta de que, aunque todos somos seres humanos y que todos deberíamos ser iguales, no es así. La erótica del poder debe ser. Tú estás allí en el comedor, mojando un donut en el café y de pronto, se abren las puertas y aparece él como un torbellino: anda rápido, a pasos agigantados. La americana desabrochada se le queda atrás a cada paso que da. Termina una llamada de teléfono; sin mirar atrás, le pasa el móvil a una de las personas que le acompañan. Viene directo hacia nosotros, por un segundo dejo de masticar. Pienso que no puede ser, que es alguien que se le parece. Y entonces engullo el donut y busco una servilleta que no tengo. Es él. Me limpio los restos de azúcar en el pantalón porque si voy a tener que estrecharle la mano, voy a quedar fatal. Es entonces cuando una siente que es una miserable, una paleta de pueblo y piensa que no es digna de estar allí.

—¿Así se sintió?

—Cuando una no ha salido de su pueblo en toda su vida, no tiene estudios y se ve frente al hombre que desea gobernar la nación, pasa lo que pasa, de repente… te haces pequeñita y no sabes ni qué hacer ni qué decir.

—¿Qué les dijo?

—Estábamos sentados en el comedor en una de esas mesas enormes con bancos plegables, donde comen cincuenta personas a la vez. En cuanto la puerta se abrió, yo me di cuenta, pero Ryan, que estaba sentado frente a mí, no lo vio venir. A lo que quiso girarse ya era demasiado tarde y lo tenía sentado a su lado. Le pasó la mano por encima del hombro y lo sacudió con fuerza, como si se conociesen de toda la vida.

—Ryan y Emily… —dijo—. Muchas gracias, muchachos, muchísimas gracias. No sabéis el favor que le estáis haciendo a la nación. Sois gente valiente, entregada a vuestro país y eso es lo que necesitamos en este momento. Nunca podremos estaros lo suficientemente agradecidos. Vamos a darles una patada en el culo a todos esos demócratas que lo único que saben hacer es pasearse por el mundo haciéndose fotos, en vez de quedarse aquí con el pueblo a solucionar los problemas reales de la gente. Hagamos de América el mejor país del mundo.

—Ryan y yo no supimos qué hacer. No sabíamos si ponernos de pie, si darle la mano… No nos dio opción. Él siguió con su teatro particular. Levantó la mano derecha como si hiciera una pinza y una de las personas que le acompañaban le colocó una carpeta entre los dedos. La extendió sobre la mesa y la abrió.

—¿Qué os parece? —nos preguntó—. Bonita, ¡eh!

—Tan solo era una foto. La foto de la casa más maravillosa que jamás había visto. Si me hubiesen dicho que describiese mi casa ideal, me habría quedado corta.

—Si no os gusta, podemos buscaros otra. Esta está en Miami.

—Perdone, señor Turner, pero no entendemos —acertó a decir Ryan.

—¿Cómo que no entendéis? ¡Esta va a ser vuestra nueva casa! ¿Os gusta o no?

—Es… es… Muy hermosa, me encanta —respondí.

—Me alegro. Pero como os digo: si no os gusta, si os cansáis del clima de Miami o de los latinos, me llamáis y lo solucionamos. Más

cosas. ¿Qué otros asuntos tenemos por aquí? —Sobre la mesa extendieron otro papel. Puso los cinco dedos sobre el folio y lo giró con rapidez hacia Ryan—. Un millón dijiste, ¿verdad, Ryan? —Una vez más no le dejó contestar. Sacó una pluma del bolsillo interior de la chaqueta y acto seguido firmó el documento. Nos lo enseñó durante dos segundos, no más. Estaba escrito en un tipo de letra diminuta y lo único que se apreciaba bien grande era la cifra: un millón.

—Un momento —interrumpo a Emily—. ¿Tiene un documento firmado por el presidente Turner en el que dice que se os entregaba un millón de dólares?

—No. No lo tengo. Tal y como lo firmó, se lo devolvió a su asesor. Nos dijo que nos haría llegar una copia. Cosa que nunca ocurrió. ¿Quién quiere un documento cuando ya tiene el millón en el banco?

—¿Fue en persona a concederos todo lo prometido?

—Sí, así es. Y ahora era mi turno. Me miró con una intensidad que pocas veces he sentido, incluso vi ternura en su mirada. Tomó mis manos entre las suyas y dijo:

—Emily, nunca antes nadie nos había pedido algo tan extraordinario y natural como lo que tú nos dijiste. Emily, serás una madre estupenda, estoy seguro.

—Madre mía. Qué paternalista suena, ¿no? —Vuelvo a reforzar su relato.

—No sé si paternalista. Prepotente y seguro de sí mismo: eso te lo aseguro. Volvió a levantar la mano. Le pusieron otra carpeta entre los dedos, la depositó sobre la mesa y la giró hacia mí. Era de una clínica de fertilidad.

—Quiero que le eches un vistazo. Ellos no pueden fallar. Son los mejores, son amigos míos y conseguirán que seáis padres. Emily, vais a ser padres.

—Me lo dijo con una rotundidad tal… No dijo aquello de: Haremos todo lo que esté en nuestras manos. No. Dijo: «Vais a ser

padres», al tiempo que me estrechaba las manos y me miraba fijamente a los ojos.

—Todos los gastos correrán de nuestra parte. Vosotros sois los padres que queremos, vuestros hijos serán los hijos de América. Hijos de gente trabajadora que luchan por su país, que no dudan en entregarse cuando se les necesita. Y entre todos levantaremos de nuevo la nación y América volverá al lugar que se merece.

—Menuda actuación, este lo llevaba en la sangre, no le hacía falta ensayar —concluye Emily.

—Señora Watson, ¿tiene usted un hijo? —pregunto, aunque sé que dejo el relato a medias.

—No, no tengo un hijo y no me apetece hablar de ello ahora. Lo siento. —Se enciende un cigarrillo. Hemos tocado la fibra sensible, intentaré abordarla más adelante.

—Por supuesto, como quiera, creo que la he interrumpido, puede proseguir por favor. —Tercer asunto que se queda para más tarde. Tomo nota mental.

—Turner se levantó, se despidió y entonces fue cuando nos enteramos del papel que íbamos a desentrañar en la obra. Hizo como si sujetase un rifle y, apuntando hacia Ryan, dijo: Apunta bien, hijo, no vayamos a tener un disgusto. La cara de Ryan fue de incredulidad total. Entonces Turner continuó con su teatrillo.

—No puede ser. ¿Es que no te lo han dicho? ¿Todavía no sabéis por qué estáis aquí? —gritó, haciéndose el sorprendido, mirando a sus asesores como si les estuviese regañando.

—Ryan… —le dijo—. Levántate, hijo. Siempre me dejan a mí los trapos sucios. Voy a tener que empezar a cortar cabezas. Ryan… tú y yo vamos a hacer algo grande, vamos a ser los protagonistas de uno de los capítulos más importantes de la historia de nuestro país. Tú no saldrás en los libros, espero que lo entiendas, pero ambos estaréis siempre en nuestros corazones. Sin vosotros esto no sería posible… ¿Lo entiendes, hijo? ¡Tu papel será el de dispararme! ¡Tú serás quien intente asesinarme! No puedes fallar, bueno, sí, en

realidad tienes que fallar. ¿No querrás verme muerto? —Y de pronto soltó una enorme carcajada—. Y ahora, a seguir con todo esto. Todavía tenemos mucho camino que recorrer. Y se dio media vuelta y se marchó.

14

—Se me agolpan las preguntas, señora Watson, tengo que reconocerlo. Intentaré seguir un orden temporal, pero déjeme que le formule la siguiente cuestión: ¿Cambió su perspectiva, su punto de vista sobre Turner? Me acaba de comentar que le impactó, que imponía. ¿Sigue teniendo esa sensación con el paso de los años?

—En absoluto. Turner es un psicópata. Esa es la imagen que tengo de él en estos precisos instantes.

—Entonces, quizá debería hacerse una camiseta como la que lleva puesta, pero en vez de Jesucristo, con la cara del expresidente.

—No. Nunca me pondría una camiseta con la cara de Turner, ni siquiera para mostrar mi odio hacia él. Prefiero a Jesucristo. Él se sacrificó por todos nosotros. Turner, en cambio, consiguió que todos nos sacrificásemos por él.

—¿Cree usted en Dios?

—Si tengo que creer en Dios, también tengo que creer en Satanás. No puede ser que exista un Dios y que nos levantemos todos los días desayunando dolor, sufrimiento y atrocidades. Es más, si ambos coexisten, el diablo va ganando por goleada. Y si solo existe Dios, es un completo capullo, un mal trabajador, y deberían despedirlo… No, no creo en Dios.

—Volvamos a la pregunta anterior. ¿Turner es un psicópata?

—Lo tengo muy claro. El mundo está dirigido por miles de sociópatas, egocéntricos, incapaces de distinguir el bien del mal, que se creen por encima de la ley, que no ven riesgo en sus acciones y que piensan que todo lo que hacen es correcto y está justificado. Enfermos mentales con abuso de poder. Lo vemos cada día en las noticias: gente que termina en prisión por corrupción o cualquier

otro delito, que han sido declarados culpables y, sin embargo, siguen pensando que son inocentes.

—En España también tenemos muchos casos de esos.

—Seguro. Debe ser una cualidad del ser humano. A los políticos deberían hacerles un test psicológico antes de poder presentarse a candidatos. ¿No te hacen uno al ir a comprar determinadas armas o para determinados empleos? Pues creo que, si vas a gobernar mi nación, primero, deberías demostrar que no estás como una puta regadera.

—Antes ha dicho psicópata, no sociópata…

—En el momento en que te crees con derecho a poder decidir sobre la muerte de alguien, pasas de un salto de sociópata a psicópata. ¿De verdad uno se puede llegar a creer que tiene la potestad para decidir quién vive y quién muere? El diablo anda suelto.

Emily está exultante, sin ataduras. Se muestra sincera, la cabeza le va a mil por hora y quiere contarlo todo. Absolutamente todo. Y yo, tan solo tengo que tirarle del hilo.

—Retomo la historia. Turner se marcha, ¿y entonces…?

—En ese preciso instante es cuando nos explican y argumentan, no solo nuestro papel, sino el resto de la operación. Los puntos clave para que nada salga mal. Nos harán partícipes de todo, aunque en realidad nuestra opinión nunca contará. Aunque es verdad que teníamos la sensación de ser útiles, en realidad, siempre fuimos simples peones.

—A pesar de saber que tenéis que atentar con el futuro presidente, ¿seguís aceptando? ¿No os planteáis dejarlo?

—Sí, a pesar de todo, seguimos aceptando. Enseguida nos hacen saber que Ryan no tendrá que dispararle. Tendrá que disparar, sí, pero no apuntando a Turner. Y no nos dieron opción, ni tiempo para plantearnos una retirada.

—¿Qué habría sucedido si en ese preciso momento decís que os echáis atrás?

—Prefiero no saberlo. Sabíamos demasiado. No nos habrían dejado marchar sin más. Solo puedo decir que esta gente es capaz de todo.

—¿Os habrían eliminado?

—¿Por qué no? No iban a dejar que les chafásemos el espectáculo. Tampoco quiero pensar en eso. Pero imagina que lo contamos todo a los cuatro vientos…

—Pero ¿qué habrían hecho? —insisto. Necesito un ejemplo.

—No sé… ¿Qué tal un accidente de tráfico de camino a la mina? Pero, como te digo, no quiero darle muchas vueltas. Aceptamos y listo. Ryan desde ese mismo día empezó con las prácticas de tiro. —Una vez más, Emily sigue con el relato, deja atrás mis preguntas para centrarse en la historia. Que nada se le olvide. Apenas me deja intervenir—. La única vez que Ryan había disparado una escopeta fue de niño, y era de perdigones y ahora, sin tiempo para pensarlo, se tenía que enfrentar a un rifle de asalto. Además, debía dejarse ver por los clubs y campos de tiro. En Mayfield no existía la posibilidad de practicar tiro, pero sí cerca de las minas. Por Louisville y alrededores había varios clubs. Pasó por todos para darse a conocer. También le enseñaron a relajarse…

—¿A relajarse?

Otra vez, en cuestión de milésimas, cambia de tema. Pasa de hablar de disparar a relajarse. Está vomitando todo lo que lleva dentro. Tal y como le van llegando los pensamientos, los va escupiendo. Salta de un sitio a otro como si nada tuviese sentido y, sin embargo, al final todo es coherencia. No se deja nada por el camino.

—Sí.

Ryan pasaría muchas horas bajo una vieja lona gris con olor a alcohol fermentado antes de disparar, y eso también era motivo de ensayo.

—Explíqueme esto con más detalle, por favor.

—Ryan debería estar oculto en su posición de tiro. Unas ocho horas antes del atentado. A unos doscientos cincuenta metros del escenario se encontraba un pequeño edificio con dos locales. Uno de ellos era una tienda donde se vendían cosas relacionadas con el béisbol: souvenirs para los visitantes que se acercaban a ver las ligas menores; además de tentempiés para los partidos, ya sabes, patatas fritas, refrescos… Bueno, creo que no te lo he dicho, el mitin sería en el campo de béisbol de Mayfield: un campo con unas gradas portátiles laterales, para albergar a unas mil personas. Suficiente para eventos deportivos en una ciudad como Mayfield. El otro local daba a la parte trasera. Estaba vacío. De hecho, el dueño de la tienda, en ocasiones lo usaba de almacén. Nuestra gente usó este local para subir al tejado y colocar en él unas cajas de cervezas vacías cubiertas por una lona gris viejísima. Tenía que parecer que llevaba allí mucho tiempo. Unos días antes del mitin, nuestro helicóptero de seguridad y reconocimiento haría reporte de dicha lona y nuestros agentes invitarían a los agentes locales —a los de verdad— a comprobar qué había en aquel tejado. Nada, simples cajas de cerveza. Hecha la comprobación, la noche siguiente las cajas desaparecerían y aquella lona gris se convertiría en un minúsculo vivac donde Ryan se ocultaría con su botella para orinar y sus barritas energéticas.

—Me asombra tanto detalle, señora Watson. Aun con todo, preparar todo esto, un evento de semejantes dimensiones… No acabo de verlo.

—¡Exacto, esa es la clave! —Emily salta de la silla como impulsada por un resorte invisible. He debido dar en el clavo—. La mentira es tan grande, que es más fácil hacerle creer a todo un país que el atentado ha sido real. No sé si me explico con claridad. Si uno quisiera pensar que el atentado había sido una farsa y se parase a pensar sobre cómo organizarlo todo… ¡Es tan de locos!, que uno debería decir: ¡Es imposible!

—Se explica a la perfección. Resulta más sencillo pensar que un tarado ha intentado matar al presidente, que asumir que ha sido el propio Turner quien ha atentado contra sí mismo.

—Como te dije, teníamos un hangar enorme donde se recreó el lugar del atentado, como en un decorado de Hollywood: el escenario, el atril, las gradas, el edificio desde el que Ryan dispararía ¡Todo!

Reconozco estar un tanto sobrepasada. El relato de Emily es tan singular como el correo que nos mandó a la redacción del periódico, sin embargo, la creo. Creo todas y cada una de las palabras que esta mujer me está regalando y estoy empezando a pensar que esta entrevista puede ser el trampolín que ando buscando en mi carrera profesional.

¡Sigamos!

15

—Señora Watson: La creo. Así que vayamos al plato fuerte. ¿Por dónde quiere empezar? Veamos quién se lleva el Oscar a la mejor interpretación. Usted misma.

—… —Otro silencio largo. Este no es incómodo. Sospecho que su cerebro está ordenando ideas para que todo resulte claro, conciso y por supuesto creíble. Que nada se quede en el tintero. Que no se pierda ni una pieza del rompecabezas.

—Teníamos una palabra clave. Mejor dicho, una frase clave. La señal para comenzar el show.

—¿Qué era…? —pregunto con verdadera curiosidad.

—Marte. En realidad, fue una frase. Turner solía improvisar mucho en los discursos y eso podría ser un problema muy gordo. El secreto era la coordinación. Debíamos ser, como suele decirse, precisos como un reloj suizo. Así que la frase era: «Nosotros nos ocuparemos de cuidar América… mientras, los otros, que sigan con la tontería de querer pisar Marte». Y entonces: TAC, TAC, TAC. Tres disparos.

—¿Los demócratas estaban obsesionados con llegar a Marte?

—No más que otras veces. Ya se había llegado al planeta rojo en los sesenta. En los noventa se empezaba a hablar de poner un pie en él, pero no de manera especial. Son esos mensajes que se le lanzan a la población para hacerles creer que eres primera potencia mundial. Imagino que como cuando se inició la carrera espacial a la luna.

—Aun así, me parece un tanto arriesgado, lo de la frase quiero decir. Todos tienen que estar muy atentos durante mucho tiempo. La concentración debe ser máxima.

—Bueno, hubo señales previas. La primera: una niña que sube al escenario a darle un beso a Turner. La segunda y definitiva, cuando alguien se acerca al atril, le cambia la botella de agua y le dice algo al oído al presidente.

—¿Se sabe qué le dijo?

—«Preparados. Todos en posición».

—Evidente, muy evidente.

—Imagino que querrás buscar los vídeos del atentado. Fíjate por favor, que, en el momento en el que le comunican que está todo listo, él ni se inmuta, no hace ningún signo de estar nervioso. Nada que le delate, ni que diga que está a punto de enfrentarse a uno de los instantes más importantes de su vida. Son gente fría, sin escrúpulos, capaces de afrontarlo todo. Si hubiese salido mal, hubiera sido el final de su carrera. Se lo jugó todo a una única carta.

—Llevo un rato pensando precisamente en esto que me acaba de comentar. Toda una carrera política se podría haber ido al traste en un solo instante. Me fijaré bien en los detalles cuando vea los vídeos. Y entonces llegan los disparos, ¿no es así?

—Tres disparos. En el momento en que dice Marte. Ryan no tiene que dispararle. Tan solo debe apuntar por encima de él, muy por encima. Sus balas, que son reales, se perderán en el bosque que hay detrás del escenario.

—¿Eran balas de verdad? Eso implica mucho riesgo…

—Era un fusil de asalto M16A2 de finales de los ochenta; un arma que podía disparar ráfagas de tres en tres. Así que Ryan tan solo tuvo que apuntar al cielo y disparar una sola vez. Las balas caerían al suelo a un kilómetro de distancia.

—¿Entiende de armas?

—No. Solo lo que Ryan me contó de esta. Porque le cogió gustillo a disparar y no paraba de hablar de ello: seiscientos metros de efectividad, mil doscientos de alcance máximo, novecientos kilómetros por hora…

—Sigamos. —Me da igual lo que ese fusil sea capaz de hacer—. Las balas vuelan y…

—Todo sucede en un segundo. Turner se lleva las manos a la cara y, a la vez que se agacha, un pequeño explosivo que lleva bajo la camisa detona. Le dolerá bastante y le producirá una herida en el pecho. Todo sea por la nación, y por su propio interés, por supuesto. Turner cae al suelo. Sus guardaespaldas se tiran sobre él. Uno de ellos lleva en su mano un recambio de cuchilla de afeitar. Le corta la mejilla y la oreja. La sangre proporciona mucha veracidad a la escena y votos, muchos votos. Los veinte céntimos de dólar más rentables de la historia. La sangre vende. La sangre manda.

Ante el desconcierto y la atónita mirada de los allí presentes, el presidente, en un falso acto de gallardía, se levanta. ¡Parece un milagro! Levanta el puño y grita: ¡Luchad, luchad! A continuación, se desmaya. Bueno, finge que se desmaya. Lo hace muy bien. Justo detrás del escenario tenemos una ambulancia preparada que, como no puede ser de otra manera, es nuestra. Se llevan al presidente y ya no sabremos nada más de él hasta pasadas unas horas cuando se den noticias sobre su estado de salud desde el hospital.

—Emily, ¡es un segundo! —Sin querer uso su nombre de pila—. Un simple segundo, la probabilidad de error era enorme…

—Por eso se estuvo ensayando durante dos meses. ¿Alguna vez has ido a ver un ballet o a una orquesta sinfónica? ¿Cómo puede ser que cien músicos suenen como si fuesen uno? Solo existe una respuesta: ensayando.

—Es de locos —añado.

—Sí. Te entiendo. Y la obra de teatro no ha terminado. Tenemos otro milagro: la prensa dirá que la bala le golpea a la altura del esternón, justo donde él lleva una medalla de oro con un Cristo. Esa medalla le salva la vida y le proporciona más votos. Los de los creyentes. A las cuarenta y ocho horas pedirá el alta médica, que le es denegada. A las setenta y dos, Turner se coge el alta voluntaria y abandona el hospital. Toda una representación de superación personal que decantará cientos de miles de votos de su lado.

Quirófano, UCI y personal del hospital serán todos nuestros, nadie se colará en la escena. Nadie. Las fotos en el hospital, las de la herida, la medalla doblada… Todo.

—Pero Emily —he decidido tutearla, me olvido del apellido—, ¿cómo es posible que nada se escape, que todos estén involucrados?

—Fanáticos. Todos eran fanáticos. —Con el cigarrillo ya casi consumido comienza a andar sin rumbo fijo. Unos pocos pasos a la derecha, otros a la izquierda. Se para, me mira, vuelve a andar. Está nerviosa, pero tiene muy claro lo que quiere decir—. Patriotas capaces de darlo todo por su país. Gente a las que se les había lavado el cerebro, por supuesto que sí. No es tan difícil de entender. Estados Unidos tiene más de trescientos millones de habitantes. ¿Tan complicado resultaría encontrar a doscientas cincuenta o trescientas personas capaces de darlo todo por su presidente?

—Pero vosotros no erais fanáticos…

—Nuestro caso es distinto, viene provocado por otro tema que si no te importa trataremos más tarde —concluye.

Lo tiene clarísimo. Quiere ir paso a paso. Tiene miedo de dejarse algo, si ahora me habla de ellos, quizá se le olvide algo de lo que estamos tratando ahora. Y eso no le puede pasar.

—… —Pienso la siguiente pregunta—. Está bien. Dos balas. ¿Qué pasa con la tercera? ¿Se pierde en el infinito? Según me has dicho es una ráfaga.

—Y el Oscar es para… —hace sonido de redoble de tambores— ¡Jonathan Brown!

—¿Quién es Jonathan Brown?

—Cuando rebusques en las hemerotecas lo recordarás todo. ¿De qué año eres, cuándo naciste?

—En el noventa y seis.

—Vaya, si es que tú ni habrías nacido. Entonces no te queda otra que aprender historia. Pero eso sí, recuerda que casi todo lo que vas

a encontrar es falso. Jonathan Brown era un exmarine de los Estados Unidos. «El patriota». El más fanático de todos. Un chalado con el umbral del dolor por las nubes, al que unas horas antes del mitin, con un poquito de anestesia, eso sí, le destrozan el hombro con un bisturí y unas tenazas. —Mi cara es de perplejidad total—. Le introducen una bala que horas antes había sido disparada en un matadero contra el cuerpo de una vaca a doscientos metros de distancia. Lo taparán todo con un apósito de reabsorción rápida para taponar la herida y le maquillarán el desaguisado como en el cine para que no se note nada. En el momento del disparo, él se tira al suelo, se introduce la mano por la camisa y se arranca lo poco que queda del apósito, abriendo la herida de nuevo. La sangre brotará y será atendido por médicos, esta vez sí, médicos de verdad. Será nuestra principal arma de distracción. Le extraerán el proyectil que más tarde se comprobará que casan con los casquillos que Ryan dejará en el tejado.

—No te creo —respondo con total estupefacción.

—Créeme. Cuando revises los vídeos, obsérvalo. Fíjate cómo antes del tiroteo no para de tocarse el hombro. Debía dolerle muchísimo.

—¿Y qué fue de él? —pregunto.

Cojo mi teléfono y, mientras escucho, busco información sobre Jonathan Brown.

—Pues imagínate. Un héroe americano. Jonathan no tuvo que esconderse como nosotros. Salió del hospital a los pocos días, acompañado por el mismísimo Turner, quien, de manera muy audaz y como no podía ser de otra manera, delante de la prensa, le regaló la medalla de Cristo que le salvó la vida. Puro marketing. Para estudiarlo en las más prestigiosas universidades. A la semana de abandonar el hospital, se puso a dar pequeños discursos políticos en poblaciones donde el presidente no podía llegar. Un héroe, como te digo. No como nosotros. A nosotros nos tocó el lado oscuro de la película. No sé qué habrá sido de él. Ni idea. Lo imagino en alguna otra mansión como esta, pero sin tener que esconderse.

—Emily…

—Dime.

—Jonathan Brown está muerto.

—¿Cómo dices? —Se pierde. No esperaba esta información.

—Mira —le tiendo mi teléfono, sin darme cuenta de que nada o poco entenderá. He hecho la búsqueda en español—. Se suicidó en el 2014.

—¿Qué? —pregunta desconcertada.

—Emily, creo que no fuisteis los únicos en sufrir todo esto. Creo que él tampoco pudo soportarlo.

—¿Qué? —Levanta la cabeza, la ladea ligeramente sin ser consciente de ello y me mira con tanto poder que mis ojos quedan clavados en los suyos. Siento que su mirada me atraviesa, que se interna a través de mis pupilas hasta lo más hondo de mi cerebro, intentando comprender lo que acaba de escuchar.

Y agacha el rostro, aprieta los dientes; se sujeta a los apoyabrazos de la silla con tanta fuerza que puedo ver sus músculos tensarse, las venas se le hinchan y de pronto…

Jamás había oído gritar a alguien así. Me sobresalto, mi espalda retrocede hasta donde el respaldo de la silla me lo permite. Ella se tambalea hacia atrás.

—Emily —la llamo, pero no me escucha, en este preciso instante no está aquí.

Sigue gritando, se lleva las manos a la cara, se encoge, se estira, balbucea cosas ininteligibles, sus gritos ahora son guturales, parece poseída. Pierde el equilibrio. Por un momento pienso que va a caer; sin embargo, se gira y sale corriendo. Recorre el pasillo de cristal y la pierdo de vista. No tengo muy claro qué debo hacer. Nunca me he enfrentado a algo así. Miro a mi alrededor, analizo la escena y pienso en lo sucedido. Decido ir tras ella. Cojo la grabadora (y me siento despreciable: muy bien, Carmen, lo primero es lo primero, la

grabadora que no falte por si hay algo de carnaza que inmortalizar). Me acerco a la puerta, cuando la mujer del servicio me corta el paso.

16

—No vaya. Déjela —me dice en un perfecto castellano con acento latino.

—¿Cómo dice?

—Déjela. Deje que se desahogue.

—No puedo…

—Hágame caso, estará bien. Debe soltar el mal que lleva dentro. Como cuando come algo que está en mal estado y debe vomitarse.

—Pero…

—Le pasa con frecuencia. Tranquila. Lo hemos visto otras veces. Se recuperará. Tiene el corazón fuerte. El alma atormentada, pero tiene corazón de jaguar. Se pondrá bien. Señorita, vuelva a la mesa, yo le acompaño. Coma algo si quiere, le podemos traer lo que desee.

Como hipnotizada, me dejo llevar de vuelta a la mesa.

—Está bien —respondo—, le dejaré media hora, luego iré en su busca.

—Así debe ser. Cada uno necesita su tiempo y su espacio. Ella debe encontrar sus respuestas, pero antes, debe buscar las preguntas —finaliza con una serenidad estremecedora.

—¿Le pasa a menudo?

—No sabría decirle ¿dos veces por semana es a menudo? A veces pueden pasar diez o quince días sin que nada suceda y otras semanas lo pasa peor.

—¿Es entonces cuando se va a gritar al estudio?

—La mayoría de las veces así sucede. En ocasiones regresa por su propio pie, en ocasiones le ayudamos. «La Llorona la posee, el

Nagual la defiende». ¿Había visto alguna vez a alguien moverse de esa manera? ¿No le ha recordado a algún animal salvaje?

—No creo entender lo que me intenta explicar, lo siento. No he podido fijarme con detalle. Nunca me he enfrentado a algo así y me he asustado…

—Para vengarse de su amado, La Llorona ahogó a sus dos hijos, arrepentida y devorada por la culpa, se quitó la vida. La Llorona está en su interior, pero ella nunca se quitará la vida. El dios Nagual se transforma en jaguar y él lo impide. La señora es muy afortunada. La vida le reclama una misión que debe ser concluida y, por tanto, por el momento no morirá.

—No sé qué decirle.

—No tiene nada que decirme. Sus certezas serán solo suyas y no influirán en el destino de la señora.

—¿Alguna vez hablaron con Mrs. Watson de esto?

—No con detalle, solo de manera superficial. Lo tenemos prohibido. Nuestras directrices son claras. Nuestro trabajo es muy limitado. Tanto que es muy sencillo. Debemos centrarnos en tener la casa limpia, cocinar, hacer la compra, ya me entiende. Las labores del servicio. Nuestras conversaciones con la señora se deben limitar a asuntos referidos a nuestras labores.

—Pero ¿y si ella les pregunta por algo?… No sé, por ejemplo, ¿de dónde son ustedes, si tienen familia? ¿Ustedes no le responden?

—Ella no pregunta. Ya lo sabe, lo tiene asumido.

—Aquí sí que me pierdo. Las únicas personas con las que puede hablar en la casa y ella no lo hace. ¿Con quién habla entonces? No me extraña que se vuelva loca. ¿Sale de casa, tiene amigas, recibe visitas? —pregunto con indignación.

—Salir de casa puede. Al menos nosotras no tenemos orden alguna de impedírselo. Pero en los tres meses que llevamos aquí, no la hemos visto salir.

—Tres meses… Pero ella lleva aquí mucho más de tres meses.

—Nuestro trabajo en esta casa será de seis meses. Pasado ese tiempo nos cambian de lugar. A otra casa tan preciosa como esta o más. —Esto ya lo he oído antes—. Trabajaremos en otro lugar otros seis meses y luego nos dan dos meses de descanso. ¡Dos meses de vacaciones son una maravilla! Nuestro trabajo es sencillo y complicado a partes iguales. La soledad en exceso es mala compañera. Por otro lado, nos pagan el doble de lo que deberíamos cobrar y… Tenemos dos meses de vacaciones. Si le digo la verdad, pensando en mis primeros días aquí en los Estados Unidos, le aseguro que las dos nos sentimos muy afortunadas.

—¿Las dos? ¿Siempre van juntas?

—Sí —se inclina hacia mí—, somos pareja. Es la única condición que pusimos cuando aceptamos el trabajo. Este oficio es duro, no tenemos casa fija, nos reubican cada medio año, perdemos el contacto con la familia casi por completo, la relación con el exterior se reduce a lo necesario para mantener la casa y a los que en ella habitan. Así que, a cambio de tanto sacrificio, nos sentaron en una mesa y nos preguntaron qué queríamos como recompensa —esto también lo he oído antes, no fastidies.

—¿No serán ustedes…? —Me mira con cierto interés. «¿Actores?» pienso—. Nada, déjelo. Si no le importa, voy a ver cómo está. Estoy preocupada.

—Como quiera.

17

Con paso firme y ligero, me alejo de la mesa en dirección al corredor acristalado. Atrás he dejado la grabadora y no me lo puedo creer: he cogido el tabaco. Llego al estudio de grabación, abro la puerta de la pecera y, en una milésima de segundo ante mí, la escena me presenta tres posibles escenarios.

Primero: con la camiseta que lleva puesta y los vaqueros rotos, Emily parece una triste y acabada estrella del rock que acaba de meterse un chute y ha quedado tirada en el suelo del estudio. (Simple y llana fantasía).

Segundo: Emily es un perro maltratado. Alguien que acaba de recibir una paliza. Acobardada y temiendo recibir más palos, se arrincona en la esquina más alejada de la sala. (Cosa que no va a suceder).

Tercero: mierda, un bote de pastillas está abierto y volcado junto a ella. Espero que no sea demasiado tarde (Esta es la realidad).

Me acerco a ella lo más rápido que puedo.

—Emily, Emily —le grito.

Le cojo la barbilla y le levanto la cabeza. Abre los ojos y… me reconoce. Esboza una vaga sonrisa.

—Carmen. —Por primera vez me llama por mi nombre. No dice nada más. No puede.

—¿Cuántas pastillas te has tomado? Mierda. Dime que no es demasiado tarde. Emily, contesta, por favor, ¿cuántas te has tomado? No me asustes.

Pienso en llamar a la mujer de servicio para que avise a emergencias y para acordarme de su familia y de sus leyendas. Si no le hubiese hecho caso, esto no habría ocurrido.

Emily levanta la mano y me enseña cuatro dedos.

—¿Cuatro, te has tomado cuatro? ¿Es eso lo que me quieres decir, que te has tomado cuatro? —Aunque la cabeza se le vence, consigue asentir y susurrar un pequeño sí—. Emily, necesito que espabiles, necesito saber si cuatro son muchas o no… Vamos, Emily.

—Está bien —me sorprende una voz detrás de mí.

Es la mujer de servicio a quien miro con cierto rencor.

—Siempre toma cuatro —concluye. Se acerca, se arrodilla, coge el bote y cuenta las pastillas restantes—. Sobran seis. Se ha tomado cuatro. Los botes llevan diez. Siempre los rellenamos después de una crisis para saber cuántas ha tomado.

—Quizá sería mejor que el bote solo llevase cuatro pastillas —le increpo. Como si esa fuese la solución.

Ella no dice nada. Emily abre los ojos, la mira y le hace un gesto despectivo con la mano para que se vaya. Ella obedece y abandona la pecera.

—Cuatro, solo tomo cuatro, siempre tomo cuatro.

—Te creo. —Le cojo las manos.

—No me atrevo.

—¿Cómo dices?

—No me atrevo. No me atrevo con la quinta. Me da miedo la oscuridad, el silencio al perder la consciencia. Temo no despertar.

No tengo el valor de Jonathan.

—Vamos, Emily, no digas esas cosas. No es justo para ti.

—Hazme un favor —me susurra. No puede hablar más alto. Se duerme por momentos.

—Dime. Lo que sea.

—Quédate a dormir.

—…

—Quédate, por favor. Disfruta de la casa, sé que te ha gustado. —Apenas la entiendo. Me habla con los ojos cerrados, como si

estuviese soñando—. Yo hoy de poco te voy a servir. Déjame descansar aquí. Es mi habitación favorita. ¿Recuerdas?

—No puedo dejarte aquí, Emily.

No me contesta. Juraría que ha roncado.

La tumbo con cuidado en el suelo. Salgo en busca del servicio. Con profesionalidad extrema, fuera ya me esperan las dos mujeres con una silla de ruedas.

—Nosotras nos ocupamos, no se preocupe —me dice con una tranquilidad pasmosa.

—Perdona. ¿Te llamas?

—Valentina.

—Valentina, quiero ayudaros. Llevo un susto de muerte encima.

Me coge fuerte las manos.

—Esté tranquila. Algunas de las pastillas que están en ese bote son placebos. Estará bien. Si ha conseguido hablar con ella es que está bien, se lo aseguro. Puede marcharse si lo desea. Aquí usted poco puede hacer. Este —dice con firmeza— es nuestro trabajo.

—Me ha pedido que me quede a dormir —replico.

—¿Se quedará?

—No sé.

—Vaya a la piscina y tómese su tiempo. Yo iré enseguida y me cuenta qué quiere hacer. De acuerdo.

—Está bien —no puedo añadir nada más. Ellas saben lo que se hacen. Marcho a la piscina.

Los nervios me consumen, deambulo por el césped sin rumbo alguno. Estoy asustada. ¿Y si le hubiese pasado algo? ¿Y si se hubiese muerto? Nunca me habría perdonado el no haberla ayudado desde el primer momento. Por otro lado, Valentina parecía tan segura de sí misma.

Vuelvo a la mesa en busca de un trago de vino. Las copas están vacías. Cojo la botella: bien, todavía queda un trago en su interior.

Tres segundos más tarde está en mi estómago.

Decido escribirle un mensaje a Ricardo. Escribo, borro, escribo, borro. No le envío nada. Solo conseguiría asustarlo. Y entonces veo con claridad qué es lo que tengo que hacer.

18

—¿Qué ha decidido? ¿Se va a quedar? —pregunta Valentina con recta educación.

—Sí. Voy a quedarme. Pero antes, me gustaría regresar a mi hotel, tengo allí mis cosas. Si la señora va a estar descansando hasta mañana, al menos yo, quiero tener aquí mi ordenador para poder seguir trabajando.

—Como desee. Le prepararemos uno de los cuartos de invitados. Si se va a sentir mejor, le podemos dar el que más cerca está de la señora.

—¿Me dejarías ayudarla si llegase el caso?

—No. Como comprenderá, no podría. Ese es nuestro trabajo.

—Entonces no es necesario. Cualquier habitación estará bien, gracias.

—La hospedaremos en la que mejores vistas tiene.

—Se lo agradezco.

Rechazo el ofrecimiento por parte de Valentina para acercarme al hotel —el Malibú Country Inn, a no más de un cuarto de hora de la casa de Emily—. No quiero ser una molestia: ni esta es mi casa, ni ellas son mis criadas. Además, quizá Emily las necesite y no me gustaría que no pudiesen atenderla como se merece. Valentina me pide un taxi que se planta en la puerta en un par de minutos. Paso fuera de la mansión no más de tres horas y media.

El hotel es sencillo, no tiene excesivas comodidades, tampoco las necesito; con una buena cama donde poder descansar y un baño digno, me basta. Las dos noches que ya he pasado aquí, la estancia ha sido agradable. He conseguido descansar; a pesar de estar muy cerca de la carretera, el paso de los coches no ha sido ninguna molestia.

Nada más entrar en la habitación, enciendo el portátil. La idea de escribir a Ricardo vuelve a rondar por mi cabeza. Compruebo mi bandeja de entrada, también los wasaps. Ninguno es de él. Me quedo más tranquila.

Pincho en redactar nuevo mensaje y me quedo sin saber siquiera cómo empezar. Quizá sea mejor un wasap. Escribo: «Ricardo, teníamos razón…». Borro todo lo que he escrito. Vuelvo a empezar: «Sr. Roy, todo bien por aquí. Creo que tengo algo importante, aunque…». Borro. Me quedo en blanco. Me doy cuenta de que sigo afectada por la crisis que ha sufrido Emily. Cierro el portátil y el móvil. Lo dejo para más tarde, si le envío algo, que lo lea mañana. No me gustaría que me llamara, quiero tomarme mi tiempo. Quiero pensar que yo mando. Él me ha dado libertad de movimiento y pienso aprovecharla. Meto el ordenador en la mochila, pero antes de marchar… no puedo resistirme a dar un paseo por la playa, que la tengo a tan solo cinco minutos andando. Creo que me relajará. Si consigo desconectar, cuando retomemos la entrevista estaré a pleno rendimiento.

Bikini, chanclas, pantalón vaquero corto, camisa blanca de tirantes y toalla sobre el hombro. En la recepción del hotel compro una botella de agua. Minutos más tarde, puedo decir que estoy sentada sobre la arena de la playa de Malibú.

Pensando. Ordenando las ideas. Tratando de no imaginar lo que sucederá mañana. Paso a paso. Me pongo en pie y me doy un baño. ¿Cómo no voy a darme un baño en Malibú? Estoy en mi tiempo de descanso, poco o nada puedo hacer ya por hoy. Tiempo de desconexión.

Que te lo has creído tú. No me dura ni unos minutos.

Entre ola y ola, un pensamiento impacta en mi cabeza: Me he dejado allí, la grabadora y la cámara de vídeo. El pánico se apodera de mí y me jode mi momento zen.

«¿En qué estás pensando, Carmen? ¿Dónde tienes la cabeza?».

Nada tiene por qué pasarles a mis herramientas de trabajo, pero ¿y si se pierden? ¿Y si desaparecen? Yo quedaría como una imbécil y Ricardo no me lo perdonaría. Recorro el camino andado y, con la mayor prisa que soy capaz de imprimirle a mis piernas, regreso a casa de Emily.

Me abre la puerta María, la pareja de Valentina, me comenta que mi estancia ya está lista, a lo que yo le respondo un tanto grosera:

—¿Y mi cámara? ¿Y la grabadora? ¿Siguen en la piscina?

—Sus pertenencias están en su cuarto, puede estar tranquila —responde sin inmutarse.

Me acompaña a la habitación. Ahora sí, le agradezco el gesto. Una vez dentro, cierro la puerta como si estuviese cerrando una caja fuerte y compruebo que todo está en orden. Parece ser que sí.

Respiro.

Aunque todavía no estoy tranquila del todo. Hago copias de lo grabado tanto en vídeo como en audio. También descargo los archivos en el portátil. Ahora sí.

Respiro.

Suena un teléfono. No es el mío. Es el de la habitación. Sí, como si fuese la habitación de un hotel, esta tiene teléfono. Es inalámbrico. Descuelgo y, al levantar la mirada, mis ojos se van directos al balcón. *Le daremos la habitación con mejores vistas* —había dicho Valentina. ¡Buah! La estampa es impresionante. El sol empieza a caer, y desde aquí el atardecer se aventura precioso.

—Señorita. Son las siete. ¿A qué hora desearía cenar? —No contesto—. Señorita, ¿me escucha?

—Sí, perdón, perdón. No querría molestar.

No sé si a las nueve para ustedes será muy tarde. Si tiene que ser antes, cenaré antes. Tampoco tengo mucha hambre —miento—. Con un sándwich me será suficiente.

—No habrá problema. ¿Querrá cenar en el comedor o prefiere que le subamos la cena a la habitación?

—Pues me encantaría cenar en la habitación, las vistas desde el balcón son estupendas. ¿Cómo está la señora? —Se me hace raro llamar a Emily «La señora».

—Bien, descansa. Mañana se encontrará perfectamente. Puede estar tranquila.

Y el atardecer no me defrauda en absoluto. Tampoco lo hace la cena que es digna de un hotel de cinco estrellas. El carrito de servicio que la transporta incluye un surtido de sándwiches de aspecto delicioso, una ensalada, unos aperitivos y media docena de salsas en pequeños tarritos de cristal. Fruta y un montón de refrescos y agua.

Hoy me acostaré tarde. Con el estómago lleno y la mente calmada, repaso las horas que he pasado en esta casa.

«Ahora ya sé de qué vas, Emily Watson. Ya sé cuáles son tus penas y tormentos y, aunque queda mucho por destapar, creo poder entender tu frustración. Creo intuir por qué la culpa te corroe y creo saber por qué poco a poco te vas consumiendo. Mañana me lo contarás todo».

Mientras tanto, mi misión esta noche será la de investigar todo lo que pueda.

«Emily Watson, mañana me lo contarás todo».

19

A las ocho de la mañana suena el despertador. No quiero que me despierten. No me parece correcto esperar a que lo hagan. ¡Madre mía, qué bien he descansado! Todo aquí es maravilloso. El colchón… ¿Me lo puedo llevar a casa, por favor? Y las sábanas, el olor, la suavidad al tacto son… excepcionales. Cada vez que me movía, tenía la impresión de estar siendo acariciada por las manos más amables y delicadas del mundo. Y el baño… El baño ha sido lo mejor. Cremas y lociones en el estante junto al espejo, geles de baño, sales y champús de todo tipo y una montaña de toallas con una esponjosidad que jamás había disfrutado antes. Aun con todo, el trabajo me llama, así que ducha rápida y listo.

Meto en la mochila la grabadora, la cámara con el trípode y el portátil, creo que lo voy a necesitar. Bajo al recibidor y, como de la nada, aparece Valentina. Tengo la sensación de estar siendo espiada.

—Buenos días, señorita. ¿Ha descansado bien?

—Muy bien, Valentina, gracias.

—¿Desea desayunar?

—Por supuesto, tengo mucha hambre. No me importaría desayunar en la cocina; ayer olía estupendo y así de paso, podría hacerles un par de preguntas si no les importa.

—Me temo que no va a ser posible. Lo siento, si la señora se enterase…

—Por cierto, ¿está despierta? ¿Se encuentra bien?

—Todavía no, pero seguro lo hará en breve. Mientras tanto, usted desayune.

—Me gustaría esperarla si no le importa. Se está portando muy bien conmigo y no querría hacerle un feo.

—Aún tardará un poco, señorita. Desayune, haga sus cosas. Hágame caso.

Con un gesto con el brazo me invita a pasar a la piscina. Veo que va a ser imposible discutir con ella. Me rindo.

Salgo al jardín y en la misma carpa donde ayer sucedió todo —tanto lo bueno como lo malo—. Me espera María. Me espera María y un bufé enorme, solo para mí. Voy comprendiendo cómo se vive por aquí y de lo miserables que somos la clase media… baja, los de la calle. Me ofrece asiento, café, zumo, y me recita del tirón las más de una docena de platos que me puede cocinar en una pequeña plancha que humea y desprende un olor que desencadena en mi estómago todo un alboroto. Le digo que no necesito que me cocine nada, que con lo que hay en las bandejas tengo de sobra. Veo que discutir con María es incluso peor que con Valentina, así que me doy por vencida una vez más y me decanto por unas tortitas. A continuación, le pido, casi le ruego, que se retire.

—Seguro que tienes más cosas que hacer y yo no quiero ser una carga. Puedo servirme yo misma, gracias —me hace caso.

Mientras desayuno, enciendo el portátil y continúo revisando noticias, vídeos y fotos del día del atentado.

—Buenos días, Carmen. Espero que hayas descansado bien —me dice una cálida voz.

Levanto la vista de la pantalla. Emily camina hacia mí desbordando elegancia. La encuentro radiante, parece una persona nueva de los pies a la cabeza. Tiene el gesto relajado; viste un precioso vestido blanco con flores y colibríes multicolores bordados. Su estilo al andar corto y estilizado provoca un alegre movimiento en los dibujos: dan la sensación de estar vivos. El largo del vestido, a la altura del tobillo, me permite ver con detalle unas sandalias blancas de cáñamo con plataforma. El escote, sin hombros, despliega un anchísimo volante a la altura del pecho, dejando al descubierto, hombros, clavículas y cuello. Un finísimo collar dorado resalta el tono tostado de su piel, combinando con el vestido de forma extraordinaria. Lleva el pelo recogido con una espectacular trenza

que casi le alcanza la cintura. Sin duda, Valentina y María tienen algo que ver en esta deslumbrante combinación.

Esta es una nueva Emily, otra cara, otro personaje a descubrir. Parece haber dejado atrás la pesadumbre, el abatimiento y la indiferencia que transmitía al comenzar la entrevista. Ha apartado la rabia, la rebeldía de aquella atrevida camiseta y aquellos vaqueros rotos. Esta parece ser una Emily dispuesta a todo. Ojalá no sea solo apariencia.

—Buenos días, Emily. Madre mía, estás radiante.

—Gracias, eres muy amable. Ya ves —dice al tiempo que se gira y señala a María—, me cuidan muy bien. ¿Es todo de tu agrado? ¿Necesitas algo más?

—No, gracias, Emily. A mí también me están cuidando, casi diría que en exceso. Tengo de todo. He descansado de maravilla.

—Te agradezco que te hayas quedado; después de lo que pasó ayer… No sé qué imagen tendrás de mí.

—La mejor. Te lo aseguro. No tienes que disculparte por nada. Por favor, acompáñame y come algo. Está todo buenísimo.

—Sigue, por favor, te lo ruego —añade con franqueza.

—¿Esto siempre es así? —continúo señalando el bufé.

—No. De hecho, este despliegue no lo había vuelto a ver desde los primeros días que Valentina y María llegaron aquí. Al tercer día tuve que decirles que parasen. Era un derroche. ¿No ves lo contentas que están? Están encantadas de atenderte.

Se sienta y María —a quien yo hacía ya por otras dependencias— aparece como por arte de magia, para servir a Emily.

—¿Lo de siempre, señora?

—Por favor.

Lo de siempre significa un café y un poco de queso untado en un panecillo de brioche.

—… Y una tortita, tomaré una tortita también. Ni sé la de hace tiempo que no me como una. Bueno, ¿cómo te ha ido? ¿Qué has hecho en mi ausencia? Tengo curiosidad.

—Fui al hotel a por mis cosas… —me corta.

—¿Saliste de aquí?

—Sí, solo fueron unas horas. ¿Por? —me justifico. ¿Me debo sentir controlada?

—¿Cómo fuiste?

—Pedimos un taxi.

—¿No te llevaron María o Valentina?

—No, no quise molestar.

Tú acababas de… ya me entiendes. Prefería que ellas estuviesen pendientes de ti.

—Muy amable. Te lo agradezco. ¿Tardó mucho en llegar el taxi?

—No. Un par de minutos.

—Ah, vale, ¿no te resultó extraño que estuviese aquí en tan poco tiempo? ¿Te fijaste en algo raro? ¿Algo te llamó la atención?

—No… ¿Por? Bueno, hablaba español. Me dijo que por mi aspecto y mi acento, sabía que era española; pero no le di importancia. Pensé que sería conocido de María y Valentina y que ellas le llamaron por confianza.

—¿Quién te trajo de vuelta?

—Emily, me estás asustando.

—Fue el mismo, ¿verdad? —pregunta con preocupación—. Tendrías que haberme avisado de que ibas a salir.

—Bueno, me dio su tarjeta y me dijo que cualquier cosa que necesitase le llamase. No vi mayor problema.

—Carmen, ya saben dónde te alojas. ¿Lo has cogido todo? Puede que vuelvas y todo esté patas arriba.

—¡Venga ya!

Me mira fijamente. Por un momento me contagia su preocupación. Segundos más tarde comienza a reír. Suelta una carcajada que, más allá de enfadarme, me hace sentir que se ha recuperado de la crisis de ayer y que, por lo tanto, la entrevista volverá a su cauce.

«Qué cabrona, tiene sentido del humor».

—Perdona, perdona. Ha sido una broma. Félix es mexicano como María y Valentina y siempre que necesitan un taxi lo llaman a él. Espero no haberte asustado. No creo que fuesen a por ti.

—Ya, ya, vale, vale. Me has hecho pasar un mal rato que lo sepas… Emily, he estado revisando nuestras conversaciones, he indagado, investigado sobre todo lo que me has contado y… ¡todo es verdad! He analizado vídeos, fotos y ¡todo sucede tal y como me lo has relatado! —me responde con la mirada: *No tengo ningún motivo para mentirte*—. Ni sé la de veces que he visto el vídeo del momento de los disparos. Es increíble la coordinación… El presidente se encoge, se lleva la mano a la cara, luego cae, y Jonathan… No para de tocarse el hombro, se nota que lo está pasando mal.

—Ahora está mejor. Él tuvo el valor…

—Emily, no vayas por ahí. No. Para, por favor. Tu vida es tu vida, y la suya, la suya. Ni siquiera sabemos por qué se quitó la vida. Todo lo que he leído sobre la noticia habla de su tortuoso paso por el ejército, nada hace referencia a esto otro.

—No podría ser de otra manera. Nadie sabe lo que pasó y si dejó alguna nota o lo intentó contar, te aseguro que ya se encargaron de que eso no sucediera.

—Lo que quiero decirte, Emily, es que te quites esa idea de la cabeza. El suicidio no es la solución.

—No sabría qué decirte…

No puede ser, la Emily de la primera parte de la entrevista reaparece. Tengo que cortarlo de cuajo. Además, siento que no tiene razón.

—Emily, hace no más de un año y medio, hice un reportaje sobre gente que había intentado suicidarse y no lo habían conseguido. Todos, Emily, absolutamente todos, encontraban ahora una segunda oportunidad para vivir. Gente que veía en una simple mariposa o en un amanecer algo extraordinario. Personas que volvían a sentirse imprescindibles en los empujones del metro o en un concierto. Hombres y mujeres que daban gracias al volver a emocionarse al ver una película, leer un libro o escuchar una canción. Tienes mucho camino por delante. Tú misma me lo dijiste al principio. Ya has estado en el extranjero, pues vuelve a viajar. Empieza a hacer las cosas que a ti y a Ryan os gustaba hacer. No dejes pasar la vida. Además… —me cuesta decir esto, puede sonar desagradable, pero quiero animarla—, tú nunca te quitarás la vida, Valentina me lo ha dicho.

—Ya, el jaguar me protege. A mí también me lo ha contado. Son encantadoras. Cuando me dan las crisis, no sé qué me hacen: queman hierbas en la habitación, recitan versos que no entiendo y me hacen beber unos brebajes que, si soy sincera, prefiero no saber qué llevan. Sudo como una cerda, vomito si se da el caso, sueño, duermo y al día siguiente me siento mucho mejor.

—Pues empieza por ahí. Habla con ellos, con los que te cambian de casa. Diles que quieres seguir con ellas, que, si te cambian de ubicación otra vez, ellas se vayan contigo. Empieza a reconstruir tu vida. Vamos —le replico con firmeza.

—¿Sabes qué es lo que más me apetecería hacer en estos momentos? —pregunta recobrando el ánimo.

—No me digas que ir a la armería a ver si te venden un arma…

—No. No es eso —responde, algo incómoda—. Lo que más me apetece en estos momentos es contártelo todo. Terminar con esto y dejarlo en tus manos. Creo que harás un buen trabajo con todo lo que te estoy contando. Llévate mi pesadilla a España y haz con ella lo que quieras. Quiero dejar atrás todo esto de una vez por todas, y que lo que pase después me dé igual.

—Me parece genial, Emily. Tienes tanto que contarme. Me vas a dar tanto material, que ya estoy pensando en dejarte vivir tu nueva vida y ponerme a trabajar en ello. Sé que me estás haciendo un regalo con todo esto. ¡Oye, igual Ryan tenía razón y tu vida quizá acabe siendo un libro!

—Pues entonces, Carmen, cuando acabes de desayunar, comenzamos.

Vuelve a llamarme Carmen. Es la segunda vez. Significa: confianza, cercanía y quizá, ¿por qué no?, un pelín de amistad.

—Ya he terminado. Pongámonos manos a la obra.

—Sabiendo que te gustó tanto la biblioteca, he pensado que podemos ir allí. Y no te preocupes por el tabaco. Podemos hablar en el balcón; no es muy amplio, pero estaremos cómodas. Yo me pondré con el viento en contra para que el humo no te vaya a ti —termina con un tono de voz amabilísimo.

—Me parece una idea fantástica.

20

¿Qué acaba de ocurrir aquí? Ayer llegaba a esta casa y me encontraba con una mujer recta, seria, distante; una mujer que intentaba guardar las apariencias, esconder sus inseguridades para mostrarse lo más creíble posible. Alguien que no quería saber nada de confianzas: *Tú pregunta que yo respondo. Tú me pides, yo te doy. Ese es el trato, así de simple*.

Por otro lado, yo entro aquí a ciegas, con la incertidumbre como compañera, sin saber con qué me iba a encontrar. Por descontado desconfiada y algo distante como ella. Yo también ando ocultando mis miedos, mis inseguridades —*que no note que soy una primeriza, una novata a la que quizá esto le venga grande*—. Siento la responsabilidad sobre mis hombros. La imagen de Ricardo diciendo: «No me falles. Tráeme algo grande», me oprime el pecho.

Y no han pasado ni veinticuatro horas, y de pronto ambas nos sentimos más próximas. Sentimos que nos podemos ayudar mutuamente y eso nos acerca. Creo que ella se siente cómoda con mi juventud y mi espontaneidad, algo que quizá no tendría un periodista experimentado con muchos años de carrera a sus espaldas. Además, el hecho de que las dos somos mujeres, sin duda suma.

Yo, para colmo, me encuentro en esa montaña rusa que es Emily, un lugar donde aprender. A las primeras de cambio, la coraza se le cae y me muestra a una mujer débil, emocionalmente destrozada, vulnerable. Sus idas y venidas hacen brotar en mí un sentimiento… ¿maternal? Siento que puedo ayudarla y que quiero cuidarla. Pero al mismo tiempo aprendo a controlar mis sentimientos: he venido aquí a trabajar. Eso no debo olvidarlo nunca.

Aunque todavía no me lo ha contado, sé por qué se siente así, sé a dónde va a llegar («Con la primera bomba», me dijo) y creo que

puedo ayudarla. Para colmo, ella me está dando la oportunidad de mi vida, y no pienso desaprovecharla. Siento que somos un poquito amigas y sé que eso también debo controlarlo. Pero he aprendido que cuando está relajada se expresa mejor y estoy convencida de que volverá a caer y entonces, ahí debo estar yo para reconducirla.

¡Vamos, Emily, suéltalo todo!

21

Balcón de la biblioteca. Todo listo. Grabadora, cámara, tabaco y de beber… por el momento, agua.

—Señora Watson, ayer dejamos la conversación hablando del Oscar al mejor actor —comienzo con una pincelada de humor—. Tenemos entre los nominados al candidato Turner y también al señor Brown.

—Bueno, creo que Mr. Brown optaría a mejor actor secundario —me sigue la broma. Eso es bueno—. Ahora nos faltaría hablar de Ryan, que sí que opta al mejor actor, y de mí, que por educación —que no por importancia—, dejaré para el final como mejor actriz secundaria.

—Cuénteme entonces. El papel de Ryan es vital para el éxito de la operación.

—El papel de Ryan es el peor. Más allá de su interpretación, Ryan va a ser el cabeza de turco. Sobre él recaerán todos los odios y reproches. Si se hubiese descubierto que estaba vivo, sin duda lo habrían matado. Habrían ido en su busca y lo habrían linchado. Y me fastidia decir esto y sé que nos acabamos de sentar; pero… ¿te importaría acompañarme? Me gustaría enseñarte algo.

—Claro, por supuesto.

—Coge la cámara de vídeo, por favor.

Salimos de la biblioteca, atravesamos el pasillo, bajamos al recibidor y enfilamos hacia la cocina (qué bien huele). La pasamos de largo, llegamos a una puerta metálica que Emily abre con cierto esfuerzo. Me invita a pasar. Enciende las luces. La luz blanca y fría de media docena de fluorescentes ilumina la sala.

Estamos en el garaje. Y mis ojos no dan crédito a lo que ven.

—¿Sabes lo que es?

—No lo tengo muy claro… ¿Un coche destrozado? —respondo con incredulidad.

—Vamos, ata cabos. Eres muy espabilada. Demuéstramelo.

—¡Uuuuhhhmmm! —me llevo las manos a la boca impidiendo soltar un grito de pena—. ¿Es el coche de Ryan? El… Chevy (creo que dijo Chevy, tampoco entiendo de coches).

—Eso es. Es el Chevy Bel Air del 57 que con tanto mimo restauró Ryan. Te contaré por qué está aquí y por qué está en tan deplorable estado.

—Madre mía. Si no queda nada, es una… —Me callo. Iba a decir que era una chatarra. Mejor callarme.

—Eso es, es una chatarra. Puedes decirlo. Ryan no lo incluyó en el contrato, ¿recuerdas? Tan solo dijo un «millón de dólares»; sin embargo, y como ya te he contado, podíamos pedir cosas y se nos concedían. Pequeños detalles que para ellos no suponían ningún esfuerzo. Al día siguiente del incidente, Ryan y yo vimos las noticias en la tele. Uno de los reporteros hablaba desde nuestra casa. Los alrededores estaban abarrotados de gente enfadada, gritando y haciendo comentarios horribles hacia nosotros. En una de las imágenes, el cámara se movió y Ryan vio un trocito de su Chevy… Y se echó a llorar. Le animé a que pidiera que se lo rescatasen, le dije que seguro que se lo traían.

Y así lo hizo. A los pocos días de llegar a Miami, el coche llegó envuelto en una lona dentro de un camión. Cuando lo descargaron y le quitamos la lona, la ilusión se transformó en derrota. El coche estaba tal y como lo ves tú ahora. Los muy bárbaros hasta le prendieron fuego. Todavía olía a quemado. Le tuvieron que poner ruedas nuevas porque era imposible moverlo…

—¿No os dijeron lo que había sucedido con el coche?

—Sí. Pero Ryan no quiso creerlo. Nunca imaginó que estuviese en tan mal estado. Es como cuando te dicen que te quedan dos años de vida y tú, no quieres creer ni una palabra de lo que te dice el médico. Como cuando te dicen que a tu casa se la ha llevado un

tornado y que no ha quedado ni el perro. No quieres creer, tienes que verlo con tus propios ojos.

—Y usted decidió traerlo hasta aquí.

—Ryan decidió llevarlo de casa en casa. Mira que intentaron convencerlo de que se hiciese con algún superdeportivo o el coche que más ilusión le hiciese, incluso podrían traerle coches en mal estado para restaurarlos, pero nada. Él quiso quedarse con el suyo.

—Sin duda, para él era más que un simple coche. Tenía otro significado.

—Por supuesto. Era mucho más que un coche, el amor que sentía por este amasijo de hierros también era una forma de autorreconocimiento: un homenaje a su esfuerzo y trabajo; pero pasados los años, aquel coche se convirtió en su primera espina. El primer recordatorio que, casi a diario, nos decía que nos habíamos equivocado. Y creo que quiso mantenerlo para nunca olvidar. Y cuando me trasladé de Montana hasta aquí, en su honor y recuerdo, decidí traérmelo conmigo. Así que tengo el libro, las cenizas y esta tonelada de metal.

—Lo siento mucho por Ryan, es una historia triste.

—Sí. Si por lo menos Ryan hubiese tenido su coche… Habría sido más feliz, o no tan desdichado. Seguro que me hubiese llevado a dar paseos con él allá donde quisiera que estuviéramos. Yo me habría dejado llevar. Tan solo nos necesitábamos el uno al otro —concluye —. Ahora tengo tres coches, este y esos dos eléctricos que ves ahí. Me dijeron que no necesito conducir. Que te llevan sin conductor donde quieras. No los he usado nunca.

Emily me emociona. Se me hace un nudo en la garganta. Cuanta tristeza entre estas cuatro paredes. Si el corazón de Emily de repente se rindiese y dejase de latir, en cierto modo, lo entendería. Me veo incapaz de formular la siguiente pregunta; sin embargo, ella no se viene abajo. Ayer, casi con total seguridad habría tenido una salida de tono, un cambio de comportamiento, se habría encendido un cigarro o se habría tomado algún relajante. Para mi fortuna nada

de eso sucede —de hecho, no ha fumado todavía— y creo que la entrevista va a ir de corrido hasta el final. Volvemos a la biblioteca.

22

—Señora Watson, ¿le importaría, por favor, continuar con el relato? —Asiente y ahora sí, tira de tabaco.

—Ryan pasa cerca de ocho horas oculto bajo esa lona. Tiene unos botellines de agua, barritas energéticas, un recipiente para orinar y un radiotransmisor con auriculares que, funciona como radio. Es decir, que puede usarla para matar el tiempo durante las primeras horas escuchando música o lo que desee.

La radio deja de funcionar como tal para pasar a ser transmisor en el momento en el que empieza el evento. De la misma manera que se le avisa al presidente, a Ryan también se le va poniendo al día para asegurarse de que está preparado. Y entonces… Marte.

—Ryan dispara al aire —continuo.

—Eso es, la actuación consiste en hacerle creer a todo el mundo que Ryan, sorprendido por todo el revuelo que se monta, en vez de quedarse quieto debajo de la lona y dejar que todo pase, se asusta, se levanta e intenta huir. Por supuesto, un francotirador «de los nuestros», no lo olvides, lo ve y lo abate. Al igual que al presidente, a Ryan le explota un pequeño artefacto, en este caso doble, por la espalda y por el pecho, como si la bala lo hubiese atravesado y hubiese destrozado su cazadora y su camiseta. El explosivo extenderá su propia sangre, porque antes le habrán extraído sangre y la habrán introducido en cápsulas de gelatina que se disolverán por toda su ropa al contacto con el calor producido por la explosión. Se bebe un botellín de agua que lleva un medicamento que le baja las pulsaciones entre dieciocho y veinte por minuto, así, si por casualidad algún médico que no es de nuestro equipo o algún despistado pasa por ahí le da por tomarle el pulso, pues seguro que no se lo encuentran. ¿Te imaginas veinte pulsaciones por minuto? ¡Es una cada 3,4 segundos! La sensación es terrorífica. La idea de

que el próximo latido nunca llegará se instaura en tu cabeza y sientes que vas a morir.

—¿Tú también bebiste aquel medicamento? —Emily asiente afirmativamente.

—Luego sabrás cuándo y cómo. Ahora centrémonos en Ryan. Él era fuerte y decidido. Hablaba poco, pero con sus actos demostraba ser una persona valiente. Al beber el líquido, uno pierde la consciencia y el riesgo de muerte, como te digo, está ahí. Por fortuna, siempre teníamos asistencia médica instantánea. Era cuestión de minutos. El botellín es especial: el tapón y la etiqueta son amarillos fosforitos.

—¿Para qué?

—Para no confundirlos con otros. Si se bebe el que no es, en el momento equivocado, puedes buscarte un problema.

Estoy perpleja. No sé qué decir. Lo mejor es dejarle seguir. Emily está siendo detallista al extremo y eso es lo que necesito para que el relato sea veraz.

—¿Cuánto tiempo puede estar una persona con las pulsaciones tan bajas?

—Poco. No sabría decirte. Tampoco me preguntes por lo que aquel líquido misterioso contenía, porque no sabría decirte…, algo sobre los bloqueadores de los canales de calcio, les oí decir una vez. No puedo decirte más. No soy doctora. El asunto es que, al minuto de ser abatido, nuestros agentes suben al tejado junto con médicos y enfermeros de una ambulancia que por casualidad rondaba por allí. Imagino que ya me entiendes. Entre los cuatro lo bajan del edificio. Lo meten en un saco, pero eso sí, antes de todo, un par de periodistas que por casualidad unos instantes antes habían abandonado el mitin para ir a comprar algo de comer a la tienda, le tiran unas cuantas fotos y le graban en vídeo para certificar que está bien muerto. Más tarde, esas imágenes servirán para que la audiencia pueda identificarlo. Una vez dentro de la ambulancia, los médicos le ponen el corazón en su sitio.

—Creo que la realidad supera a la ficción.

—Siempre —responde tajante—. En esta historia siempre.

—Se me agolpan las preguntas sobre Ryan, señora Watson. Me parece un relato, una vez más… un tanto inverosímil. Pero vayamos ahora con su historia, luego retomaremos la de Ryan. Por favor, háble me de su papel en todo este gran teatro. Porque usted… no sé si debería decirlo yo, quizá deba dejar que lo haga usted… He indagado en la historia y, aunque no se habla mucho de Emily Watson, sí que pude averiguar que usted…

—Me suicido. ¿Eso es lo que quiere decir? —concluye la frase por mí.

—Exacto. Usted, en esta ficción, se suicida. ¿Será esta su forma de desaparecer de la faz de la tierra?

—Eso es. Mi papel en todo esto es secundario, poco o nada aporta a la totalidad de la historia, pero aquí estoy o, mejor dicho, allí estaba y necesitaba desaparecer para irme con mi marido a vivir una nueva vida.

—¿Cómo lo hace?

—Mediante la ingesta de pastillas. Es el método más habitual entre las mujeres a la hora de quitarse la vida. La secuencia era la siguiente: Ryan es abatido e identificado, lo que significa que, de inmediato, nuestros agentes, en busca de pruebas, se plantan en mi casa. Ya sabe que en estos casos siempre pasa lo mismo: se encuentran en la casa y en el coche del asesino decenas de armas, correos contra no sé quién, etcétera. Noticias. Echan la puerta abajo y me encuentran en el suelo, inconsciente, con dos tarros de pastillas vacíos y una nota de Ryan en la que me pide perdón y me dice que todo lo hace por mí, por darme un futuro mejor. Yo no me tomo las pastillas, tan solo hago lo mismo que Ryan: me bebo la botellita amarillo fosforito para bajar las pulsaciones. Pierdo la consciencia. Llega la ambulancia. Los rumores dirán que se me han llevado con vida, pero que muero por el camino, no llego al hospital. Así es como muere Emily Watson.

—No deja de sorprenderme, señora Watson. Ambos mueren; sin embargo, los dos salen de esta. Y no lo veo tan fácil. Sigo sin comprender ciertas cosas. Debería haber una identificación de cadáveres, unos cambios de identidad, una falsificación de pruebas… ¡Un entierro! ¿Cómo se hace todo eso?

—Carmen —me llama por mi nombre. Se avecina reprimenda—, o no me escuchas o no me crees —zanja.

—Le creo —respondo.

—Entonces va a ser que no me escuchas. Ya lo has oído antes. A nosotros nos engañaron; abusaron de nuestra ignorancia y se aprovecharon de nuestra situación económica. Que todo sea dicho, me juego el millón de dólares, a que nuestra ruina la provocaron ellos. Nunca nos lo dijeron. Nunca lo sabremos.

Éramos una pieza clave en el rompecabezas, por lo tanto, nuestra actuación requería de acciones extremas. Pero en esta pirámide en la que la punta es Turner y, en la base están los votantes, en el medio, quedan: médicos, jueces, policías, bomberos, enfermeros, agentes del FBI y un sinfín de, como ya te dije antes, fanáticos. Carmen, fanáticos capaces de entregar su vida por la causa. Soldados que no disparan, pero que sienten que dan la vida por su nación. Así de sencillo. La red está repleta de patriotas. Dispuestos a hacer lo que sea.

—Comprendo.

—¿Crees que existe gente capaz de robar en su puesto de trabajo? ¿Gente capaz de fingir una enfermedad o un accidente para cobrar un seguro? ¿Crees que alguien podría falsificar unas notas, dar un aprobado al sobrino al sacarse el permiso de conducir, aunque el alumno haya cometido alguna infracción?

¿Piensas que un policía puede hacer la vista gorda ante un compañero de trabajo que ha dado positivo al volante o que se ha metido en una pelea yendo borracho? ¿Lo crees?

—Sí. Lo vemos a diario —contesto. Su argumento es irrebatible.

—Entonces, ¿por qué no dejas que tu mente sea libre y cada vez que se te pase algo por la cabeza para tirar por tierra mi testimonio, piensas que la red está llena de amigos por la causa?

—Vale, lo entiendo. Pero debes comprender que necesito pruebas.

—Ya te dije antes que te podré aportar muy pocas, pero venga, vayamos una vez más a rebasar la ficción.

Se levanta y se acerca a la mesa de despacho. Cinco segundos más tarde está de vuelta. Lleva unos papeles en la mano. Me muestra una imagen.

—¿Quién es este? —pregunta con rotundidad, como si me quisiera mostrar la verdad absoluta.

Observo la foto.

—¿Es Ryan?

—Es Ryan el día D. Con sus greñas sucias, su barba de dos meses, su gorra y chaqueta de cazador. ¿Quién es este? —Me enseña otra foto. Igual.

—¿Ryan…?

—No. No es Ryan. Es Niel Fiztpatrick. ¿Te suena? Seguro que no. Ni a ti ni a nadie. Porque nadie sabía de su existencia. Ni siquiera sus camellos. Fiztpatrick era un desecho de la sociedad, un despojo, un muerto viviente. Basura. Literalmente vivía debajo de un puente, o dentro de un coche abandonado, o donde cayese medio muerto después de un chute. Era drogadicto, se arrastraba por el mundo como un gusano y nadie preguntó por él en vida, y mucho menos en la muerte.

—¡Son iguales!

—Nuestro sistema de cotejo y reconocimiento facial encontró un parecido de más del setenta por ciento entre Ryan y Niel. Así que solo faltaba encontrarlo.

—Pero los sistemas de reconocimiento facial son de ahora…

—De eso nada, la tecnología viene de los años sesenta y en los noventa, el despegue fue exponencial. Otra cosa es que la gente normal no haya oído hablar de ello hasta hace poco… —pausa el relato—. ¿Estás preparada?

—… Sí. No me queda otra. ¿Tengo que agarrarme a la silla? —contesto, sin saber con qué me va a sorprender ahora.

—Coge a Fiztpatrick un par de meses antes —a la par que a nosotros—, dile que le vas a pagar una gran cantidad de dinero por formar parte de un experimento. Vigílalo, por supuesto. Era tan desastre como imprevisible. No sé si me entiendes: vamos que había que mantenerlo con vida. Que hoy está vivo, pero quizá mañana no. Eso no podía suceder, nos habría destrozado el plan. Dile que le vas a seguir suministrando drogas, que se deje crecer el pelo y la barba y que no se duche los diez días antes del dieciséis de enero, cosa que para él era fácil de conseguir. Por los servicios prestados y como compensación, la mañana del mitin, dale una dosis letal. Vístelo como Ryan y unas horas antes de que Turner diga Marte, y una vez muerto por la sobredosis, cuélgalo de una pared y pégale un tiro con la misma munición que usan los francotiradores. Un tiro que le entre por la espalda y le salga por el pecho. Para terminar, mételo en la misma ambulancia en la que van a esconder a Ryan y da el cambiazo.

No puedo hablar.

—¿Me vas a preguntar ahora cómo cambian documentación, huellas dactilares, historial médico y demás, o ya has entendido que los nuestros, dentro del FBI, sustituyen los papeles de Fiztpatrick por los de Ryan?

—Señora Watson, me está diciendo que se asesinó a una persona. Por mucho que me lo maquille como un despojo humano o por muy drogadicto que fuera, era un ser humano. Se asesinó a un hombre y ustedes dos fueron conscientes de ello. ¿Cómo se digiere eso?

—No lo digieres. No lo digieres porque no lo sabes. En ningún momento se nos dice que van a matar a Fiztpatrick. Lo único que se

nos comunicó fue que en la ambulancia reanimarían a Ryan. Que no nos preocupáramos por lo demás. Nuestra historia era solo nuestra, y la de Neil era la suya. Nada se debía cruzar o entrelazar entre nosotros para que la misión tuviera éxito.

—Pero, usted ahora mismo me lo está contando. ¿Cómo o cuándo se enteran?

—Todo a su debido tiempo, no te he ocultado nada hasta ahora y no pienso hacerlo, pero todo a su debido tiempo. Solo añadiré que, de haberlo sabido, nos habríamos negado.

No puedo decir nada. El silencio se adueña de todo, en parte por mi incapacidad de hablar, en parte porque Emily quiere. Silencios incómodos en los que, esta vez, la incómoda soy yo. Me cuesta reaccionar.

—¿Puedo quedarme las fotos? —acierto a preguntar.

—Puedes. Y por si se te pasa por la cabeza preguntarme… el reconocimiento del cadáver puede hacerlo un amigo, pues fue un «amigo» del trabajo en la mina quien nos reconoció a los dos. ¿Y las autopsias? Médicos forenses que les costó un minuto decir: Causa de la muerte: impacto de bala e ingesta masiva de somníferos.

—¿Y los entierros? —pregunto con la boca pequeña.

—Mira, con nosotros se alinearon los planetas. El sistema de búsqueda para la misión encontró catorce parejas en los EE. UU. que cumplían con los requisitos. Una vez conocidos los veintiocho sujetos, se estudia su día a día: trabajos, vida social, amigos y familiares, situación económica y, se elige a la pareja a la que más sencillo sea manipular. Que somos de Mayfield, pues se organiza el evento en Mayfield o alrededores, que los elegidos son de Charlotte, pues todos para allá. Y en esta ocasión, los elegidos fuimos nosotros. Uno de nuestros fuertes, era una familia escasa. Sin hijos, Ryan sin padres, tan solo sus tíos, que para colmo allanaron el camino al volar al paraíso tras la venta del taller. Yo tan solo tenía a mi madre y a mi tía que vivían en Murray.

Ahora créate una imagen mental de Mayfield: ciudad de diez mil habitantes donde, aunque no nos conocemos todos, si te dicen: Ryan, el que trabajaba en el taller del tío Frank. O Emily que estuvo una temporada en el Hard Cock, seguro que saben quién eres.

—Seguro que a usted la recordarían por algo más que trabajar en el club de carretera, no se infravalore.

—¿Por robar en el supermercado?

—No estoy de acuerdo —intento animarla.

—Seguro que algo bueno hice en aquellos tiempos. Permíteme que continúe. Ryan y yo pasamos a ser la vergüenza de la ciudad, los que manchan su nombre; por eso nos queman el coche y nos destrozan la casa… y si hubiesen podido, nos habrían linchado. Así que: ¿Quién iba a ir a nuestro entierro? ¿Tú irías sabiendo que el resto de la ciudad te miraría con ojos de serpiente? El desprecio y el vacío hacia ti se harían más que evidentes. Tu vida no volvería a ser la misma. Mi madre y mi tía sí que asistieron. Se les recomendó que yo fuese incinerada. Si nos hubiesen enterrado, nuestras lápidas no habrían durado ni veinticuatro horas en pie.

No me atrevo a preguntarle si su madre vio el cuerpo —su cuerpo — dentro del ataúd. No puedo.

—Señora Watson, el relato que me está contando, entero, de principio a fin, tiene unas dimensiones colosales. Es impredecible e inimaginable. El mejor guion de una película de terror, me atrevería a decir: una novela. ¡Este es el relato perfecto para una novela! Sin embargo, lo que me acaba de contar sobre su madre y su entierro… debió ser muy duro para usted. ¿Qué se le pasa a una por la cabeza, cuando se da cuenta de que a su madre le van a comunicar que su hija se ha suicidado, cuando no es cierto?

—Es muy duro. Este es otro de mis pecados. Otra de las losas que tiran de mí hacia los infiernos. Lo que me hace quedarme en la cama por las mañanas, más tiempo del necesario, porque no tengo ganas de levantarme. Le di a mi madre el mayor de los disgustos, la peor de las noticias y, además, siendo la mujer de un asesino. No

puedes imaginar el dolor que llevo dentro, como la culpa y el arrepentimiento me consumen día a día.

—¿No conocíais estos detalles, no hablasteis de todo esto al principio?

—No… Esta fue otra de las cláusulas de la letra pequeña. La de los intereses abusivos. La de la suscripción de por vida. La del seguro que tú creías que cubría no sé qué y luego no era así, pero multiplicada por infinito. Una letra pequeña que destroza vidas. Esta es mi espina, mi calvario personal. Defraudar a tu madre, darle la falsa noticia de que has fallecido. Intentamos por todos los medios evitarlo, convencerlos de que existían alternativas, pero de ninguna de las maneras quisieron arriesgarse a que algo fallase.

—¿Su madre vive?

—Sí. Vive. Y por lo poco que sé, a día de hoy es feliz. Se portaron bien con ella, todo sea dicho. A los pocos meses le proporcionaron un trabajo mejor, más estable y mejor remunerado. Trabajo, en el que estuvo hasta que se jubiló y un día tuvo la fortuna de cara: le tocó un boleto millonario. Me entiendes, ¿verdad? Vamos, que le vendieron un rasca en un puesto ambulante y le tocó el premio grande. Cerca de cien mil dólares. Fuimos nosotros, les hice saber a todos que queríamos compensarla por lo que le hice. Quería darle parte del millón de dólares y ellos, se inventaron el teatrillo del boleto premiado. Pensó que le había tocado el sorteo. Eso fue todo lo que pude hacer por ella. Una compensación económica. El dinero lo arregla todo. De vez en cuando me hacen llegar noticias sobre ella, para que me sienta bien y, en cierto modo, me reconforta, pero fue algo imperdonable.

—¿Le gustaría ir a verla? Han pasado cerca de treinta años.

—No, para nada ¡Le destrozaría la vida! ¿Qué iba a decirle? *Mira, mamá, tuve que hacer esto, no lo pude evitar, todo fue una gran mentira…* Seguro que me rechazaría. Además, creo que ellos no me lo permitirían.

Creo que este capítulo llega a su fin. Emily se ha mostrado inmensa: Firme, segura, convencida de sí misma y de estar haciendo lo correcto. Me ha puesto sobre la mesa el decálogo sobre cómo fingir el intento de asesinato de un futuro presidente. Ha sido minuciosa con los detalles y cuidadosa en todas sus explicaciones. Nada hay que pueda cogerse con pinzas. Hay respuesta y justificación para todo. Salvo que quiera sorprenderme con algo más, creo que puedo empezar a ir en busca del envoltorio necesario para este regalo que me ha hecho. Pero antes debo resolver una pequeña duda que me ronda por la cabeza.

23

—Tengo una duda. No sé si importa o no, pero siento curiosidad.

—Dime.

—¿Por qué Ryan y usted? Quiero decir ¿Por qué dos personas? ¿No habría sido más fácil provocarlo todo con una sola persona? Solo Ryan. Un loco que decide matar al futuro presidente, se le mata, se da el cambiazo y listo. Al ser dos, todo se complica.

—Es muy buena pregunta. Al mismo tiempo, tiene una respuesta sencilla: Darle mayor credibilidad a la historia. Recuerdas que estuvimos hablando de que show es tan loco que es más fácil pensar que todo ha sido real en vez de ser una ficción.

—Sí. Lo recuerdo.

—Esto no hace nada más que darle mayor complejidad al espectáculo. Implicar mi persona en todo esto, es algo así como introducir en la farsa el doble tirabuzón invertido.

—Vamos que si a alguien le diese por pensar que todo ha sido una mentira enorme y se pone a intentar desentramarlo todo, su figura como mujer de Ryan lo complica y enrevesa todo de manera exponencial.

—Nada más que añadir. Veo que lo has cogido a la primera —replica con seguridad.

—¿Podemos entonces cerrar capítulo, señora Watson? ¿Cree que debería añadir algo más a lo contado hasta ahora, algo que quizá se le haya escapado u olvidado?

—Hemos hablado hasta de mi entierro, cosa que nunca habría imaginado. Eres concienzuda y detallista. No te gusta dejar cabos sueltos.

—Es la forma de hacer creíble la noticia.

—Opino lo mismo. Por mi parte podemos pasar página. ¿Qué más quieres saber o, mejor dicho, por dónde quieres continuar?

—Me gustaría proponerle una cosa. Creo que nos relajará un poco y nos permitirá organizar ideas. Al menos a mí. No sé cuánto tiempo más nos llevará esta entrevista, pero quizá cuando terminemos, yo tenga que volver a España y… me gustaría averiguar si de veras la observan, si vigilan sus pasos como bien me ha dicho.

—¿Quieres que vayamos a solicitar el arma? ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

—¿Qué otra cosa podríamos hacer que implique… cómo decirlo: molestarles?

—No deseo tener un arma, la verdad. Pero, también puedo solicitarla, y si a los días me la conceden, puedo decir que no la quiero. Está bien, probemos.

Ambas buscamos una armería en nuestros móviles. Los dos dispositivos muestran los mismos resultados. En principio su internet no parece estar capado. Encontramos las dos armerías más cercanas a unas veintiocho millas. La primera en Thousand Oaks, una ciudad al norte de nuestra ubicación, y la segunda en Los Ángeles, en Beverly Hills.

—Chica —me dice con total naturalidad—. Te voy a llevar a Los Ángeles. Y luego, si te apetece, te llevo a la playa de Santa Mónica a dar un paseo para que veas a los machos ponerse musculosos.

—Tú mandas. ¿Llamamos a un taxi?

—No. Llamamos a Félix. Coge la grabadora y la cámara si quieres. Seguro que encontramos un lugar donde tomar un batido XXL, una hamburguesa y seguir hablando.

La mayor parte del trayecto conversamos en inglés, pero Félix no para de preguntar por España y de cambiar de idioma. Le encanta hablar conmigo en castellano y a Emily no parece importarle. Yo de vez en cuando le voy traduciendo lo que hablamos. Ella siente curiosidad. Veinticinco minutos más tarde nos bajamos del coche. Félix insiste con amabilidad en esperarnos para llevarnos luego a la

playa. Son nueve millas desde la armería. Las distancias aquí son enormes.

Dos cámaras de seguridad apuntan en dirección a la puerta de entrada. Lógico. Emily tira de la manija, pero esta no se abre. A la derecha, un cartel bien visible: *Pulse el timbre*. Pulsa. La puerta se abre. Entramos. Pasamos por un arco de seguridad. Lógico. Veo al menos cuatro cámaras más, una en cada esquina. Lógico. Yo también las pondría si me dedicara a la venta de armas. Lo que ya no me parece tan lógico es lo que vemos en el interior.

—Nunca me habría imaginado una armería así —le comento a Emily.

—No son establecimientos que suela frecuentar. No sabría decirte.

Tres clientes merodean por la tienda, mientras Lara Croft detrás del mostrador hace las veces de dependienta. Es espectacular: rostro maquillado y el gesto serio. Piel tostada, coleta trenzada de pelo oscuro hasta la cintura, camiseta negra ajustada de tirantes, que marca en exceso unos pechos, por supuesto elevados por un sujetador *push-up*, cinturón de combate y pantalón ajustado con bolsillos laterales. Lista para salir de caza. Eso sí: muy *chic*, muy *cool*.

«Americanos»

Tampoco me resulta muy lógica la tienda en sí. Me esperaba paredes repletas de armas, vitrinas y mostradores donde no cupiese ni un cartucho más y, sin embargo, en la pared apenas hay una veintena de rifles y escopetas. Lo mismo pasa en los mostradores, entre arma y arma, una separación de unos cincuenta centímetros y todas las armas parecen… ¡son superchulas! Doradas, azules, con adornos de camuflaje, algunas llevan… ¿bisutería? Son armas de diseño. ¡Sí hasta me apetece tener una!

Estas no son como las que usa la policía. Creo. Seguro que más de uno pensará que, si matas con una de estas armas, lo estás

haciendo con más clase y estilo. ¿Será por qué estamos en Beverly Hills?

«Americanos»

—Esto es muy pijo, Emily —le digo al oído.

—Me doy cuenta. Como yo —exclama y se ríe.

—Buenos días, señoras. ¿En qué puedo ayudarlas? —pregunta un hombre con voz grave a mi espalda.

Por un momento me lo imagino disfrazado de Rambo. Pijo, pero Rambo. Estoy perpleja. Viste traje azul oscuro con solapas negras, a juego con camisa negra y corbata del mismo azul que el traje. Listo para vender armas, listo para irse de boda. Es atractivo. Mide cerca del uno noventa y cinco. Debe rondar los cuarenta y cinco. Físicamente, se le ve en forma; delgado, lo que hace resaltar sus pómulos y delata en exceso una prominente nariz. Ojos negros, al igual que el pelo que, aunque empieza a escasear, de momento, cumple con su misión. Si fuese amigo mío, le aconsejaría que fuese pensando en tirar de maquinilla eléctrica. Tiene perilla, imagino que, para tratar de compensar la calvicie. No le queda mal, pero le hace sumar años. Además, las perillas no están de moda. Quizá un bigote bien cuidado sería mejor opción.

—Buenos días —contestamos.

—Ustedes dirán. ¿Necesita algo en concreto?

—No sabría decirle —contesta Emily, mirando las pistolas del mostrador.

—¿Es usted quien viene de compras? —pregunta mirando a Emily.

—Sí, soy yo.

—¿Me permite hacerle unas cuantas preguntas?

—Adelante, por favor.

—Diría que usted nunca ha cogido un arma, que vive sola, que ha tenido un par de sustos y que necesita sentirse segura.

—Eso no son preguntas, son afirmaciones.

—Tiene usted razón. ¿Son erróneas mis afirmaciones? Esto sí es una pregunta… —Sonríe.

—Nunca he cogido un arma. Vivo sola, pero nunca he tenido un susto. No me siento insegura.

—Entonces permítame preguntarle para qué necesita un arma.

Emily duda, no sabe muy bien qué decir.

«*Pues mire, señor, es que mi compañera estaba pensando en pegarse un tiro porque bla, bla, bla*». Me río para mis adentros. Espero que no se note.

Ante su silencio, el dependiente vuelve a intervenir.

—Hagamos una cosa si le parece bien. California es uno de los estados donde conseguir un arma es más complicado. Así que vayamos rellenando unos papeles. Seguro que sabe que debo enviar sus datos al FBI para asegurarnos de que no tiene antecedentes penales. También tendrá que realizar un pequeño examen. Algo sin importancia. Un pequeño test psicológico para cerciorarnos de que es usted una persona…

—¿Emocionalmente estable? —digo yo.

—¿Cuerda? —dice Emily al mismo tiempo.

—Normal, iba a añadir yo —concluye él—. Pero sí. Tenemos que asegurarnos de que está usted cuerda. Mientras esperamos respuesta, me gustaría invitarla a que se una a nuestro club de tiro y que pruebe, que averigüe si le gusta el mundo de las armas.

—Me atrevería a decir que no quiere venderme una —replica Emily.

—Le voy a decir, si me lo permite, qué es lo que yo quiero y lo que no quiero de usted. —No le deja contestar a Emily—. No quiero que me compre un arma, la guarde en la mesilla, o en la caja fuerte, y no la use nunca. Eso no es lo que quiero de usted. Lo que sí que quiero, es que se enamore de las armas, que vea que son seguras, que bien usadas, son divertidas, aportan confianza y seguridad en

uno mismo. Lo que quiero de usted, es que use su arma, que pruebe varios modelos hasta que dé con la que más le guste. Lo que no quiero de usted es que un día tenga que usar su pistola y no sepa ni quitar el seguro, la use mal y provoque un accidente innecesario. Lo que quiero de usted es que sepa empuñar un arma; colocarse en posición de disparo, que sepa evitar el retroceso para que un día no se rompa la nariz o se provoque una luxación de hombro. Lo que quiero de usted es que me compre tantas armas como vestidos tiene, que se apunte al club de tiro y que venga un par de veces a la semana a practicar y se deje en mi negocio un dineral. Lo que quiero y, espero no ser un grosero por decir esto, es poder invitarla a tomar algo o a cenar un día de estos. Es usted una mujer muy bella —Emily enrojece—. ¿Le parece ahora que no quiero venderle un arma?

Emily me mira roja como un tomate.

—¿Tú qué harías?

—¿A lo de la pistola o a lo de salir por ahí? Yo diría que sí, a las dos cosas —digo en voz alta—. Además —le apunto ahora al oído—, si dices que no, nunca sabrás si te van a dar el arma.

—Me ha convencido —responde Emily—. Supongo que necesitará mi documentación. Lo de la cita… tendrá que esperar. Lo siento.

Diez minutos más tarde dejamos atrás la armería en dirección a la playa y poco después, abandonamos el taxi de Félix a la altura del muelle de Santa Mónica.

—Puedes marcharte, Félix, te llamaremos si nos haces falta. No sabemos cuánto tiempo estaremos por aquí.

Paseamos por Santa Mónica *Beach* durante unos cuarenta y cinco minutos, la icónica playa californiana no me defrauda. Es tal y como la he visto decenas de veces en la televisión: músicos, artistas, *skaters*, turistas, policías en patines, en bici o a caballo, gente enseñando músculo, gente enseñando su falta de sentido del ridículo y, por supuesto, comercios de todo tipo: bares, restaurantes, puestos ambulantes, tiendas de recuerdos.

Emily disfruta del paseo más que yo. Salta a la vista que no sale mucho de casa y menos aún, acompañada y menos aún… para disfrutar. La conversación es agradable, tanto o más que el paseo. No es momento de seguir con la entrevista, aunque una pregunta me ronda por la cabeza y me debato con cierta rabia si hacerla o no. Emily rompe con mi disputa interna y, en un momento dado, me advierte:

—Estate atenta. Fíjate en los detalles, observa a las personas. Quizás estemos siendo vigiladas.

No sé si es obsesión o si tiene razón y debería estar atenta. No quiero darle mucha importancia, pero prestaré atención. No sé muy bien a qué. ¿Un hombre sentado en un banco, con gabardina, gorro y gafas oscuras oculto tras un periódico? La imagen en mi cabeza me hace sonreír.

Hablo yo más que ella. Y es que no para de preguntarme cosas sobre mi vida, mi trabajo y mis amigos. Le hablo de España y de todas las cosas maravillosas que podría visitar si se decidiera a venir. Cosas sin importancia. Nada que no se pueda contar. Se le enciende la chispa de la curiosidad y me confiesa que se lo pensará.

Está relajada y eso me da pie a preguntarle.

—Emily, no quiero romper este momento tan agradable, y si no quieres contestarme, lo entenderé. Ahora mismo no estamos grabando la conversación, te lo digo para que te sientas tranquila. Pero me gustaría preguntarte… —me cuesta— antes me dijiste que no tienes hijos. ¿Qué pasó? ¿Puedes contarme algo? Si no quieres, no pasa nada. Entiendo que nada tiene que ver con el día del intento de asesinato, pero fue una de las promesas que Turner decidió cumplir y me veo un tanto obligada a preguntarte.

Seguimos caminando. Baja la cabeza y con las manos, se rodea el vientre. No sé si lo hace queriendo o si le sale por instinto. De repente, un sonido procedente de la derecha se amplifica como si nada más existiera. Son niños jugando en un parque. Su respuesta es breve y sincera.

—Lo intentamos. Lo intentamos y no funcionó. Turner no mintió. Hicimos todo lo posible, pero nada funcionó. Nos pusimos a ello a las pocas semanas de instalarnos en Miami, pero no pudo ser.

—¿Dónde estaba el problema?

—Qué más da. Fue un proceso agotador, una vez más hay que reconocerlo. Echaron el resto. Llegábamos a la clínica y no teníamos que esperar. Nos hicieron mil pruebas, hicimos tratamientos de fertilidad, pero nada funcionaba. Consiguieron implantarme un óvulo fecundado hasta en tres ocasiones, pero nunca pasé de la semana trece.

—Lo siento, Emily.

—Tranquila. Hace mucho ya de eso. Mírame —me dice, señalando a sus ojos—. Ya no lloro. Ya lloré todo lo que tenía que llorar.

—¿Alguna vez te planteas si tu vida habría sido mejor con un bebé?

—No. ¿Para qué? —responde con pura resignación—. Lo único que conseguiría sería torturarme, y ya tengo bastante con todo esto. ¿Qué si hubiese tenido un niño o una niña, las locuras de Turner me habrían dado igual? Pues quizá, pero qué quieres que te diga, no me apetece darle muchas vueltas, ya pasó —concluye—. Bueno, y tú ¿qué…?

—Aborté.

—¿Cómo dices? —pregunta sorprendida.

—Aborté a los diecisiete. No tuve opción —no tengo ni idea de por qué le estoy contando esto.

—Carmen, detente. Solo quería preguntar si tenías planes de ser madre en un futuro. No quiero meterme en lo personal.

—Nunca he tenido la oportunidad de hablarlo con nadie. No tuve opción de decidir, ni tampoco de contarlo. Por aquello del qué dirán. Ya va siendo hora de soltarlo. Quizá este sea el momento indicado.

—Si piensas que te va a ayudar. Adelante. Soy toda oídos. Pero no tienes por qué hacerlo.

—Me quedé embarazada unos meses antes de cumplir los dieciocho. No me preguntes por el chico ni por el qué pasó y sobre todo te pediría que no me juzgues…

—No soy la persona más adecuada para juzgar a nadie, ¿no crees? —me interrumpe.

—Gracias. —Tengo la sensación de ser yo ahora quien está en modo confesional. Por un momento se invierten nuestros papeles. Yo hablo, ella escucha—. No me quedó otra que contarlo en casa. Fue entonces cuando mi padre tomó las riendas de todo y no me dio opción a nada. Se volvió loco. No tuvo en cuenta mi opinión ni la de mi madre. No quiso escuchar. Había que abortar sí o sí. No tuvo ni una pizca de sensibilidad. Trató el asunto como si llevase un cuerpo extraño dentro y hubiera que sacarlo a toda costa. Dijo una y mil veces aquello de que si tenía al bebé iba a arruinar mi futuro y mi carrera profesional, pero creo que lo peor de todo este asunto fue cuando decía eso de: ¡que nadie se entere, qué vergüenza! ¿Qué iban a pensar de nosotros? ¿De nosotros? Perdona, será de mí, ¿o qué? Yo soy la embarazada. Yo soy la que va a abortar. Y el chico ese, ¿quién es? Si ni siquiera es el novio formal. En fin… fueron unas semanas horribles.

—¿Lo habrías tenido?

—Pues no lo sé, Emily, no lo sé. Ese es el asunto. Que no tuve tiempo ni de pensarlo. Seguramente también habría abortado. Pero habría sido mi decisión, no la de mi padre. Lo habría pensado y vuelto a pensar. Habría puesto en la balanza los pros y los contras cien veces. No es algo fácil, estamos hablando de cortar una vida.

—Son decisiones muy importantes. Momentos clave en nuestra vida, que pueden dejarnos marca. Lo sé. Y te entiendo perfectamente…

—¿De dónde te crees que vienen mis inseguridades? —La corto —. Quizá no te hayas dado cuenta, pero soy un cúmulo de miedos e inseguridades. Cada vez que te hago una pregunta, pienso si será la correcta, si lo estaré haciendo bien. Soy un quebradero de cabeza constante… y a veces se vuelve insoportable.

—Carmen, quédate tranquila. No he notado nada de lo que me dices. Si es así, lo disimulas muy bien. Yo bastante tengo con lo mío. Mis espectáculos sí se dejan ver.

—Bueno. Están más que justificados. —Las dos nos echamos a reír.

—Todos tenemos demonios en nuestro interior —añade Emily—, vienen a por nosotros desde lo más profundo con el único objetivo de hacernos daño. Es muy difícil tenerlos bajo control. Este es el tuyo. Me sorprende que digas que nunca lo habías hablado con nadie.

—Nunca. Tabú. Ni siquiera en casa entre nosotros. Ni con mi hermana. Mi padre nos repitió tanto que no lo contásemos, nos metió tanto miedo en el cuerpo, que no. Nunca lo hablé. ¡Joder y aun encima, te crea un sentimiento de culpa!…

—¿Tienes una hermana y no se lo contaste?

—Sí, contárselo se lo conté. De hecho, fue la primera a quién se lo dije. Pero ya nunca más hablamos de ello.

—Vaya. Las dos tenemos nuestro conflicto personal interno. Creo que nos parecemos más de lo que creemos. Espero que te haya ayudado el contármelo. Quizá puedas hablarlo con tu hermana cuando regreses. Soltarlo todo, ayuda. Te lo digo por experiencia. —Respira hondo.

Paseamos en silencio unos minutos.

Cada una envuelta en sus pensamientos. Me siento bien. He resumido al máximo este capítulo oscuro de mi vida. Permanecía escondido dentro de mí. Lo he soltado. Nunca antes había sentido la necesidad de expresarlo. Dormía y, sin saber muy bien por qué, hoy ha despertado y lo he compartido con Emily. Ha sido un primer paso. Tiene razón, nos parecemos un poco. Las dos tenemos nuestros conflictos internos. El suyo infinitamente más complejo y duro que el mío, por supuesto. Pero siento que una vez más esto nos acerca un poco.

—Emily.

—Dime.

—Gracias por escucharme, por tu sinceridad y, volviendo al trabajo, por contestarlo todo sin ponerme objeción alguna. No quiero estropear este paseo.

—Tranquila, Carmen. Has venido a preguntar y yo estoy aquí para responderte; y si de paso te puedo ayudar en algo, aquí estoy.

Finalizamos el paseo regresando al emblemático *Pier* Santa Mónica, el muelle de Santa Mónica, donde Félix nos dejó.

—Mira —me dice—. Aquí termina la ruta 66. Ya no se puede seguir más. A no ser que cojas un bote —sonríe.

Como no podía ser de otra manera, el muelle está repleto de comercios. Pasamos por el acuario y el Pacific Park. Emily me comenta algo sobre una máquina famosísima que concede deseos y que aparecía en una película de Tom Hanks allá por los años ochenta. No tengo ni idea de lo que me está hablando. No he visto *Big*, así se llama el film, ni sé quién es Zoltar, el genio que concedía los deseos. Me riñe con ternura. Me dice que mi juventud no es excusa para no haberla visto. Le prometo que la veré. Atravesamos los últimos cien metros de la pasarela de madera hasta llegar al final del muelle, allí donde las puestas de sol deben ser espectaculares. En María Sol, pedimos unos tacos y un par de cervezas para llevar y nos sentamos en las escaleras laterales que bordean el restaurante. Enseguida, un guardia de seguridad nos hace un gesto para que nos levantemos. Ahí no nos podemos sentar. La suerte está de nuestro lado y un banco queda libre. Emily echa a correr y se adueña de él. El sitio es perfecto. Por delante tan solo el horizonte; por detrás… un montón de turistas.

—Carmen, ¿has traído tus cosas?

—Sí, claro.

—¿Te parecería interesante continuar aquí la entrevista?

—¿Aquí?

—Sí. Lo que ahora viene se puede contar aquí —comenta con cierta alegría, sabiendo qué recuerdos amenos van a poblar su

mente.

—¿Quieres decir que nos vamos en busca del buen tiempo?

—Todavía no, pero casi. ¿Te apetece?

—Vamos allá, claro. Nos terminamos los tacos y nos ponemos a ello.

Coloco la grabadora entre las dos. A la cámara le acoplo un mini trípode *octopus* que enrosco en la barandilla. Me aseguro de que, si falla, la cámara no caiga al mar; debajo de nosotros queda otra pasarela para visitantes. Como mucho puede que alguien se lleve un buen golpe en la cabeza.

Enfoco la cámara hacia Emily y ambas nos colocamos unos pequeños micros inalámbricos de pinza. Ella en el vestido, yo en mi camisa. La brisa es generosa, compensa el calor del sol, pero no quiero que el sonido del viento arruine la grabación. Por si acaso, antes, hago una prueba de sonido. Todo está preparado.

—Recuerda, Emily, que volveré a tratarte de usted. Tú no tienes por qué hacerlo.

24

—Señora Watson, ¿nos vamos a Miami?

—No. Falta poco, pero aún nos queda un pequeño episodio por desvelar antes de ir a Miami.

—Está bien. Si no recuerdo mal, Ryan y usted viajan dentro de una ambulancia de camino al anonimato. ¿Puede ser?

—Eso es. Nos llevan al hangar donde ensayamos durante tantos días. Nos vino justo para ducharnos… Yo me hice un recogido en el pelo, pero Ryan se rapó la cabeza al uno y, por supuesto, se afeitó. Nos vistieron con trajes elegantes como si fuésemos uno más de ellos; nos dieron identificaciones falsas y, de allí al aeropuerto de Owensboro-Daviess, que estaba a no más de treinta y cinco minutos en coche. Subimos a un avión y nos llevaron directos a Alaska.

—¿Alaska?

—Alaska. Y más en concreto al archipiélago Alexander, un conjunto formado por cerca de mil cien islas donde la única forma de llegar es en pequeñas embarcaciones o en hidroavión. Islas donde la población máxima es de unos ocho mil habitantes, pero donde también te encuentras otras con tan solo diez o quince habitantes…

—¿El objetivo era esconderos?

—Sí, y no. Quiero decir, que había un doble objetivo. El primero, como bien dices, el de borrarnos del mapa, y para tal fin, ese era el lugar idóneo. El segundo… el de la transformación —concluye y, de manera deliberada, da paso al silencio. Deja un halo de misterio. Quiere que le pregunte.

—¿La transformación?

—Eso es. ¿Sabes esos programas de televisión en los que una señora o un hombre de aspecto más que humilde, mal vestido, mal

peinado, andrajoso, incluso me atrevería a decir feos, desaparecen por una puerta y luego reaparecen y te quedas: ¡guau! ¿Es esa la misma persona? Si hasta daba apuro mirarle y ahora parece el hermano pequeño de Brad Pitt. Pues eso hicieron con nosotros.

Nosotros nos movíamos por las clases sociales bajas. Nuestro fondo de armario no era digno de enseñar y en asuntos de peluquería y eso… pues muy de vez en cuando.

—Ahora está estupenda.

—No te puedes ni imaginar lo que se puede conseguir con dos meses de tratamientos faciales, *peeling*, manicura y pedicura, peluquería, maquillaje, aceites, lociones, cremas y ungüentos y todo tipo de tratamientos termales.

—Por lo que veo, lo pasaron bien.

—Ya lo creo. Fue toda una experiencia, que agradecimos enormemente. Toda esa zona está repleta de hoteles-balneario. Nosotros estuvimos en uno muy chiquitito que parecía reservado para nosotros solos. No seríamos más de una docena de personas.

—¿Dice que pasaron allí dos meses?

—Quizás un poco más. Desde el día D, las encuestas comenzaron a dar un vuelco espectacular y, para alegría de todos, Turner ganó las elecciones. Una semana después, nos trasladaron a Miami. Fueron dos meses maravillosos para Ryan y para mí. Nuestro cambio físico y estético fue apoteósico. En pocas palabras: nos enseñaron a cuidarnos. Si ahora íbamos a vivir en un nivel de vida muy superior, deberíamos estar a la altura. Comenzamos a vestir ropas caras, nos enseñaron a combinar prendas, a distinguir lo que estaba de moda y lo que no. ¡Nos enseñaron a comer! A llevar una dieta equilibrada. Dejamos atrás las grasas saturadas, los fritos y los azúcares. Me enseñaron a maquillarme, a hacerme bonitos recogidos o peinados y nos enseñaron modales. Aprendimos a comportarnos. No es que fuéramos mal educados, no me malinterpretes. Lo que quiero decir es que personas como nosotros no sabríamos cómo actuar en determinados escenarios. Creo que ya me entiendes. Siempre se ha

dicho que la educación no tiene por qué ir de la mano del dinero, que uno puede ser educado, aunque no tenga ni un centavo.

Lo que quiero decir es que unas personas como nosotros antes de todo esto no tendrían por qué conocer, por ejemplo, los protocolos ante un evento importante.

—Es decir, que no solo fue la casa y la cuenta con el millón de dólares. El paquete incluía una puesta en escena mágica.

—Se portaron con nosotros de maravilla. He de reconocerlo. Sabían el esfuerzo que habíamos realizado, sobre todo Ryan, y nos quisieron compensar. Ryan desapareció de este planeta. Decidió dejar de ser Ryan y convertirse en Roger.

—Usted también dejó lo suyo. Pasó a ser Cindy Collins.

—Sí, pero el papel de Ryan con respecto al mío fue mucho más determinante y ellos lo sabían. Así que cualquier cosa que pudiesen hacer por él, lo hacían. Por ejemplo: llevarle el coche de casa en casa. La primera noche en Alaska, al ver las noticias, Ryan se acordó de su coche y pidió que se lo guardasen. Nada más llegar a Miami, ya lo estaba reclamando y, a pesar de los intentos por convencerlo de que no merecía la pena… Él quiso su coche sí o sí.

—¿Nos vamos a Miami?

—Ahora sí.

25

—Pero si te soy sincera, poco o nada me apetece hablarte de Miami —continúa aburrida.

—¿Y eso? No entiendo, juraría que van a ser unos años agradables.

—Carmen, no te he hecho venir hasta aquí para charlar sobre lo increíble que es vivir en Miami. ¿Recuerdas que no quise hablarte de nuestra boda? Con Miami pasa lo mismo: nada va a aportar a la historia principal. ¿Qué quieres que te diga? Que no nos acostumbrábamos a que nos sirvieran la comida, o a que nos limpiasen la casa. Que a Ryan le pusieron en la puerta un Chevy Bel Air del 57 en perfecto estado y no quiso ni tocarlo, que allí se quedó. Que íbamos a fiestas que organizaba el partido, rodeados de gente poderosa, fingiendo que estábamos allí por nuestras aportaciones económicas. Que salíamos bastante, hacíamos nuestras escapadas de fin de semana como si fuésemos una pareja feliz… Pues es que en cierto modo éramos felices. Pero eso es todo, nada aporta al relato.

—Perdone, señora Watson, pero discrepo. Estoy convencida de que será capaz de encontrar unas cuantas vivencias que merezcan ser relatadas.

—Está bien, te contaré solo una. Hicimos una fiesta en nuestra casa. Nos reunimos con cuatro parejas más. Conocidos que fuimos haciendo con el tiempo…

—¿Tiene contactos con esas personas en estos momentos? —la interrumpo.

—No. En absoluto. Esa es una de las razones por las que nos trasladan de un sitio a otro. Para que no cojamos confianza con nadie. No estrechar lazos. Nada de vínculos afectivos. Nos íbamos de

las casas sin hacer ruido, de la noche a la mañana, sin avisar a nadie.

—A fecha de hoy, ¿se relaciona con alguien?

—Negativo.

—Debe ser complicado, mantener la cabeza en su sitio cuando uno está solo…

—Creo que esa afirmación no necesita réplica. Ya me has visto en acción. Si me permites, continúo con el relato.

—Sí, claro.

—Tras la cena, la sobremesa se alargó hasta altas horas de la madrugada. Todo fue normal. Fue una gran velada. Al día siguiente, temprano por la mañana, sonó el timbre. Era Holloway.

—¿Holloway?

—Perdona, no te he hablado de él todavía. Holloway fue desde el primer día que pisamos el hangar, nuestro asistente, nuestro coordinador personal. Un auténtico bastardo que nos exprimió al máximo para obtener lo mejor de nosotros. Nos hizo trabajar muy duro para que la operación fuese un éxito y para garantizar nuestro futuro. También fue nuestro ángel de la guarda. Un tipo con mil recursos, capaz de sacarte de cualquier embrollo. Se desenvolvía a las mil maravillas en situaciones de presión. Siempre encontraba una salida. Ese tipo de personas que siempre es mejor tener de tu parte. No te gustaría tenerlo como enemigo, te lo aseguro.

—¿A qué se debió la visita?

—Nos sacó de la cama, rompió nuestro descanso e impidió que la resaca se evaporase mientras dormíamos. Nos sentó en el salón, puso un maletín sobre la mesa del que extrajo un reproductor de vídeo portátil y le dio a reproducir. Éramos nosotros en la cena de la noche anterior. Nos puso dos vídeos. Los vimos con detenimiento una sola vez. No hizo falta más. Te puedo asegurar que a la primera comprendimos lo que estaba pasando.

—Chicos —nos dijo Holloway con cara seria—, habéis estado a punto de meter la pata, pero bien. Tenéis que tener mucho cuidado con las conversaciones que tenéis. Da igual con quien estéis. No se os puede ir la lengua.

—Tenía razón. Sin duda, fue el exceso de alcohol lo que hizo que en un par de ocasiones Ryan hablase demasiado sobre el fallido atentado a Turner. Daba la impresión de que sabíamos demasiado. En aquel instante, nuestras caras de vergüenza lo dijeron todo. Se nos fue la resaca de golpe. Pedimos perdón. Holloway no nos amenazó, pero sí nos advirtió: todo esto se podía acabar de la noche a la mañana si la fastidiábamos.

—¿Os grababan las conversaciones? —pregunto con cierta sorpresa.

De esto todavía no he hablado con Emily, a pesar de que me lo ha comentado, e incluso me lo advirtió paseando por Santa Mónica.

—Eso quisimos saber. Así que le preguntamos. Nos dijo que por supuesto. Que la casa estaba llena de micrófonos y cámaras. Que formaba parte del trato. Cosa que no era cierta. Nunca nos dijeron que, si nosotros en algún momento queríamos hacer el amor encima de la mesa del salón, íbamos a ser grabados. Letra pequeña. A pesar de todo, y aunque no estábamos de acuerdo, sobre todo por aquello de la intimidad, lo entendimos. Asumimos nuestro error. A partir de este momento, su presencia se hizo más patente. Ir a Disney World con un séquito de agentes infiltrados es de lo más gracioso. Ni te lo imaginas.

Consigue que esboce una sonrisa.

—Creo que es un relato digno de formar parte de todo lo que me ha narrado hasta ahora.

—No hay mucho más, te lo aseguro. Holloway lo dejó bien claro. Solo te diré que, desde aquel día, vivíamos con la sensación de tener dos ojos vigilantes en la nuca, las veinticuatro horas del día. Al final te acostumbras y te olvidas de las cámaras y los micrófonos. Y, bien

pensado, creo que cumplen con su misión disuasoria: evitan que hables de ciertas cosas.

—Sin embargo, señora Watson, a usted ahora, juraría que es algo que le da igual.

—Ya ves que sí —responde despreocupada.

—Quiero decir que ni se plantea si su casa está llena de cámaras. ¿Se ha parado a pensar que todo lo que hemos hablado ha podido ser recogido por alguien más que yo? ¿Ha mirado detrás de los cuadros en busca de micros ocultos? —pregunto con cierto aire de broma. Aunque el asunto es muy serio. Me cuesta dejar de pensar que todo es muy de película. Lo confieso.

—Sí, claro, pero ya ves que poco o nada me importa —añade, algo cansada—. Hablemos de Turner, por favor.

Y hagámoslo en casa, o este sitio dejará de traerme buenos recuerdos cada vez que vuelva.

Esta vez no es Félix quien nos lleva de vuelta a casa, así que la conversación durante el trayecto pasa de colectiva a individual. El taxista, un chico joven de rasgos asiáticos, con el pelo negro como el carbón y tez oscura, considera más importante pasar la mayor parte del viaje toqueteando el móvil —que lleva anclado al salpicadero— que charlar con nosotras. Sinceramente, lo agradezco y creo que Emily también.

El viaje, aunque breve, resulta agradable. Comentamos lo deliciosos que estaban los tacos y la singular visita a la armería. Emily me confiesa que no sabe muy bien qué hacer si finalmente le conceden el arma, y yo, entre frase y frase, y a medida que nos vamos acercando a la casa, no paro de pensar que, muy posiblemente, vayamos a ser observadas y grabadas mientras hablamos. Espero que no sea así. Ya en el vestíbulo y antes de comenzar, me excuso a mi habitación para cambiar baterías y tarjetas de memoria.

Aprovecho el momento y le envío un mail a Ricardo. Nada de WhatsApp, no vaya a ser que lo lea y me conteste o, lo que es peor,

que me llame.

Señor Roy:

Buenas tardes, buenas noches en España. Le molesto un minuto para decirle que tenemos algo importante entre manos. Su instinto no le ha fallado. En dos o tres días máximo estaré de vuelta por el periódico. Le contaré entonces. Tan solo le adelantaré que Cindy Collins existe, y que el material que me está reportando va a traer cola. Gracias por haber confiado en mí. Espero que le guste mi trabajo.

P. D.: Me llevé la cámara de vídeo, lo tengo todo en audio y vídeo.

Antes de enviarlo, lo leo, lo vuelvo a leer y a releer. Creo que está bien. Espero que no se note que le estoy haciendo un poco la pelota al añadir lo de «su instinto no le ha fallado».

Lo envío.

26

—Señora Watson, ya le hice esta pregunta ayer y se la voy a volver a repetir porque la respuesta que me dio fue escalofriante —«con la primera bomba»—. ¿Cuándo se tuerce todo?

—¿Cuándo se tuerce todo?… —repite Emily—. Las políticas de Turner… —Se para en seco. Se lo piensa dos veces—. Bueno, no pretendo convertir esto en un monólogo sobre lo buen o mal político que fue Turner. No me considero una experta en política y no me corresponde a mí hacer aquí un análisis político sobre cómo fueron aquellos años. Pero sí te animaré a que hables con colegas tuyos. Periodistas que ronden los sesenta, que viviesen aquellos años estando en el mejor momento de sus carreras. Incluso, si puedes, habla con los corresponsales aquí en los Estados Unidos. Seguro que ya te rondan algunos nombres por la cabeza.

—Si le soy sincera. No. Aquí tengo algunos contactos, pero son compañeros de mi misma generación, no sé si ellos podrán ayudarme. De los de aquella época… tendré que indagar. Necesitaré algo de tiempo.

—En cualquier caso, ellos te aportarán la información que necesites de manera más rigurosa que yo. Seguro que ya has investigado un poco, y estoy segura de que más adelante lo harás de forma más concienzuda. Pero, sobre todo, no dudes en hablar con quién lo vivió en primera persona. Encuentra testimonios, directos y vitales. Te será de gran ayuda para comprenderlo todo mejor.

—Lo haré, se lo aseguro. Pero no está de más que usted me aporte su punto de vista, a fin de cuentas, es el que a mí más me interesa.

—Terry Turner era un inepto. Un pésimo político que llegó a presidir este país porque tiró de patriotismo a más no poder. Su

ineptitud no tardó en aparecer. A los tres años de legislatura, una vez más, las encuestas lo dejaban fuera de la presidencia y todo indicaba que no repetiría mandato. Nada de lo que nos prometió se cumplió. Nada. La vida del norteamericano medio no mejoró en absoluto. La economía se estancó y el país apuntaba a una recesión inminente. Sé que es un resumen simplista, pero como te digo, no soy analista política. Solo tienes que darle un repaso a la prensa especializada de la época. Su política exterior fue… no sé si decir nula o nefasta o quizás ambas cosas. Si pretendes ser la primera potencia mundial, no debes olvidar que tienes todo un planeta con el que convivir. Y él solo sabía exigir. ¿Qué sucedió? Pues que el resto de la humanidad no se iba a quedar cruzada de brazos. Por ejemplo, la industria del automóvil se vino abajo. Ryan era mecánico, ¿recuerdas? Hablaba constantemente de ello. Nadie fuera de nuestras fronteras compraba coches americanos. En cambio, aquí todos querían tener un coche europeo. Otras industrias donde éramos fuertes, como la tecnológica, comenzaron a fabricar fuera para ahorrar costes y abaratar el producto. ¿Cómo lo ves? Los abanderados del capitalismo fabricando sus productos fuera de nuestras fronteras. Era de locos. En resumen: paro y recesión.

—Me lo comentó ayer. Me acuerdo.

—El país se estanca y, ¿qué se le ocurre al señor Turner para salir del agujero? Pues tirar de la única industria en la que siempre habíamos sido los números uno. La única que siempre nos ha funcionado: la armamentística. Pero, ¿qué sucedía? Que el mundo estaba más o menos en armonía. No había grandes conflictos. Así que, ¿cómo dar salida a la venta de armas? Haciendo algo que ya hicimos en el pasado y que Julio Verne relata muy bien en su libro *Viaje a la luna*, ¿te lo has leído?

—No he tenido el placer.

—Creo que Turner sí lo leyó. En *Viaje a la luna* pasa algo similar. El país está en recesión y los protagonistas dicen: «O nos inventamos unas cuantas guerras, o el país se va a pique». Por suerte y para el disfrute de todos los lectores, la novela vira por

derroteros más entretenidos y los personajes, en vez de ponerse a pegar tiros, deciden construir un cañón para mandar a unos cuantos humanos a la luna. Turner no fue tan creativo. La opción de poner un pie en Marte no fue prioritaria, pero sí se quedó con la idea de guerrear.

Turner fue un cizañero. Visitaba un país, hablaba de lo bien que se llevaban y de sus históricas buenas relaciones mantenidas desde tiempos inmemoriales y antes de marcharse les hablaba mal del vecino: «Me dicen mis servicios secretos que se están preparando para tocaros las pelotas en cuanto os despistéis». Lo que fuera con tal de intentar vender armas o seguridad. A los presidentes norteamericanos siempre les ha encantado desplegar nuestras tropas por cualquier rincón del mundo. Al tiempo, hacía lo mismo con el país vecino y les decía que los otros andaban buscando gresca. Así consiguió reavivar el fuego de unos cuantos conflictos bélicos que andaban dormidos como volcanes en vías de extinción.

—Turner tenía el poder de las armas…

—Exacto. Qué si pongo una base militar aquí, qué si yo voy a acabar esta guerra en cuarenta y ocho horas allá… ¿Cuál era la mejor manera de salir de la recesión?

Con las armas. ¿Y cuál es la mejor manera para que el vecino no te ataque? Teniéndolo entretenido con otro vecino. Que se peguen entre ellos. Pero que me compren las armas a mí.

—Pero no funcionó —añado al relato.

—Funcionar, funcionó. Pero a medias. Éramos el único país que tenía un ejército profesional de verdad. Vendimos armas como rosquillas y extendimos nuestras tropas por medio mundo. Pero faltaba algo más. La industria armamentística no era suficiente para levantar la economía. ¿Qué faltaba? Una política exterior real: comercio, exportaciones e importaciones, relaciones bilaterales. De todo eso, de diplomacia y de buenas artes, Turner carecía. No es tan difícil de entender, ¿no crees? No todo es economía. El dinero es el fin, eso está claro, pero antes y para conseguirlo, tienes que compartir con tus vecinos o aliados tus intereses, gustos y aficiones:

historia, cultura, deportes. Y Turner en este campo era un cero a la izquierda. No consiguió lo que buscaba, y entonces… se le fue la cabeza.

—Ahora viene lo peor.

—Ya conoces la historia.

—Sí. Pero me la va a contar usted, señora Watson.

—Turner hizo la siguiente reflexión: *Quizás no pueda ser la primera potencia mundial, ni siquiera la segunda*. Recuerda, Carmen, que China ya andaba muy a la par nuestra, y Europa, tras formar la Unión Europea, prometía ser punta de lanza en progreso, desarrollo, derechos sociales y libertades. En pocos años nos superaríais.

—¿Y Rusia?

—Rusia… no me olvido de ellos. Siempre dormida, pero siempre ahí. Lejos del sistema democrático, sí, pero controladora de la mayor parte de las materias primas: gas, petróleo… y, por supuesto, armada hasta los dientes. Ellos también se llevaban un gran trozo de la tarta. Así que Turner pensó: *No puedo superaros, pero quizás sí que pueda haceros caer hasta que estéis por debajo de mí*. No era cuestión de que Estados Unidos progresase. No. Todo pasaba por hacer caer a los otros.

—Entiendo. Yo no puedo ascender más, pero sí que puedo hacer que tú caigas.

—La primera bomba fue donde más duele: en el metro de Nueva York; la arteria principal de la ciudad. La segunda voló el túnel Lincoln. La tercera, el puente de San Francisco. Las siguientes estallaron en Boston, Chicago, Filadelfia y la última…

Quiere que sea yo quien lo diga. Quiere hacerme partícipe de la tragedia. Le daré el gusto.

—En la mismísima Casa Blanca.

—Eso es. Fue la semana más trágica y abominable que jamás haya vivido este país. Murieron decenas de miles de norteamericanos. Turner asesinó a miles de compatriotas como parte

de un plan para dominar el mundo, para recuperar la hegemonía de tiempos pasados. La nación estaba en *shock*, al igual que la comunidad internacional. Un *shock* tan brutal, que nadie pudo imaginar que fue el propio presidente quien se atacó a sí mismo. Y Turner lo sabía. Quizás no fuera tan estúpido. No dejó pasar ni unas horas para decir en televisión que nos estaban atacando, que el mundo entero estaba en nuestra contra y que había que contraatacar.

—Y es entonces cuando… Dígalo usted, por favor.

27

—Es entonces cuando pulsa el botón.

—Tres misiles. El mundo entero conoce la historia. Lanzados desde submarinos atómicos ubicados en el Pacífico Norte, cerca de Hawái. Dos de ellos fueron interceptados en el aire; por fortuna, no alcanzaron su destino. ¿Se imagina lo que eso habría significado?

—Supongo que, entre otras cosas, usted y yo no estaríamos aquí.

—El primero iba directo a San Petersburgo; el segundo, a Shanghái. Las distancias eran tan grandes que hubo tiempo de interceptarlos. La comunidad internacional actuó y consiguió detener la locura de Turner. El tercero…, madre mía. Salió defectuoso, falló la propulsión y cambió bruscamente de rumbo. ¡Explotó a tan solo ochenta kilómetros de San Francisco, mar adentro! Un par de minutos más, y el misil habría impactado en algún lugar entre San Francisco y San José, borrando de la faz de la tierra a miles de personas y, a fecha de hoy, seguiríamos pagando las secuelas de la radiactividad.

—Fueron momentos convulsos para todo el planeta.

—Como era de esperar, el mundo entero se puso en alerta. Al mismo tiempo, millones de muestras de solidaridad nos llegaban desde todos los rincones del globo. Sin embargo, pasaban los días y nadie, absolutamente nadie, reivindicaba los atentados. Ningún posible enemigo potencial de nuestra nación se hizo responsable de la autoría de los atentados. Turner, por supuesto, lo tenía todo planeado. Ahora era incluso más poderoso: era el presidente, ¡pero también era la víctima! La cabeza visible de toda una nación golpeada. Disponía de todos los recursos que le otorgaba el poder. Así que volvió a jugar sucio: comenzó a falsificar pruebas y a aportar datos falsos. De repente, aparecieron los supuestos autores de al menos cuatro de los atentados. Pero… se pasó de rosca. Esto no era

ni de lejos como nuestro intento de atentado. Aquí había miles de víctimas mortales y la onda expansiva, las repercusiones, fueron inabarcables para Turner. Demasiados frentes que cubrir. Las prisas jugaron en su contra. La rapidez con la que aseguró estar siendo atacados, sumada con la precipitación a la hora de soltar los misiles, terminaron por volverse en su contra. Todo empezó a oscurecerse para Terry Turner. Familiares y amigos de los fallecidos exigieron justicia y transparencia. Se abrieron centenares de investigaciones privadas. La prensa internacional fue demoledora con él. La falta de avances en la investigación oficial dejaba mucho que desear y el entorpecimiento impuesto a los medios era tal, que Turner acabó por zancadillearse a sí mismo.

—El castillo de naipes que se desmorona poco a poco, ¿no es así?

—La primera demanda no tardó en llegar. Y tras esta, aparecieron decenas más.

Turner iba a caer. Estaba claro que no conseguiría un segundo mandato. Se aferró al cargo de presidente y para salir airoso, tiró de su inmunidad presidencial frente a acciones civiles. Sin embargo, tenía los días contados. Todo apuntaba en su contra. Mientras fuese presidente, no podría ser juzgado, pero sí investigado. Y en cuanto dejase de ser presidente, el peso de la ley caería sobre él.

Pasaban las semanas y las versiones oficiales dadas desde el gobierno eran cada vez más endebles. El nerviosismo dentro del entorno del presidente empezó a ser más que palpable. Numerosos cargos del gobierno y gente cercana a Turner temían por sus carreras. Al igual que el presidente, muchos de ellos se veían en prisión.

Las acusaciones directas al presidente dieron paso a las destituciones, que, a su vez, generaron más acusaciones. Hubo incluso alguna que otra muerte repentina como la de la congresista Clarence Thompson. Muerte que más tarde sería investigada. Pasados unos meses, se anunció el juicio contra Turner. **La nación contra el presidente Turner**, acusado de provocar los atentados del 1999.

28

—Sin embargo, Turner nunca fue a juicio —concluye Emily.

—Eso es. Como todos sabemos, Turner no terminó su mandato.

—Exacto. Muere de un infarto al corazón, trece días antes de abandonar la Casa Blanca. Los demócratas habían ganado las elecciones de forma rotunda y Turner ya debía de tener las maletas hechas. Pero nunca llegó a ser juzgado.

Sí lo fueron las personas de su entorno. Y creo recordar que fueron cuarenta y ocho las personas que acabaron en prisión.

—Pero si se reconoció a Turner como el máximo artífice de la matanza provocada por los atentados, ¿no es así?

—Sí. Aunque ya fallecido, fue desposeído de todos los honores como expresidente y pasó a convertirse en una de las personas más odiadas de la historia de nuestra nación. Y sí. Aunque no pudo ser sentenciado, se le atribuyó la autoría de los atentados.

—¿La realidad supera a la ficción?

—Tengo la sensación de que el relato termina. Ahora tengo que centrarme en Emily. Hacer aflorar sus emociones.

—La realidad supera a la realidad —apunta.

—¿Qué quiere decir?

—Que la realidad nos habla de personas que van a comprar el pan todos los días, de gente que trabaja ocho o diez horas jornada tras jornada para sacar sus vidas adelante. La realidad es ir al cine, a un partido de baloncesto o hacer el amor con tu pareja. La realidad es… ir a votar sin pensar que tu candidato está organizando el mayor crimen de la historia de esta nación. La realidad es pagar los impuestos que te corresponden. Superar el límite de velocidad de vez en cuando. Beber alcohol a los dieciséis o fumarte un porro a escondidas. La realidad no es estar cautiva en una mansión con un

millón de dólares en el banco. La realidad es ir en bicicleta, caerte y volver a levantarte. La realidad: ¡No es pensar que tu presidente va a matar a miles de compatriotas como parte de un plan para permanecer en el poder!

—Entiendo. Su vida se aleja bastante de la de un ciudadano normal. Es como si hubiese vivido dentro de una película.

—De terror. Una pesadilla.

No digo nada. Hagamos otro silencio. Veamos si se vuelve incómodo o no. Treinta segundos, los he visualizado en mi cabeza uno tras otro. Emily se enciende un cigarrillo. Es momento de disparar la siguiente pregunta.

—¿Cómo se siente ahora?

—Disculpa un segundo. —Se levanta, sale del balcón y, desde el teléfono que tiene sobre la mesa, hace una llamada. Vuelve. Fuma y, antes de expulsar el humo, gira la cabeza en dirección contraria para no molestarme. Me mira. Le aguanto la mirada y esto provoca una sutil sonrisa de agradecimiento. No hace falta que me lo diga, pero resulta evidente que se ha quitado de encima el peso de un universo —. Eso es todo. No tengo nada más que contarte. ¡Por fin!

—¿Siente alivio?

—Creo que sí. Alivio… y pena. Por supuesto, mi vida va a estar llena de remordimientos, de culpa y arrepentimiento. Eso nunca podré quitármelo de encima. Pero si te soy sincera… quiero vivir con ello. Debo cargar con la parte de la responsabilidad que me corresponde.

—¿Y hasta dónde llega esa responsabilidad, esa culpa?

—¿Hasta dónde llega la culpa de un padre que le deja las llaves del coche a su hijo, que acaba de sacarse la licencia de conducir y borracho va y se mata?

—No comprendo qué es lo que me quiere decir.

—Las personas somos como somos. Cada una es un universo particular y cada una actuamos a nuestra manera. Yo moriré

cargada de culpa y remordimientos porque creo que lo merezco; sin embargo, otras personas en mi situación, ni se inmutarían. Buscarían su propia justificación, la que les hiciese sentir bien. ¿Sabe quién fue Thomas Ferebee?

—No.

—La persona que lanzó a Little Boy desde el Enola Gay.

—¿Soy muy joven para saber quién o qué son Enola Gay y Little Boy o estoy quedando como una auténtica cretina?

—No, no eres una cretina. Little Boy fue la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima. Esto no me cabe duda de que lo sabes. Enola Gay fue el nombre del avión que la transportó y Mr. Ferebee quien la lanzó. ¿Sabes qué dijo Ferebee para justificarse? Dijo que: «Era un trabajo que había que hacer». Nunca expresó arrepentimiento alguno.

—Creo que usted, señora Watson, está muy lejos de parecerse a ese hombre, ¿no cree? Él era militar, usted una ciudadana más. Los militares están entrenados para obedecer órdenes sin cuestionar absolutamente nada. Su respuesta me parece lógica: Era algo que había que hacer. No estoy diciendo que la comparta, pero desde su profesión…

—Murieron cerca de cien mil personas en cuestión de segundos —me recrimina—. Por muy militar que seas…

—Sigo pensando que no se puede comparar con Ferebee.

—Sé que yo no maté a esos miles de personas. Sé que no soy culpable de la muerte de Fitzpatrick y, ojalá hubiese evitado a mi madre el saber que su hija había fallecido. Pero Ryan y yo fuimos una pieza más dentro de este engranaje que sirvió para que Turner fuera presidente. Y eso no me lo podré quitar de encima nunca. Nuestras intenciones nunca fueron malas. Nuestro objetivo era que Turner ganase las elecciones y punto. Que llevase a cabo un mandato como el de cualquier otro presidente, pero no fue así. Y no me digas que, si no lo hubiésemos hecho nosotros, otros lo habrían

hecho porque no es excusa. Nos llevamos por delante la vida de muchas personas y eso no tiene justificación alguna.

—Señora Watson, creo que estamos acabando. Sin embargo, no me gustaría dar por concluida esta entrevista sin antes hacerle una última pregunta: Una que ya le hice ayer, al empezar la entrevista.

—Adelante, por favor —responde con seguridad.

—¿Por qué ahora? ¿Qué pretende conseguir sacando esto a la luz?

«Vamos, Emily, dame una respuesta distinta a la de ayer, sé que lo vas a hacer»

—Dar a conocer la verdad. Quiero que todo esto se sepa, que el mundo entero conozca que el intento de asesinato del 96 fue un teatro, un engaño, una artimaña de dimensiones descomunales para alimentar el ego de un psicópata cuyo único objetivo era hacerse con el control del mundo, sin importar el precio que la sociedad tendría que pagar por ello. Quiero que todo salga a la luz y si en algún momento yo tengo que pagar la parte que me corresponde, con mucho gusto lo haré.

—¿Se sentaría en el banquillo para ser juzgada?

—No lo dudaría ni un instante.

—Señora Watson. Gracias.

«Mil millones de gracias, Emily Watson, me has dado algo enorme».

—A ti.

29

Apago la grabadora y la cámara de vídeo. Ambas nos levantamos al mismo tiempo y nos damos un abrazo sincero. Justo en ese momento, María y Valentina hacen acto de presencia en la biblioteca. Empujan un pequeño carrito con una botella de champán dentro de una cubitera y cuatro copas.

—¿Brindamos? —pregunta Emily sosteniendo una de las copas.

—Es lo que más me apetece en estos momentos —respondo entusiasmada. Mi intuición me dice que he hecho un buen trabajo—. ¿Cuatro copas?

—Sí, cuatro. Hoy nos saltaremos el protocolo.

Emily, en un gesto cariñoso, llena las copas. Valentina y María, al principio, rechazan el ofrecimiento, pero Emily insiste.

—Es una orden —dice con seriedad—. No encuentro palabras para agradeceros todo lo que hacéis por mí. Este es un momento especial y quiero compartirlo con las tres. Permitid que me tome esta pequeña licencia.

Dos minutos más tarde, María y Valentina abandonan la biblioteca. —Apenas se han humedecido los labios con el champán —. Emily y yo nos quedamos a solas de pie en el balcón. En silencio. Mirando al horizonte.

Ninguna lo dice, pero las dos estamos exultantes. Emily lo ha vomitado todo. Ha vertido sobre mi grabadora y mi cámara hasta el último gramo de aquello que hacía años la venía bloqueando, anulándola como persona, impidiéndole avanzar. Me pregunto qué será de ella dentro de unas semanas o unos meses. Dentro de mí, algo me pide a gritos que, por favor, esta mujer viva. Que sea dueña de cada uno de sus actos y de los próximos capítulos de su vida.

Ahora que ya conozco su historia, mi primera reflexión sobre Emily es que, a pesar del millón de euros, las mansiones y el lujo que la ha rodeado estos años, yo no me cambiaba por ella. No me gustaría estar en su pellejo. Su vida ha sido una tortura. Qué razón tiene cuando habla sobre la realidad: *La realidad es… ir a votar sin pensar que tu candidato está organizando el mayor crimen de la historia de esta nación*. Fue engañada desde el principio, utilizada.

Sin tener que volver a preguntarle, ahora sé que su ruina económica la provocaron desde el partido para que no tuviese opción. Que, en las primeras interpretaciones, Emily y Ryan fueron espectadores manipulados. Estoy segura. A lo largo de toda la entrevista, ha relatado eventos tan inverosímiles, que este es uno más. El primero de todos, el que echaba todo a rodar. Los forzaron y obligaron sin que fuesen conscientes de ello a participar en esta tragedia. Y quizá a otros les hubiese dado igual. Otros habrían sabido dejar a un lado las consecuencias de la tragedia, los daños colaterales y podrían haber vivido en la abundancia como si nada. Es curioso, en estos precisos instantes estoy poniendo en mi boca sus propias palabras. La entiendo.

De pronto soy consciente de que ha dejado de mirar al frente. Ahora es a mí a quien dedica su mirada.

—Carmen.

—Dime, Emily.

—Solo te he mentido en una ocasión en todas estas horas que hemos pasado hablando.

«Venga, no me jodas, Emily. No me digas que me vas a tirar por tierra las más de ocho horas que hemos estado grabando; que ahora me vas a dar un dato que resquebraje y ponga en entredicho todo lo que me has contado. No, por favor, no me hagas esto», pienso desde lo más profundo de mi ser.

—Seguro que es una mentirijilla —respondo cruzando mentalmente mis veinte dedos.

—Al principio te dije que no podría aportarte pruebas físicas. ¿Recuerdas?

—Claro. No es lo mismo publicar un reportaje con pruebas que sin ellas. Pero, en este caso, entiendo que no las tengas.

Vuelve al interior de la biblioteca y una vez más abre el cajón de la mesa, que más que un cajón parece un almacén, un sombrero de mago, un pozo sin fondo repleto de sorpresas. Saca una cartera de piel y me la tiende.

—Quizás debas sentarte —añade.

Tomo asiento. Sin pensarlo dos veces, pulso el broche dorado de apertura y levanto la solapa. Introduzco la mano y saco una gruesa carpeta con gomas. En la portada puedo leer: *Expediente Marte*.

—Emily… ¿esto es lo que creo que es? —pregunto ilusionada. Ella sonríe y asiente.

—Aseguré no tener pruebas, porque no te conocía. No sabía si serías la persona que estaba buscando; sin embargo, creo que has sido profesional. Me has hecho las preguntas correctas, has sabido conducir la entrevista a la perfección incluso sin saber a qué te estabas enfrentando. Has soportado mis idas y venidas, me has dejado respirar cuando lo necesitaba y has sabido apretarme las tuercas cuando era necesario. Me has demostrado con creces que has sido la persona adecuada. He de reconocer que no me he entrevistado con más periodistas, tú has sido la única.

—Quizás a partir de aquí, cuando esto se publique, te lluevan las ofertas para ser entrevistada.

—No sé si me apetecerá volver a revivirlo todo una vez tras otra —añade con sinceridad.

—Para mí sería todo un logro. Haber sido la única persona que ha entrevistado a Emily Watson: «La única entrevista de Emily Watson». ¡Eh! Podría ser un buen título para una novela.

—Tiene gancho, pero dale una vuelta, ¿vale?

Abro la carpeta. Es impresionante. Nombres, fechas, fotografías y documentos… cientos de documentos que prueban que todo lo relatado por esta increíble mujer es cierto.

—Sé que, si te llevas esto, harás un buen uso de ello. Es todo tuyo, Carmen.

—Emily, esto es fabuloso. No sé si decir que me acaba de tocar la lotería o que acaba de venir Santa Claus. ¿Pero cómo? ¿Cómo te haces con esto? Resultaría de estúpidos pensar que os hicieron una copia del expediente a cada uno… —Me interrumpe.

—La segunda casa a la que nos llevaron estaba en el estado de Vermont, en lo más profundo del Green Mountain National Forest. Una casa espectacular. No eran buenos tiempos para el partido republicano, pero la rueda gira y el partido nunca desaparecerá. Unos se van, otros nuevos llegan y el tiempo va curando las heridas. Ellos sabían que allí, perdidos entre miles de hectáreas de bosques, no seríamos un estorbo. A los pocos días de instalarnos, encontramos esta carpeta en la sala de cine, dentro de una de las cajas donde estaban almacenadas las películas. Antes de despedirse de nosotros en Miami, Holloway hizo mucho hincapié en que hiciéramos uso de la sala de cine. Insistió en lo aburrida que podía ser la vida en Green Mountains sin cine. Así que… *voilà*.

—¿Crees que fue él?

—Mira. —Me quita la carpeta de las manos. Me cuesta un poquito soltarla. Echa a un lado los papeles y me muestra, justo en el medio del pliegue que dobla la carpeta, una «J» y una «H». —No puede ser otro. James Holloway.

—¿Tienes copia de esto?

—Tengo copia, no te preocupes. En papel y en digital. Y tú, por ahí dentro, en algún guardafolios, tienes también una copia en una tarjeta de memoria.

—Gracias, Emily. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Hicimos un trato. Tú cumples con tu parte y yo con la mía.

—Emily, con esto, tu relato se multiplica por mil. Puede ser la noticia del año.

—No me importa… bueno, un poco sí. Ojalá me crean, ojalá remates el trabajo, se publique y tenga la repercusión que se merece. Pero para mí, el trabajo ya está más que terminado. Estoy más que satisfecha.

—¿Crees que le podría afectar al partido si ahora sale a la luz?

—De aquellos que gobernaron en el 96 no queda ni rastro, y los que están ahora ya se encargaron de limpiar la mierda a conciencia. —Hace una breve pausa—. De lo que sí que queda rastro es del dolor de los familiares de las víctimas. Te puedo asegurar que ellos no olvidan y si todo esto se publica, lo más lógico será pensar que estas personas nunca voten republicano. Aunque quién sabe… Estados Unidos es un país de locos.

—Emily. Haré todo lo que esté en mi mano para publicar todo esto, te lo prometo.

—Sé que lo harás.

—¿Puedo decirte una cosa más?

—Por supuesto.

—Creo que Ryan estaría muy orgulloso de ti.

30

Saboreamos una copa más de champán y decidimos irnos a descansar un rato, para reunirnos unas horas más tarde para cenar. Emily reconoce estar agotada y yo no veo el momento de llegar a mi habitación y revisar la documentación que me acaba de entregar.

Ya en la habitación, siento algo de ansiedad. ¿Y si me encuentran esto en la aduana? ¿Y si la policía aeroportuaria me requisa todo? Emily me ha dicho que tenía copias, pero poder adjuntar los originales al reportaje vale su peso en oro. Además, seguro que podría tener serios problemas si me encuentran con esta carpeta.

De pronto, creo tener una idea brillante. Más que brillante. Espero…

Llamo al servicio.

—María o Valentina, no sé quién eres.

—María.

—Ok, María. Tengo una pregunta: ¿tenéis impresora en la casa?

—Sí, señorita. Tenemos impresora en color y escáner.

—Con la impresora será más que suficiente. Gracias. Asegúrese de que tenga papel y tinta. No necesitaré nada más.

Cuelgo.

Cojo el móvil y abro la IA y pulso el micrófono.

—Por favor. —Con la IA siempre es mejor ser amable y llevarse bien—. ¿Puedes hacerme un relato de unas diez mil palabras en inglés americano, que sea mitad ciencia ficción, mitad película de suspense, que hable sobre una posible misión a Marte que se trunca por el asesinato del presidente del gobierno, quien era el más interesado en que la misión saliese adelante? La historia tiene que

incluir, suplantación de identidades, mansiones de lujo y alguna que otra muerte.

—Claro —responde al segundo la IA—. Aquí tienes un relato en el que incluye todo lo que me pides y bla, bla, bla.

«Algún día dominarán el mundo. Mientras tanto: Esto es maravilloso», pienso.

Paso el texto a PDF y, con ayuda de Valentina, en unos pocos minutos lo tengo impreso. Diez mil palabras en tamaño doce a doble espacio son cerca de treinta páginas. Me da por leer la primera hoja y me engancha desde el comienzo.

«Es increíble. Qué más da quien lo escriba, si te entretiene. Carmen, no deberías pensar algo así. Tú te dedicas a escribir y por tu mente pasa la idea de escribir un libro con la *información* que te ha reportado Emily».

Quizá sea una estupidez, pero debo intentar tenerlo todo bajo control en el aeropuerto. Una salida, una posible escapatoria. A veces lo más estúpido puede ser lo más resolutivo. Meto el texto dentro de la carpeta y en la tapa, debajo de *Expediente Marte*, escribo a boli: *By Cindy Collins.* —Por un momento estoy a punto de escribir Emily Watson.

Me siento tan plena que antes de cenar, decido bajar a darme un baño. En la puerta de acceso a la piscina me topo con Emily.

—No podía descansar —admite—. Debo tener la adrenalina por las nubes.

El baño y la cena resultan de lo más reconfortantes. Emily me trata como a una reina y por un momento deseo poder quedarme aquí durante unos días. Emily me lee el pensamiento.

—Carmen, quería pedirte una cosa. Esta experiencia me ha reportado un sinfín de sensaciones y sentimientos extraordinarios. Has despertado en mí, en tan solo dos días, las ganas de vivir que perdí, no sé dónde. No sé si a ti te ha pasado lo mismo, pero siento que entre las dos se ha creado un vínculo que va más allá de lo profesional… Y por eso quería pedirte, si es posible… que te quedes

unos días conmigo. Yo correré con todos los gastos, saldremos a pasear y descubriremos juntas la zona. ¿Qué te parece?

—¿Me lees la mente?

—¿Eso es un sí? —pregunta con una ilusión desbordante.

—Dos noches más me podré quedar —le aseguro.

Puede resultar extraño: vuelas desde Madrid para entrevistar a una persona que no conoces de nada y, cuarenta y ocho horas después, te encuentras pasando un par de noches en su casa como si nos conociésemos de toda la vida. Tengo habitación pagada en un hotel a quince minutos en coche. Me pregunto si estoy actuando de manera correcta, o si me estoy extralimitando, si Ricardo lo aprobará, si es profesional quedarse como invitada en casa de la persona a la que estás entrevistando (aunque se supone que ya hemos terminado). Me pregunto si no he estado condicionada, si le hice las preguntas correctas —Emily me ha dicho que sí. Claro ¿ella qué va a decir?

Yo y mis dudas… otra vez.

El caso es que me siento a gusto. Y reafirmo el argumento de Emily cuando me dice que entre nosotras se ha creado un vínculo. ¿Amistad? No sabría decirlo.

Los tres días pasan muy rápido, Emily me agasaja en exceso; a veces siento que no me dejará marchar. Percibo la soledad acumulada en toda su existencia, como si fuese un náufrago olvidado en una isla desierta que de pronto recibe una visita. También noto una renovada jovialidad, que surge espontánea entre sonrisas y gestos de alegría. Es como si su cerebro hubiese vuelto a conectar los cables adecuados. Pasamos los días de un lado para otro y yo, sin grabadora ni cámara, consigo exprimir su relato un poco más. Me cuenta cosas que luego, en la habitación, puedo contrastar con la documentación que me entregó.

Pero todo lo bueno se acaba y llega el momento de despedirse.

—Emily, gracias por todo. Lo he pasado muy bien, has sido muy amable en estos tres días. Seguiremos en contacto, ¿vale?

—Gracias a ti, Carmen. Escucha, he mandado facturar dos maletas. No te he dicho nada porque pensé que quizá me dirías que no. Todos los trámites de aduana están pagados. Una de las maletas es una caja de botellas de vino. Sé que no te gusta mucho el vino, pero yo aquí apenas le doy uso. Ábrelas en ocasiones especiales y seguro que triunfas. En la otra maleta van cerca de veinte kilos en ropa. Toda de grandes marcas. En muchos casos verás que incluso llevan la etiqueta puesta. Tenemos la misma estatura y complexión, así que te valdrán.

—Gracias, no deberías haberlo hecho —exclamo abrumada.

—Yo no los uso. Hazlo tú por mí y, si no te gusta, véndela —añade—. No quiero sonar pedante, pero llevarás más de veinticinco mil dólares en ropa de mujer —concluye susurrando.

De pronto aparece Valentina sujetando el teléfono móvil de Emily, ese que nunca usa porque nadie sabe que existe —quizá eso esté a punto de cambiar—. Valentina le tiende el teléfono. Número desconocido. Se sorprende. Descuelga.

—¿Sí?

—Mrs. Collins, soy Arthur, de Barny's Armery. Ya tenemos la respuesta del FBI.

—¡Vaya, qué rapidez! —contesta mientras me dice en voz baja, tapando el auricular—. Es de la armería.

—A veces tardan un día, a veces tardan semanas. No puedo decirle más.

—Y la respuesta ha sido…

—Bueno, una de dos: o está usted como una cabra, si se me permite la expresión, o contestó mal las preguntas a propósito para que no le concedieran la licencia de armas, cosa que me parece más probable.

—No sabría qué decirle. —Se hace la despistada.

—Yo creo que sí. Y por eso y una vez más me gustaría aventurarme a proponerle una cita para poder revisar el test juntos.

No sé si lo sabe, pero podrá volver a solicitar su licencia pasado un tiempo.

—Bueno, Arthur, ahora no puedo atenderle. Me pilla en un mal momento. Gracias por la información. Si le necesito, le llamaré.

Corta la llamada.

—De la armería —dice confusa—. Creo que me ha llamado más para pedirme una cita que para decirme que no me conceden la licencia.

—¿Otra vez te ha pedido una cita? ¡Dile que sí! Era muy atractivo.

—Vas muy rápido, Carmen… Tengo muchas cosas en la cabeza, y una relación no está entre mis prioridades.

—Lo sé. Escucha, yo no tengo nada para regalarte —cambio de tema.

—No quiero que me regales nada. Yo aún no he acabado. —Me tiende una bolsa de papel. La abro y dentro me encuentro la camiseta de Axl Rose.

—¡¿De verdad?! ¡Muchas gracias! —le digo. Emily sonríe al ver mi cara de felicidad.

Ahora sí, nos despedimos. Félix me espera en la puerta. La distancia al aeropuerto no es muy grande, si el tráfico no lo impide, en media hora debería estar allí. Tengo ganas de subir al avión, cerrar los ojos y despertar en Madrid. Obviar el *jet lag* e ir a reunirme con Ricardo.

No he conseguido hacer la facturación en línea, no tengo la tarjeta de embarque, así que paso por el mostrador de la compañía aérea. Lo que sucede a continuación me deja con la boca abierta: Emily me ha reservado una última sorpresa. Ha cambiado mi asiento en turista por uno en primera clase.

—Estas cosas no suelen pasar muy a menudo —me dice el empleado al entregarme la tarjeta de embarque—. Puede pasar a la sala VIP cuando lo desee. Que tenga un buen vuelo —concluye con una sonrisa de oreja a oreja.

—Solo por curiosidad. —Le corto la conversación—. ¿Qué vale este billete?

—Permítame un segundo que lo consulte…

—Claro.

—Siete mil ochocientos noventa dólares.

—¡Joder, Emily! —exclamo. El dependiente se echa a reír.

—Parece ser que tiene alguien que le quiere mucho —añade—. Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo.

De inmediato, le mando un wasap a Emily para darle las gracias. Me responde que no sabe de qué estoy hablando, que habrá sido un *overbooking* y me habrán pasado a una clase superior por reubicación.

«Ya claro, Emily Watson, no sabes nada»

31

La luz verde, al pasar la tarjeta de embarque por el sensor de verificación, me indica que tengo acceso a la sala VIP de la compañía aérea. A la izquierda, en un cartel de más de dos metros, puedo leer en letras enormes: *Premio Skytrax a la mejor sala del mundo 2023*. «Genial. Gracias, Emily». Va a ser la mejor espera en un aeropuerto de toda mi vida.

Una azafata me indica que pase, me pide la tarjeta de embarque y al teclear mis datos, me confirma que tengo acceso total a todos los servicios sin coste alguno. Me entrega un pequeño folleto con todos los detalles.

Cinco mil ochocientos metros cuadrados. Salones por todas partes, un bufé de desayunos y otro de comidas y cenas, cafetería y bar. La sala ofrece un entorno multimedia con pantallas, gafas RV, y para los analógicos una surtida biblioteca. Para los que hagan viajes eternos o tengan que hacer escalas muy largas, hay mini suites con duchas. Al fondo, como colofón, una impresionante terraza con servicio de bebidas. ¿Por dónde empezar? Tengo cerca de dos horas para disfrutar.

No he andado ni dos metros cuando alguien me llama al alto. Me giro. Una mujer con traje se acerca acompañada de un agente de policía; este último, con la barbilla elevada y las manos apoyadas sobre un cinturón lleno de cachivaches, se coloca tras ella, bloqueando cualquier vía de escape. La mujer me pide el pasaporte y la tarjeta de embarque. Los revisa y, sin devolvérmelos, saca su placa. Se identifica. La azafata que hace veinte segundos me había regalado una cordial sonrisa, ahora me mira con desconfianza.

—Acompáñenos, por favor, si es tan amable —dice la mujer.

Después de unos diez minutos andando, llegamos hasta las oficinas del departamento de inmigración. Atravesamos dos puertas;

la segunda da acceso a un cuartucho de no más de cuatro metros cuadrados, amueblado con dos sillas, una mesa rectangular blanca y otra supletoria metálica muy pequeña de color negro.

—Pase, por favor, siéntese y espere.

—Mi documentación, por favor —protesto.

—Enseguida, no se preocupe. Será un trámite rutinario, no se alarme.

«No me fastidies, ¿de verdad?, ahora debería estar disfrutando de un buen cóctel en la terraza de la sala VIP»

Cierran la puerta y empiezo a ser consciente de que dentro hace un calor insoportable. Mira por dónde, en una de las paredes, entre otras cosas, hay un reloj digital que marca la temperatura: 40 °C. Sobre la mesa, un botellín de agua. Pasan veinte minutos y allí no viene nadie. Me estoy asando. Abro el botellín y le doy un buen trago, dejo la botella por la mitad. Por instinto y casi sin darme cuenta, coloco la mochila entre las piernas, la maleta de mano pegada a mí como si fuese una extensión de mi cuerpo.

Se abre la puerta. Entran dos agentes. Sobre la mesa dejan el pasaporte y la tarjeta de embarque, que no me entregan.

—Sentimos el calor —se disculpa uno de ellos—, el aire acondicionado está estropeado. Si necesita más agua, dígalo. —Bebo otro trago—. Su vuelo sale en unos noventa minutos, intentaremos ir rápido, ¿de acuerdo? —Asiento—. ¿Cuál ha sido el motivo de su visita a Los Ángeles?

—Trabajo. Todos mis papeles están en regla, pueden comprobarlo en el E. S. T. A. Soy periodista, trabajo para un periódico de tirada nacional en España. El director, Ricardo Roy, está al tanto de mi viaje y, por supuesto, de mi regreso en estos precisos instantes —argumento lo mejor que puedo.

—¿Qué noticia ha venido a cubrir?

—Creo que eso no es de su incumbencia.

—Puede que sí, puede que no —responde. Mira el reloj de la pared para incomodarme. Me intenta poner nerviosa. Lo consigue un poco.

—La ley me ampara, no tengo por qué revelar mi trabajo.

—Quizá eso sea en su país, aquí tenemos otras leyes.

—Perdone que le replique, pero conozco sus leyes, estuve viviendo aquí durante el último año de carrera. La Primera Enmienda ampara a los periodistas a no revelar sus fuentes.

—Abra su mochila, por favor.

La abro. «Maldigo para mis adentros»

—Son mis instrumentos de trabajo. Mi grabadora —la muestro y la vuelvo a guardar—, la cámara —hago lo mismo—, el trípode y los micros —sentencio.

—Encienda la cámara, por favor.

No puede negarse, son motivos de seguridad.

Tiene razón, las leyes me obligan a llevar cualquier aparato electrónico con la batería cargada por si me piden encenderlo.

Pienso con la mayor rapidez que puedo.

—He venido a Los Ángeles para realizar un reportaje sobre cómo viven las personas con alto poder adquisitivo en Malibú. He entrevistado a varios propietarios por la zona. —Enciendo la cámara y selecciono el vídeo en el que Emily aparece en la piscina, con el vestido de flores. Como la imagen no tiene sonido, puede dar el pego. No me preguntan por la grabadora. Vamos bien. Ven el vídeo durante unos segundos, y seleccionan otro.

—Ey, mira —le dice a su compañero—. Un buen sitio para una entrevista, el muelle de Santa Mónica. —Me devuelve la cámara—. Puede dejar la mochila sobre la mesa negra, por favor.

Así lo hago. De pronto la mesa emite un zumbido y la mochila vibra durante unos segundos.

—Suba la maleta y ábrala, por favor.

Lo hago. Ella se pone en pie, se pone unos guantes negros de látex y revuelve entre la ropa. Mete la mano hasta el fondo y saca la carpeta con toda la información que me dio Emily. Para no llamar mucho la atención, dejé la funda de piel en la mansión de Malibú, y decoré la carpeta con flores de colores, planetas y cohetes. Empiezo a pensar que es una pésima idea, que me van a dar por todos los lados, que me van a requisar la documentación y me van a detener, pero tengo que seguir con el plan.

—¿Y esto? —pregunta al tiempo que abre la carpeta.

—Uf —resoplo—. Una pesada que está escribiendo una novela. En una de las mansiones que he visitado, la dueña no ha parado de hablar de lo bien que escribe y no ha parado de quejarse de que nadie le quiere publicar sus relatos. Y aprovechando que soy periodista, se ha empeñado en que me lleve el texto con toda la investigación para que intente movérselo por las editoriales españolas. Demasiados aires de grandeza. El dinero no proporciona el talento, ¿no creen?

No me contesta. Lee el primer párrafo, pasa algunas páginas y revisa otras sin sentido aparente.

«Vamos, vamos, fue hace más de veinte años, son jóvenes como yo, no sabrán de qué va todo esto»

Cierra la carpeta. Me fulmina con la mirada y me dice:

—Bébase lo que le queda de agua que se me va a deshidratar. Recoja sus cosas y regrese a su país. Sentimos las molestias.

No me lo puedo creer. Ha funcionado. No digo ni mu.

A lo que me quiero dar cuenta, estoy montada en el avión. He hecho uso del embarque prioritario, quiero salir de aquí enseguida. Estoy nerviosa; sin embargo, mi corazón late tranquilo. Qué mal lo he pasado. He sentido miedo, por un momento me he visto detenida.

Tengo para mí solita un cubículo extraordinario: un sofá cama con mesa y pantalla de televisión. No habrá más de diez o doce asientos como el mío; y además voy sola, nadie más ha reservado

en primera. No me encuentro bien, se me ha revuelto el estómago y estoy algo mareada. ¡Maldita policía norteamericana y su manía por tocarnos las narices al resto de los ciudadanos del mundo! Aun así, estoy tan emocionada que, aunque deseo extender el sofá, cerrar los ojos y no volver a abrirlos hasta Madrid, opto por abrir mi portátil y, aprovechando la wifi del avión, buscar vídeos y noticias sobre los atentados y los días posteriores a la tragedia.

32

Me encuentro mal. No llevamos ni media hora de vuelo y no veo el momento de pisar suelo español. Reviso las hemerotecas digitales de los cuatro principales medios de comunicación norteamericanos. Buscando pistas que me indiquen que todo fue montaje. De enlace en enlace, búsqueda tras búsqueda, llego al fatídico momento en el que Turner, a pocos días de abandonar la Casa Blanca y ser juzgado, sufre el paro cardiaco.

Los vídeos son cortos, apenas duran quince o veinte segundos. Todos muy sensacionalistas, centrados justo en el momento en el que el presidente fallece. Veo muchas fotografías, secuencias, como disparadas a ráfaga; me resulta extraño lo rápido que llegan las asistencias sanitarias.

«Es el presidente, siempre va acompañado de su servicio de seguridad y seguro que siempre lleva cerca asistencia sanitaria», pienso.

Todos los vídeos son iguales. Entro en YouTube, doy con uno que dura más de siete minutos. El título: Presidente Turner ataque al corazón. Secuencia completa

«Será basura, algún listillo de esos que se pega seis minutos hablando y luego pone las mismas escenas que el resto».

Sin embargo, pulso *play*. Aparece el presidente, en su paseo matutino, con sus guardaespaldas detrás. Anda rápido, sus movimientos son exagerados, bracea como si fuese un soldado. Hace un gesto extraño, parece que saluda; sin embargo, no mira a nadie en concreto. El móvil que le está grabando le sigue de cerca. De pronto, Turner se desploma.

No me he equivocado con la llegada de la ambulancia. A los dos minutos están auxiliando a Turner y entonces, como un *flash*, algo despierta en mi cabeza. Vuelvo atrás, reviso el vídeo de nuevo.

Vuelvo al principio. Sigo sintiéndome mal, cada vez peor, pero continúo trabajando. Lo que estoy viendo me dice que es más importante que un simple malestar. Me llevo la mano al pecho inconscientemente.

Turner avanza rápido, hace el gesto de saludar, pero no saluda, en realidad, lo que hace es llevarse la mano a la cara. Otra vez, desde el principio. Y una vez más.

No puede ser. ¡Turner, ahora lo veo claro! Turner levanta la mano, sí. Lleva algo en ella, está lejos y no puedo distinguir muy bien qué demonios es. Es un objeto transparente, es… es… ¡Un botellín de agua! Se lo bebe de un trago y, al bajar la mano, lo tira. Se lo ha bebido entero.

No puede ser. ¡Turner está vivo!

Al soltar el botellín, doy con la clave. El tapón y la etiqueta son amarillo fosforito. Y entonces, siento que comienzo a perder la consciencia. Otro *flash* me traslada a la oficina de inmigración, al calor insoportable y al botellín de agua que involuntariamente me han hecho beber. Siento que el pecho me pesa una tonelada, y un último chispazo de lucidez me hace recordar que, bajo la etiqueta roja del botellín, había otra amarilla. La vi al beberme la botella a través del plástico transparente, pero estaba tan estresada pensando que me iban a requisar los documentos que no reaccioné.

—¡Socorro, socorro! —grito—. Azafata, necesito ayuda, socorro, voy a morir. —Intento levantarme, pero no puedo. La azafata llega de inmediato.

—Tranquila, Carmen, tranquila, así es como tiene que ser. Relájate. Pusimos un retardante en el botellín para que el efecto no fuese tan brusco y no llamases la atención. Para que te mueras poco a poco y seas consciente de ello. Aquí no molestarás.

Intento reaccionar, pero no puedo. Busco mis latidos, intento sentir mi pecho, el corazón debería de estar saliéndoseme por la boca y, sin embargo, no encuentro mi pulso.

—Poco tiempo se puede sobrevivir con veinte pulsaciones por minuto —dice la azafata con una frialdad extrema—. Si le añadimos la presión por altitud, ya ni te cuento.

Me falta el aire y siento que me desvanezco. Mientras tanto, la azafata saca mi maleta del compartimento superior y la abre. Extrae la carpeta, la sostiene con una mano, me mira, me la muestra y me dice:

—¿De verdad, Carmen, de verdad una novela hecha con IA? Vamos, mujer… —concluye.

Me tapa con una manta y me pone un antifaz, recoge mi portátil, me acaricia la mejilla y se aleja llevándose con ella la carpeta.

Intento hablar. Imposible moverme. Imposible. Mi corazón se detiene por completo.

33

Madrid, lunes 6 de mayo del 2024. 4 de la tarde.
Emisión en directo del programa de radio Onda Corta*.*

—Muy buenas tardes a todos los oyentes. Bienvenidos un día más a nuestra casa. Comenzamos el día de hoy con una triste noticia; sobre todo para aquellos que nos dedicamos a la magnífica profesión de comunicar. Esta mañana nos hemos levantado haciéndonos eco del fallecimiento de nuestra compañera Carmen Capdevila. Una joven y prometedora periodista del periódico El Corresponsal, perteneciente a este mismo grupo de comunicación desde el que les hablamos. Carmen fallecía en un vuelo directo entre Los Ángeles y Madrid.

La causa de la muerte: el llamado *síndrome de la clase turista*. Desde aquí, queremos mandar nuestras más sinceras condolencias y todo nuestro apoyo a la familia de Carmen. Hablaremos a lo largo de la tarde con el doctor Francisco San Martín, especialista en cirugía vascular, que nos explicará los motivos que causan este síndrome y nos dará algunos consejos sobre cómo evitarlo. Recordamos una vez más a Carmen Capdevila, mandando un abrazo fuerte a la familia. Comenzamos el programa de hoy. Pero antes un par de minutos de publicidad y enseguida estamos de vuelta…

34

Lunes 6 de mayo del 2024. 4 de la tarde.

Llamada vía satélite entre Madrid y algún recóndito lugar de Alaska.

—Presidente Turner, misión cumplida. El pájaro abandonó el nido. Voló, pero aterrizó muerto. *Síndrome de la clase turista*, dice la prensa.

—De acuerdo. ¿La documentación? —pregunta con tono plano.

—En nuestro poder. Intentó camuflarla en medio de un relato de ciencia ficción. Muy infantil, para serle sincero.

—¿El qué? ¿El relato o el intento de ocultar la información? —pregunta esbozando una sonrisa, consciente de que todo ha marchado según lo previsto.

—Ambas.

—¿Y las grabaciones?

—Borradas. Fácil también. Un micro pulso electromagnético desde la *blackbox* en la sala de inmigración del aeropuerto ha sido suficiente para borrarlo todo.

—Buen trabajo.

—Gracias, presidente. Ya solo queda una cosa por hacer.

—Eso ya no es asunto suyo. Déjelo correr. Yo me encargo. Tengo ganas de hacerlo en persona.

—Cómo… —Se corta la llamada.

35

Emily está radiante, pletórica. Siente que comienza a dejar el pasado atrás. Cree que puede ser libre, que puede comenzar una nueva vida. Se ha desahogado. Sabe que, a partir de hoy, los rayos de sol al amanecer, los atardeceres, el olor del café en el desayuno la revitalizarán; que quizás cambie los gritos en la pecera del estudio por melodías armoniosas —aunque no sepa cantar—; que quizás vuelva a pintar o a pasear por Santa Mónica e incluso se plantea que quizás sea capaz de dejar el tabaco y las pastillas. Emily ya sueña con viajar, al extranjero, a España en concreto.

Aprenderá a vivir con su trocito de culpa y arrepentimiento. Pero vivirá. Haber concluido esta entrevista y haber pasado estos días con Carmen, le trasladan al grato pensamiento de que un nuevo capítulo de su vida está a punto de comenzar.

Ni se lo imagina.

Emily se está duchando, disfruta de cada uno de los chorros de su cabina de hidromasaje. El agua golpea y recorre su cuerpo al ritmo que ella marca. Emily decide dónde quiere ser acariciada. El aroma a coco y mango del champú hoy es más que evidente. La cremosidad más que notable. Hoy todo se intensifica. La esponja de baño natural del mar Mediterráneo rebosante de espuma, la estremece de los pies a la cabeza, sobre todo cuando se desliza entre sus piernas. No se lo puede creer: es feliz.

Una toalla atada al pecho es todo lo que lleva puesto cuando sale al balcón. La deja caer. No tiene pudor alguno al mostrar su cuerpo al mundo y dejar que el sol la envuelva.

Qué poco te va a durar la felicidad, Emily Watson.

Una voz resuena desde el interior de su dormitorio:

—Mrs. Collins. Acuda a la sala de televisión.

No reconoce las voces ni de Valentina ni de María. De hecho, sabe que en la habitación no hay nadie y que ha sido una voz en *off* la que ha hablado.

«Mrs. Collins». El simple hecho de escuchar ese apellido hace que le entren ganas de vomitar.

Se le contrae el estómago. Apoya las manos en la barandilla de piedra y agacha la cabeza que acaba metida entre los hombros. El agua en su pelo, la misma que hace unos instantes la reconfortaba y le hacía sonreír, le chorrea por la espalda. Ahora la siente fría e incómoda, casi mortífera.

Pasados unos minutos, vestida con unos vaqueros y una camiseta de algodón blanco, Emily, entra en la sala de televisión. Nunca antes alguien le había hablado por una… ¿megafonía oculta? Ese que siempre imaginó pero que nunca quiso creer que existiera.

Se teme lo peor. En ningún momento le da por pensar que quizás alguien le vaya a decir que ya es libre, que puede hacer con su vida lo que quiera. No. Son demasiados años sintiéndose oprimida.

El televisor se enciende. Emily se sienta frente a él y, como si acabase de ver a un fantasma: se paraliza. Debe estar soñando.

—Cindy, Cindy, Cindy —dice Turner con falso tono de decepción —. ¿En qué momento decidiste romper el pacto? Teníamos un trato, ¿recuerdas?

«¿Que cuándo decidí romper el pacto? Quizá en el instante en el que se os olvidó mencionar la letra pequeña; en el momento en el que Ryan murió, en el momento en el que mi madre piensa que su hija se ha suicidado», piensa Emily. No puede hablar. Está en *shock*.

Sentado en un sofá de piel blanca, Turner se muestra altivo, seguro de sí mismo. Lleva traje azul oscuro con camisa blanca y corbata roja. ¡Está jovencísimo! Tiene el mismo aspecto que hace veinticinco años. Para él no ha pasado el tiempo, debería de rondar los ochenta y parece que tiene cincuenta o cincuenta y cinco. A su alrededor. Todo es blanco. Como si estuviera dentro de una burbuja o esfera.

«Solo le falta el gato blanco en el regazo».

—Cindy, os hemos tratado muy bien. Nunca os faltó de nada. Habéis recorrido el país viviendo en mansiones maravillosas tal y como os prometimos; tuvisteis una vida de lujo, libre de preocupaciones. Tan solo teníais que dejar pasar la vida. —Se queda en silencio unos segundos. Se masajea una de sus manos. Le tiembla ligeramente. En realidad, le duele—. Quiero entender que hay algo que no has acabado de comprender: aunque han pasado más de veinticinco años, nada cambia. Bueno… excepto mi aspecto. —Levanta y gira la barbilla con gesto orgulloso como si se estuviese observando en un espejo imaginario—. Los médicos dicen que alcanzaré sin problema los ciento treinta y cinco o ciento cuarenta años con una excelente calidad de vida. Así que me queda mucho por vivir y no puedo permitir que tú me toques los huevos. —Se viene hacia delante, apoya las manos en los reposabrazos y mira desafiante a la cámara. En un gesto bastante ridículo entorna los ojos, como si así su mensaje fuera a llegar con más fuerza—. Nada de lo acontecido en el pasado debe salir a la luz. La carrera por el poder no duerme y cualquier mancha en nuestro expediente, aunque sucediese hace treinta años, no es una opción. Eres peligrosa y no podemos estar pendientes de tus gilipolleces a diario. Durante un tiempo fue insuperable. Pero ahora, para ti, los tiempos de bonanza llegan a su fin. Las cosas van a cambiar, desde ya mismo. Vas a volver a tus orígenes. Tu cuenta del banco ya está cerrada. A cero. Y esta va a ser tu próxima morada. —La pantalla de televisión se divide en dos, Turner se vuelve pequeñito en una esquina y el resto del plasma muestra la foto de un verdadero antro en mitad de la nada—. Un cuchitril en medio del desierto de Arizona. Parecido a la mierda de casa que teníais en Mayfield. Sin aire acondicionado, para que te ases poco a poco. Sin transporte ni servicio. La población más cercana la tendrás a decenas de millas de distancia. Aunque el coche de Ryan iría muy a juego con la casa, esta vez no va a poder ser. El coche irá al desguace, será triturado como el resto de tu existencia. En unos días pasarán a buscarte. A no ser que nos lo pongas fácil y tú misma te quites de en medio.

¿Qué más puedo decirte? Nos has traicionado, y los traidores deben pagar por ello.

Emily no está escuchando ni la mitad de las cosas que Turner le escupe a través de la pantalla, sigue conmocionada.

—Cindy, deberías ser más cuidadosa a la hora de llevar a cabo determinadas acciones, porque luego traen consecuencias de las cuales uno se puede arrepentir y entonces los remordimientos te corroen. ¿Todavía no te has enterado? ¿Aún no te han dicho nada? ¿Tengo que seguir haciéndome cargo de los trapos sucios? —pregunta con una tranquilidad pasmosa.

Turner vuelve a hacerse pequeño en la pantalla y empiezan a aparecer noticias de periódicos españoles anunciando la muerte de Carmen.

—Como están en español —dice Turner—, te traducimos los titulares. Parece que tu amiguita, la periodista, ha muerto en el vuelo de regreso a Madrid. Qué lástima, tenía toda una vida por delante. Síndrome de la clase turista, dicen todos los informativos. Sin embargo, creo… que, sin querer, bebió agua de un botellín que no debía, y menos aún, en un sitio donde no iba a poder recibir asistencia médica. Lo debió pasar mal, pobrecilla. Darte cuenta de cómo tu corazón se apaga…

Emily no reacciona, está en trance. Le empiezan a temblar las manos de manera incontrolada. El temblor se extiende a los brazos y piernas; su respiración se agita al extremo y tiene la sensación de que va a colapsar. Su subconsciente actúa por ella. Busca una forma de salir de allí. Gira la vista hacia la ventana, mira por la cristalera, en busca del cielo, del espacio abierto. Quizá busque a su marido. Quizá esté pensando reunirse con él.

En tan solo treinta segundos, Turner ha conseguido tirar por tierra todo lo avanzado en estos días atrás, despertar de nuevo el sentimiento de culpa al escuchar la noticia del fallecimiento de Carmen. Emily está en pleno ataque de ansiedad. La imagen se le vuelve borrosa, apenas ve, apenas escucha, o eso cree, porque entiende todo lo que sucede a continuación.

Turner se pone en pie y hace un gesto a alguien para que se acerque. Es un hombre de unos veinticinco años. Pelo negro, ancho de hombros. Viste traje oscuro con camisa blanca y unas gafas de sol que ocultan su mirada y que, en principio, poco o nada pintan en esa habitación.

—Gírate, hijo, gírate. Mira a cámara —le dice Turner.

El joven se gira. Emily no comprende.

—¡Tres años! Tres años haciendo pruebas y nada. Que no había manera de que te quedases preñada. No nos dabas ese hijo que tanto deseábamos. Las cosas se ponían feas, ¿recuerdas? Algunas cosas salieron mal, nos empezaron a tocar las narices y todo se precipitó. Así que decidimos acelerar y dar salida a tus problemas de fertilidad. Pensando en ti hasta el final. Y tú no eres capaz de estarte quietecita, y agradecer todo lo que te ayudamos.

Emily, sin fuerzas, se deja caer en el respaldo del sofá. Siente que se va a diluir en el espacio, que la nada se la va a llevar.

—Cogimos unos cuantos óvulos fecundados de los tuyos y los implantamos en otras mujeres. Una de ellas nos regaló a este joven. Quítate las gafas anda… Roger, digo Ryan… siempre me confundo.

Emily se muere.

—Mírale. ¿No te recuerda a alguien? ¡Es idéntico a su padre!

Se quita las gafas. Es la viva imagen de Ryan.

Emily se muere.

«¿Tengo un hijo?», se pregunta.

—Forma parte de mi guardia personal. Es obediente, disciplinado. Nunca me fallará. Nunca estarás con él, nunca llegarás a conocerle. —El joven frunce el ceño. Gira levemente la cabeza hacia Turner confuso. No entiende lo que está pasando—. Nació con todo el follón de los atentados, los conflictos internacionales, las demandas y los juicios. Teníamos problemas más importantes que atender y él —dice señalándolo—, quedó en un segundo plano. Nos olvidamos por completo. A los años alguien preguntó: ¿Qué hacemos con este

asunto? El chico ya tenía más de cinco años y creímos que tampoco era oportuno remover el pasado. Imagina si vamos y te decimos: Toma, es vuestro hijo. Con todo lo que estaba pasando, se nos olvidó entregártelo. ¡Con cinco años! Nos habrías odiado.

Emily se levanta, se acerca a la tele. Acaricia la cara del joven. Le brotan las lágrimas. La vida no le puede ser tan cruel.

—Ah, una cosa más: Debería llegarte un paquete en unos segundos. Espero que lo disfrutes y que nos hagas la vida más fácil al resto de la humanidad.

La conexión se corta. La pantalla se congela con el rostro del expresidente sonriente en primer plano.

Emily se muere. No, no es verdad. Emily querría morir, pero eso no sucede.

Suena el timbre. Emily sale del trance, no da tiempo a que María o Valentina lleguen a la puerta. Ella misma recoge el paquete. Al repartidor le cierra la puerta en las narices. Lleva el paquete hasta la sala, rompe el plástico con la boca y saca un pequeño maletín, que deposita y abre sobre la mesa. En el interior un sobre y una pistola encajada a la perfección en su silueta de gomaespuma.

A la pistola no le hace ningún caso, sabe que la clave está en el sobre. Lo abre, extrae una cuartilla y lee: *Espero que sepas disfrutarla. Está lista. Solo tiene una bala. Ya está cargada. Solo hay que quitar el seguro. Una pequeña pestañita arriba, en la parte trasera, encima de la culata. Lo hemos marcado con un punto rojo para que no haya duda. Apunta bien, solo tienes una oportunidad. Si fallas, puede ser muy doloroso. Y no queremos verte sufrir.*

Coge la pistola y como si lo hubiese hecho más de cien veces —que lo ha hecho. Esta es otra mentira que Emily le ocultó a Carmen— con un movimiento rápido, saca el cargador que efectivamente está vacío. Tira hacia atrás la corredera y la bala sale por la recámara —es cierto, solamente tiene una—. Esta rebota en la mesa un par de veces, Emily la coge al vuelo antes de que golpee una tercera vez. La vuelve a meter en el cargador y lo introduce por la

culata. Carga el arma. Quita el seguro, pero antes de disparar, clava su mirada en Turner.

36

¡Bang!

Menuda historia ¿no?

¿Crees que Emily sigue viva?

¿Te atreves a escribirle?

Vamos no lo dudes, recuerda que tienes su e-mail.

cindycmur@gmail.com
